3 1761 09546806 2

# EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españolas e hispano-americanas).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Lucas, 20. Teléf. 14-30. — Madrid

# EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

**Biblioteca Andrés Bello (literatura)**

II

**Biblioteca Ayacucho (historia).**

III

**Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.**

IV

**Biblioteca de la Juventud hispano-americana.**

V

**Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).**

VI

**Biblioteca de historia colonial de América.**

VII

**Biblioteca de autores célebres (extranjeros).**

*De venta en todas las buenas librerías de España y América*

---

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

# EL MIRADOR DE PRÓSPERO

# BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

**Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).**

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela), y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—José Enrique Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X,—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI —Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas. (Un grueso volumen de 448 páginas.)
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.* (2 vols.)
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo* y *Cuentos frágiles.*
XXXIV.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas.* (*Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. García Godoy: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona )
XXXVIII —Alvaro Armando Vasseur: *El Vino de la Sombra.*
XXXIX.—Juan Montalvo: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades) y Un vejestorio ridículo ó los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI.—José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero.*

LS
R695m

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

# EL MIRADOR DE PRÓSPERO

TOMO I

15-3101
30/10/19

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

...J'aime, je l'avoue, ces sortes de livres. D'abord on peut jeter le volume au bout de vingt pages, commencer par la fin, ou au milieu; vous n'y êtes pas serviteur, mais maître; vous pouvez le traiter comme journal; en effet, c'est le journal d'un esprit.

H. Taine: *Littérature Anglaise*, V, III.

## ADVERTENCIA

Apenas apareció en Montevideo el año de 1913 *El Mirador de Próspero*, recorrió en triunfo, como las demás obras de Rodó, toda la América de habla castellana. En España es menos conocida esta obra del pensador uruguayo, aunque á España consagra allí una página hermosísima. Agotada la primera edición, hoy buscan los admiradores de Rodó esta obra del maestro, sin que puedan encontrarla en ninguna de las capitales americanas. Creemos, pues, oportuno presentar, y presentamos, á los lectores de la *Editorial-América*, la segunda edición de *El Mirador de Próspero* —primera que se hace en Europa. Esta nueva edición, manuable, sencilla y elegante, difiere mucho, tipográficamente, del respetable mamotreto de 1913. La única alteración introducida en el texto consiste en haber suprimido los estudios sobre Bolívar y sobre Montalvo, porque ambos estudios corren impresos en la obra *Cinco ensayos*, ya célebre, del mismo Rodó, editada también por la

**Editorial-América.**

## JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

El 25 de Mayo, día de América, trae envuelto en sus resplandores de gloria un recuerdo de solemne tristeza, al que no debe permanecer indiferente el espíritu de los orientales. Hace hoy once años que la desaparición eterna de un hombre que era un símbolo, una personificación, la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma, perseguidos en estériles luchas, acongojaba el corazón de ese pueblo en días sombríos, como el eclipse de una luz que es orientación y esperanza, y difundía por América un eco de veneración y de dolor.

La vibración sonora de la apoteosis que congregaba alrededor de la tumba de Juan Carlos Gómez á los enviados del pensamiento y la sensibilidad de ambas sociedades del Plata, para consagrar en imperecedero concurso de elocuencia la gloria de su nombre, no parece haber repercutido, al través de tan breve espacio de tiempo, en el corazón de la más cercana poste-

(1) Incluyo en la colección este lejano artículo, uno de los primeros que salieron de mi pluma, porque puede servir de complemento al discurso que le sigue.

ridad. Se busca, sin hallarla, una duradera sanción de ese homenaje, una manifestación sensible de esa gloria, y se espera en vano escuchar, cada vez que se levanta en el horizonte el sol del último día del tribuno, la palabra sentida de un recuerdo.

Glorificar la memoria de Juan Carlos Gómez sería, entretanto, evocar del fondo de nuestra historia la fuerza moral é intelectual de sus días más fecundos en hermosas inspiraciones y en elevados ejemplos.

Llevaba el gran ciudadano, en el melancólico ocaso de su vida, la representación más pura de una época que asistía en él á la progresiva desaparición de sus creencias, sus hábitos y sus hombres, pero á la que su espíritu volvía con amor invencible, con inquebrantable fidelidad, presa de ese sentimiento de desolado abandono dentro del ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es á las ausencias del tiempo como la nostalgia á las ausencias del espacio.

Por eso en su recuerdo reviven el color y el alma de un glorioso pasado, y se identifica su existencia con la de aquella generación viril y luminosa que, nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la epopeya de América, llegó á la vida pública cuando se desplegaban las divisas de los bandos para la lucha de nueve años, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución literaria y filosófica de 1830: generación sobre la que ya es posible fijar las vistas serenas de la historia y que deja tendidas sus más nobles personificaciones á lo largo del tiempo, como grupo de bronce que empieza á revestirse, á los ojos de la posteridad, del tono luciente y realzador de la pátina.

Del despertar de las energías de su mente, ansiosa de luz; de los que representaron su pensamiento y su palabra, en días heroicos, data en realidad el abolengo intelectual de nuestro pueblo y el primer espacio franqueado, dentro de su tumultuosa actividad, para la vida del espíritu.

Faltaban á Montevideo tradiciones propias de cultura. Había dormido en la sombra, oprimida por sus arreos de plaza fuerte, el largo sueño colonial. Había permanecido privada, en el transcurso de las luchas de la independencia, de la supremacía de la acción y del pensamiento con que otras ciudades americanas centralizaban las fuerzas de la Revolución, encauzándolas por el impulso de la propaganda escrita y la tribuna.

Con la presencia de los emigrados de las dos generaciones argentinas que representaban, frente al entronizamiento de la fuerza brutal, la una los recuerdos de la grande época de Rivadavia y los principios de su política civilizadora, y la otra el porvenir, anunciado por los entusiasmos y las iniciativas de 1837, que trazaron en la mente argentina el perfil definitivo de la nacionalidad, coincide de este lado del Plata la aparición del grupo de hombres nuevos á quienes tocaba rasgar, con la germinación inteligente de su espíritu, la áspera corteza de una cultura aún no formada.

No fué Juan Carlos Gómez el primero en anunciar la presencia de su generación en el campo de la actividad literaria ni en el de los cuidados cívicos. Adolfo Berro, levantando, bajo la inspiración de la nueva poesía, el ara de las devociones del sentimiento, y Andrés Lamas, ensayando la pluma del doctrinador y el

polemista, para impugnar los preliminares de Alberdi á la exposición de Lerminier, y renovar, con *El Nacional*, el espíritu y las formas del diario, precedieron al poeta adolescente que se acercaba, en 1841, á una tumba prematuramente abierta, y reproducía allí la escena famosa que vincula el recuerdo de la muerte de «Fígaro» á una inmortal revelación.

Sólo aparece la fisonomía del poeta en este primer período de la juventud de Juan Carlos Gómez, que termina con la expatriación en 1843. No le contó en su seno la acción de la Defensa; pero una de las páginas más llenas de interés de la historia literaria y política de su tiempo: la que se refiere á la participación de los desterrados de ambos pueblos del Plata en la vida pública de Chile, sirve de fondo luminoso á la plena manifestación de su personalidad.

La iniciativa de reforma social y de emancipación literaria que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por el autor de *La Cautiva* bajo los pliegues de la última bandera de Mayo que debía flamear dentro de la capital argentina hasta la caída del régimen brutal que profanó sus colores, fué obligada á continuarse en el destierro y afirmó sus focos de luz en esta margen del Plata y sobre las costas del Pacífico.

Así, la fuerza de expansión y de propaganda que había sido una de las glorias de la revolución política iniciada por la generación anterior é impulsada por ella hasta llevar á latitudes remotas, dilatándose como en el sucesivo desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, el brazo de sus héroes y la palabra de sus tribunos, realza también esta iniciativa de re-

novación de las ideas, que se formula en el programa de la «Asociación de Mayo», vibra en la prensa de Montevideo sus entusiasmos ardorosos y tiene su más alta expresión en las polémicas de Santiago de Chile.

A fines de 1840 atravesaba la Cordillera, después de ser befado y torturado por la «Mazorca», un prófugo de San Juan, que había llevado allí la voz del patriciado culto y de la juventud inteligente en el movimiento suscitado por la repercusión de la propaganda de Echeverría, y trazaba en un descanso del camino, bajo las armas de la patria que abandonaba, estas palabras de Fortoul: On ne tue point les idées.

Aquel proscripto, cuyo nombre debía en breve fulgurar al pie del *Facundo*, era el mensajero de una emigración que Chile vería pronto afluir á sus ciudades, donde los estremecimientos de la máquina de imprimir anunciaron ruidosamente su presencia; y aquel lema profético iba á tener la confirmación de la realidad en una propaganda de dos lustros, que hizo descender de lo alto de los Andes, sobre el suelo argentino, la voz de protesta de la cultura y la libertad vilipendiadas.

Santiago y Valparaíso reflejan, desde el terror de 1840, las luces proscriptas de su centro por la barbarie vencedora, y al amparo de su hospitalidad se continúa, en las múltiples manifestaciones de la prensa, el libro y la cátedra, la obra en que colaboran el pensamiento de Alberdi, la crítica de López, los panfletos de Frías, la investigación erudita de Juan María Gutiérrez.

Con el anatema incesantemente lanzado sobre la tiranía, comparte la actividad de esta emigración gloriosa la revelación de la nueva idea literaria. El numen

del romanticismo llega envuelto en los pliegues de la bandera de Mayo al otro lado de la Cordillera, y lucha allí con la resistencia que personificaba aquel don Andrés Bello, en quien reconoce la cultura de Chile al primero de sus educadores, y cuyo espíritu, abierto á todas las luces del saber y favorecido con los dones del entendimiento más difícilmente conciliables, flexible y múltiple como el de un humanista del Renacimiento, era santuario de la tradición intelectual. En el brillante torneo que estas polémicas mantienen luce en todo su brío la gentileza literaria de los jóvenes desterrados que el romanticismo tuvo por justadores; el generoso entusiasmo con que llevaban á aquella lucha puramente ideal todo el ardor de las luchas reales y efectivas. Impulsada por ellos, una cuestión de arte llegó á agitar los espíritus con fuerza de pasión, y una de las sociedades hasta entonces menos espirituales de América fué acaso el escenario más movido que tuvo en el continente la gran querella literaria. La relativa incipiencia de la vida intelectual de aquella sociedad, un tanto encadenada á la tradición de la colonia, un tanto adusta y espartana en sus lineamientos, sirvió de fondo opaco para que se destacase aún más el brillo de esa propaganda, en la que nuestros románticos solían poner cierta arrogancia candorosa, cierta conciencia de su superioridad, que le comunicaba á menudo los aires de un magisterio altanero.

Pero hay todavía otra manifestación de la huella imborrable impresa por los desterrados en la vida del pueblo que les concedió generosa hospitalidad; y es su intervención en la política interna de ese pueblo, aun cuando sólo les era dado llevar á ella el concurso

platónico de su palabra, desnuda del influjo vehemente y prestigioso que adquieren las ideas del publicista y el tribuno del relieve de su personalidad en la acción.

Bajo este aspecto, la figura juvenil de Juan Carlos Gómez se destaca quizás como la más activa y gallarda. Llegado á Chile en las postrimerías del primer gobierno de Bulnes, tomó de manos de Alberdi la redacción de *El Mercurio*, de Valparaíso, que era la representación más alta de la prensa, y la mantuvo durante los cinco años del renovado gobierno, ya para estimular la obra de organización que llevaba éste adelante, ya para defender contra él la libertad de imprenta, ó para oponérsele en una campaña electoral que dió por resultado el primer triunfo que se obtuviera sobre el poder en los comicios. Por igual apartado de la demagogia turbulenta y de la oligarquía reaccionaria, sostuvo en Chile la libertad vivificada por el orden, «la política que construye y educa», como la definía y predicaba Sarmiento, y acompañó con su propaganda á preparar la solución que tuvo, en tal sentido, la lucha presidencial de 1851.

Poco después, con el fracaso de la tiranía de Rozas, llega á su término esta brillante participación de nuestros emigrados en la historia literaria y política de uno de los más interesantes períodos de la vida chilena. El renacimiento de la prensa libre y la tribuna reclama en Buenos Aires la presencia de los proscriptos argentinos, al par que un horizonte nuevo parece abrirse, disipada la humareda de la lucha, de este lado del Plata; y Juan Carlos Gómez pasa entonces su pluma de *El Mercurio* á la mano de D. Ambrosio Montt, el Aramís de las voluptuosidades de la ironía sutil y refina-

da, tan singularmente opuesto, en el género de las armas que traía á la panoplia del famoso diario, á aquella inflexibilidad de la palabra y la actitud, á aquella entonación vehemente y amplísima, que dieron contornos al «carácter de Athos», á quien venía á reemplazar en el concierto de las inteligencias.

Vuelto á la patria, asume Juan Carlos Gómez la dirección del elemento culto y pensador de uno de los dos partidos que entonces se reorganizaban para proseguir su duelo interminable; vibra su pluma de polemista en las columnas de *El Orden*, y luego en las de *El Nacional;* resuena su palabra en el Congreso de 1853, el más ilustre y representativo que haya cooperado á nuestros ensayos de organización, al par del que reunió en su seno, bajo los auspicios de una nueva paz, veinte años más tarde, á los enviados de otra generación de noble y turbulenta historia; y termina, no sin un pasaje fugaz por las alturas del gobierno, la actividad de su civismo, con la definitiva proscripción que aun se prolonga en el sueño de la muerte.

Incorporado desde entonces á la vida argentina, mantiene, sin embargo, su fidelidad de ciudadano sobre la poderosa tentación de un escenario que le brinda éxitos y honores. Su tribuna es, de nuevo y para siempre, la prensa. El alejamiento de la acción á que le condena el voluntario ostracismo veda otras formas de manifestación á su palabra y no consiente más alto pedestal á su figura; pero en aquel que las condiciones de su vida le depararon y donde las tempestades de medio siglo le vieron descollar sin que flaquearan sus viejos bríos un momento, fijó con rasgos indelebles su parte de representación y de obra. Personifica, en los anales de nuestras democracias

del Plata, el periodista, el tribuno del pueblo constantemente identificado con las palpitaciones de su corazón y atento al rumor de sus oleajes; á la manera como personifica Juan María Gutiérrez el hombre de letras, Alberdi el pensador, Sarmiento el estadista. Hubo en la prensa quienes atesoraran más caudal de doctrina, más honda reflexión, mejor sentido de las oportunidades del presente; pero su palabra se impone sobre todas y llega, como la voz altiva de su época, al recuerdo de la posteridad, por el poder de transmitir la emoción y el entusiasmo; por la avasalladora energía de la afirmación, que imprime en ella la solemnidad de la del inspirado ó el apóstol; por esa fuerza de la sinceridad que no se remeda, porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor.

Además, todas las turbulencias de la lucha en que la palabra tiende á la acción inmediata y efectiva; todas las huellas que imprime el hábito de la producción precipitada en el cauce áspero é instable de las pasiones del momento, no alcanzaron á empañar en su alma el culto innato de la forma. Su escuela de diarista puede condensarse en las palabras, que él mismo invocaba, de Renán: «Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas». Llevó la pluma como un cincel destinado á fijar en el alma de la multitud inscripciones é imágenes, y supo mantener constantemente firme ese cincel, sin que los estremecimientos de la pasión enardecida lograsen apartarle de la esbelta limpidez del contorno.

Así campea el señorío de la forma en su postrera campaña de *El Nacional* de 1879, sobre la que se tienden las melancolías de creciente nostalgia; y así se

le vió resplandecer en las cartas con que defendió su sueño último, su grande y generosa quimera, en la controversia levantada alrededor del monumento de La Florida; conmovedores arranques de su alma, verdaderos modelos de literatura de polémica, páginas de las más poderosas, más vibrantes, más llenas de flúido nervioso, que hayan brotado, acaso, de la pluma de ningún escritor.

Por este don del estilo prodigado en la labor ingrata de la prensa, puede representarse en él el espíritu literario sacrificado á la necesidad suprema de la acción y la lucha, en la existencia de sociedades forzosamente inhospitalarias para las manifestaciones desinteresadas del espíritu; así como puede representarse en su faz de ciudadano, dando expresión á sacrificio aún más doloroso, la *injusta inutilidad* frecuentemente prescrita por la desorganización de nuestras democracias á la indomable porfía de la convicción, á los rasgos firmes del carácter, á la inquebrantable tenacidad de la virtud.

Junto á una apreciación más detenida de la varonil personalidad del escritor, habría interés en considerar la suave fisonomía del poeta.

La escuela literaria á que puso sello el autor de *La Cautiva* tuvo un carácter esencialmente relacionado con los heroísmos de la época, y modelóse en el concepto, que el mismo Echeverría formuló, de una literatura social y revolucionaria. La poesía cobraba nueva inspiración, después de haber flotado sobre la epopeya de la independencia y consagrado sus victorias, para ser otra vez, en medio de las luchas por la libertad, como la cincelada empuñadura del acero ó como el lampo que arrojaba de sí la misma espada estreme-

cida. Pero la cuerda heroica partió entonces su imperio con las primeras manifestaciones del subjetivismo poético y de la melancolía romántica, y el verso ahondó en la intimidad de la conciencia, al mismo tiempo que continuaba siendo un medio de acción.

No era en Juan Carlos Gómez la naturaleza del tribuno la que se imponía con superior intensidad á la entonación del poeta. En el silencioso recogimiento de la inspiración tributaria de los ensueños y las lágrimas, que desata el aura del sentimiento individual, libre de la presión niveladora é imperiosa del ambiente colectivo, y no manifestándose este sentimiento en el arranque súbito de la emoción ni con la fuerza que estalla en el sollozo de Musset ó en la imprecación byroniana, sino cuando se ha tendido sobre él el velo de una suave melancolía, y vagan sigilosas las sombras de la meditación ó del recuerdo, era cómo la íntima naturaleza de nuestro poeta desempeñaba su ley y acertaba con la nota pura, sencilla, la que llega al centro del alma, ya diese voz á las tristezas de la ausencia, ya espaciara el espíritu en los arrobos de la contemplación.

Su poesía refleja así la exquisita suavidad de los sentimientos, que constituía el fondo velado de su personalidad. Nunca entregó á las pasiones de la vida pública sino una parte de su espíritu, y supo guardar constantemente intactas del polvo abrasador de la lucha todas las delicadezas del pensamiento y la sensibilidad, el culto de las cosas íntimas, que constituye el más preciado de esos bienes del alma que el hombre, perpetuamente confundido en las tempestades de la acción, suele sacrificar á la devoradora intensidad de la idea que le absorbe ó de la pasión que le avasalla.

He de terminar, sobreponiéndome á la atracción de un tema gratísimo; pero no será sin antes insistir acerca de la alta oportunidad con que se autoriza, en este silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras glorias más puras, toda palabra encaminada á una reparación.

Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba hace pocos años, como suprema inspiración regeneradora, en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de fortalecer, en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor á la contemplación de aquellas épocas en que el carácter, la personalidad nacional de nuestros pueblos y las fuerzas espontáneas de su intelectualidad, vibraban con la energía que hoy les falta (1) y con el sello propio de que les priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota á la fisonomía de estos tiempos.

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituíble en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido á las que tienen la representación obscura del presente, no sólo á nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir se une á la «sagrada voz de la historia» —siempre vibrante en el corazón de los pueblos, que

(1) Esto se escribía en 1895.

son algo más que muchedumbres—, para exigirnos, cuando se trate de esas generaciones, un homenaje de amor y de justicia, que sea, á la vez, inspiración de fecundas enseñanzas y nos lleve á familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confidencias de su espíritu.

## LA VUELTA DE JUAN CARLOS GÓMEZ

Discurso pronunciado en representación del «Ateneo» y la prensa de Santiago de Chile, en el Cementerio de Montevideo, al ser traídos á la patria los restos de Juan Carlos Gómez, el 8 de Octubre de 1905.

Señores:

Hace sesenta años, cuando las sombras de una legendaria tiranía se levantaban á entenebrecer el horizonte de los pueblos del Plata, doblaban las cumbres de la Cordillera, toda vibrante todavía con los ecos triunfales de la epopeya de América, los prófugos y los proscriptos de una generación dispersada en la adolescencia por el trágico naufragio de la libertad.

Templada el alma en precoces pruebas é infortunios; hechos á la costumbre de lo grande y de lo heroico, como arrullados que fueron en la cuna por el estruendo de las armas emancipadoras; llenos de las inspiraciones del entusiasmo generoso que caldeaba entonces las corrientes del mundo en la más espléndida resurrección de idealidad y de arte que haya exaltado la mente humana desde los tiempos del Re-

nacimiento, aquellos emigrados llevaban consigo á Santiago y Valparaíso esa singular virtud de casi todas las emigraciones históricas, que, como si acrisolasen las almas por el desamparo y el dolor, infunden en ellas dobles bríos, así para el pensamiento como para la acción.

Junto á Mitre, á Sarmiento, á Juan María Gutiérrez, á Alberdi, á López, iba también en aquella luminosa pléyade—que encontraría allí, para contender en los torneos de la inteligencia, rivales de la talla de Bello y de Lastarria, de Bilbao y de Montt—un hijo de Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegaba entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad. Este joven de veinte años era Juan Carlos Gómez, y acaso era el primer ciudadano de su país que llevaba á extrañas tierras, para que irradiasen fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu.

De cómo irradiaron estas luces, de cómo se destacó gallarda la figura del escritor de Montevideo, desde que tomó de manos de Alberdi la pluma de *El Mercurio*, habla, señores, la ondulación de simpatía que, cruzando los Andes, viene á incorporar al homenaje que nos congrega los recuerdos y los saludos de un pueblo.

Interpretando esta adhesión, he de hablaros de Juan Carlos Gómez. Yo no puedo traer su nombre á mis labios, representarme su personalidad subyugadora, sin que vea surgir simultáneamente con ella y ordenarse á su alrededor, á la manera de un imponente fresco histórico, un espectáculo en que se resume la febril y dramática actividad de una generación que nació destinada colectivamente á la gloria. Toda una

época me parece que despierta hoy y se reanima en presencia de este cadáver venerando, como por una evocación que transfigurase de súbito nuestro ambiente amortecido, llenándole de resplandores, músicas y aromas; toda una época, con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños, sus heroicidades y sus martirios. Y es que nadie tiene, respecto del alma de sus contemporáneos, más nitidez y fuerza representativas que Juan Carlos Gómez. De nadie con tal verdad puede decirse que quedó fiel, hasta morir, á los númenes de su juventud. Así, la tristeza nostálgica de sus últimos años no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu. Medio siglo ha pasado ya desde que Juan Carlos Gómez partía para el destierro que debía prolongarse hasta después de la tumba. Si volviese á la vida, vería cómo el vertiginoso movimiento que impulsa hacia adelante los hombres y las cosas, ha renovado la fisonomía moral y material de su pueblo, partícipe de las transformaciones del mundo. No es ya Montevideo la ciudad humilde, ceñida por los arreos de su guerrear interminable, que él dejara al partir. En vano sus ojos buscarían aquel viejo «Fuerte de Gobierno», que él recordaba una vez, en su apenada ancianidad, con las melancolías y ternuras del proscripto; el viejo Fuerte, que los hombres de mi generación no hemos alcanzado á conocer, y entre cuyos muros de piedra se asentó el sillón presidencial de don Joaquín Suárez y se dió la norma de tanto valor y abnegación sublime. En la esfera de las ideas, si descendiera al fondo de nuestro espíritu, no se sentiría, ciertamente, menos desorientado. Derruídas ó desiertas

hallaría las aras de sus dioses. Esta selva que entretejen las almas se ha deshojado y ha brotado, desde su tiempo, muchas veces. Sólo como el son de una armonía lejana percibimos ya los ecos de aquella fulgurante revolución de las ideas que, en el primer tercio del pasado siglo, hechizó al pensamiento humano. Otra es hoy nuestra filosofía, otra nuestra literatura, otra nuestra concepción de infinitas cosas; otros son nuestros mentores y nuestros libros.

Pero lo que perpetúa, al través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como éste; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse, para honor de esta civilización cristiana, que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo, es que todas las escuelas, todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en su seno, arriban en definitiva á una misma conclusión, cuando se trata de fijar merecimientos y sanciones, y se transmiten la misma insustituible consigna: sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia, y nunca de la fuerza brutal, irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad.

Esas tres superioridades eternas: inteligencia, carácter y virtud, honramos en la apoteosis que hoy nos reúne. Sobre esa base triangular no hay pedestal de estatua que no resista á todas las fuerzas de la tierra. No ignoráis, señores, cómo, á pesar de ello, se ha discutido y se ha negado la razón de esta apoteosis. Quien tantas tempestades desató en vida, no podía incorpo-

rarse sobre su lecho de muerte sin provocar una vez más la tempestad. Entretanto, hemos oído la palabra de los acusadores, y no sólo la declaramos vana é irreverente, sino contradictoria de imprescriptibles fueros de la conciencia humana. Jamás, jamás en un pueblo libre la profesión sincera de un modo personal de concebir la grandeza, el porvenir, los destinos de la patria, puede justificar el ostracismo, ni el anatema, ni el olvido de los más altos títulos y las más legítimas superioridades que enaltezcan á los hombres. El fecundo amor patrio es el que exige del ciudadano, no el sacrificio de la libre profesión de su pensamiento, en cuanto á las conveniencias é intereses del patrimonio común, sino la sinceridad del amor, y el desinterés con que esa sinceridad se abona, y el cumplimiento del cívico deber. Toda otra concepción del amor patrio no será sino un estrecho é irracional fetichismo.

Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que obscureciera el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito. Quien siga el desenvolvimiento de esa empresa de reivindicación, encontrará muy á menudo opuestos á sus reparadoras conclusiones los juicios históricos del escritor á quien hoy se glorifica. Pues bien: es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó á personalidades á quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad sublime de la gloria, nadie tiene derecho de recordar las impiedades que les separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya míseras criaturas humanas, sino estatuas que perduran

sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí, los mármoles y los bronces no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden.

Una concepción unilateral, y, por lo tanto, falsa, de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores civiles eran antinómicas é inconciliables. Del punto de vista de una de ellas se condenaba inexorablemente á la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, ó, mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas—y por igual necesarias—de nuestro génesis, en las rememoraciones glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte, para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Esta es la filosofía del amor aplicada á la crítica de las cosas humanas, que es, en suma, también la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, bien

podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias, bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez.

Un día, la Convención francesa mandó que fueran quitados del Panteón Nacional los restos mortales de Mirabeau. Pasado cierto tiempo, dispuso que esos restos volvieran á ocupar su lugar entre los de los grandes hombres de Francia. Y Michelet, comentando estos dos actos, aparentemente contradictorios, declara que, si justa fué la Convención cuando expulsó de su pedestal de gloria al coloso de la tribuna, en castigo de las culpas que le imputaba, aun fué más justa cuando ordenó reponerle, porque aquella proscripción transitoria bastaba para sanción penal de tales culpas, y cumplida la severa condena, el varón preclaro debía levantarse de nuevo y para siempre en los altares de la patria agradecida. Yo me atrevo á afirmar que, si en el alma de los detractores de Juan Carlos Gómez hay un fondo de piedad histórica, de esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones muertas por las generaciones vivas, ellos han de convenir alguna vez, por mucho que agiganten los que consideran sus desvaríos y que deformen las que llaman sus crueldades—ya que nadie ha podido enterarnos de sus culpas—, ellos han de convenir alguna vez en que sus treinta años de destierro y abandono, no figurado, como el de Mirabeau, sino real y rebosante de amargura, son suficiente pena para que, desarmados ya todos los odios, creamos llegada la hora de traerle á reposar en el panteón de nuestros muertos ilustres!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga, con doble imperio, á la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos —aún más que nuestros hombres de guerra— padecen hambre y sed de justicia! Porque el héroe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer á veces campo más amplio para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época en que tocóle actuar; si pudo ser que encontrase estrecho ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, tuvo á lo menos la compensación del valor y la obediencia de la muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores, en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa, ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadaptado y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar desde las altas cumbres adonde converge la atención humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alentador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimiento de la idea inerme

frente á la pasión desenfrenada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia, del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fué ingrato, la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute á estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos á esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que, por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez personifica en nuestro pasado ese destino doloroso é injusto: en parte, por el estoicismo abstinente en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida á las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel fatalidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido, y apenas si fué, primero, su timonel precario é infortunado, en raras horas de borrasca, y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte burila sentimientos é ideas en el corazón y el pensamiento de los hombres; y lo fué, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semiolvidado y pobre, procurando

en la labor obscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, á pesar de los triunfos y los honores con que brindaba á sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Personificó, por la feliz armonía de sus dotes, su propio ideal de democracia culta, no reñida, sino connaturalizada, con el orden y la selección. En nuestra historia no hallo figura que con tal brillo represente al *gentilhombre*, al patricio de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento penetrante y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitaciones en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estoica y la delicadeza exquisita; el favor de las gracias y las armas del combate; soberbio ejemplar de superioridad humana, que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.

Aun para aquellos que no acierten á ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar á los mismos contra quienes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores á los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence; que arrebata,

más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo, y aquella expresión sobria y desnuda, que caracterizaron á Florencio Varela, su precursor en la propaganda de la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus conmilitones ó sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de ese Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible y certero, guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria. Así como, ni aun en las mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballeresca dignidad, así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto. Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprenden á menudo un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca ó el torso divino de una estatua.

Tal fué el escritor; tal fué el luchador; tal fué el apóstol.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de

naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Significando, pues, esa íntima solidaridad, por la cual lo que enaltece y honra á alguno de nuestros pueblos los honra y enaltece á todos; significando también el afecto y la gratitud que perpetúan en la memoria de Chile los esfuerzos con que el proscripto de Montevideo contribuyó, desde su cátedra de *El Mercurio*, á dilucidar los problemas de la organización de aquella culta y poderosa República, que hoy se levanta tan alto en la civilización y la riqueza del Continente, yo, honrado con la representación de la prensa y el Ateneo de Santiago, dejo las flores que me envían para la tumba de Juan Carlos Gómez.

## RUMBOS NUEVOS

*Con motivo de la publicación de "Idola Fori", de Carlos Arturo Torres.*

El fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema abnegación del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único á que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia

enervadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de uno ú otro modo, se interesan por las ideas; aproximándose á un extremo ó al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de la naturaleza del tipo á que respectivamente se aproximan, y dejando graduar la intensidad con que adolecen de los defectos por la proporción en que participan de las superioridades. Cuanta más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanta mayor disposición de hacer, menor profundidad de pensar; cuanta más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal é inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto?... Yo creo que sí. Yo creo que es posible, no sólo construir idealmente, sino también, aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida una estructura de espíritu en que la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unida al don de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración á un ideal afirmativo y constructivo se abrace con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia sincera reflexión y por las luces de la enseñanza ajena, y de adaptarlo á nuevos tiempos ó á nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aun con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y los ideales ajenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se

confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Este es, sin duda, el más alto grado de perfección á que pueda llegarse en la obra de formar y emancipar la propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. De más está decir que si el fanático y el escéptico puros, en el sentido de la pureza ó simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aun lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, á diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre á la comprensión y aplauso del vulgo. La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semiescépticos*, y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente la sugestión magnética del tipo que realiza, con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tiene ella. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter uno, enterizo y presa de ímpetu ciego; á los escépticos á medias les fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, ó queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección, que afirma y niega, obra y se abstiene, con racional medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor nú-

mero no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores á la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

Creo que se acertaría con una de las notas fundamentales del libro que me da ocasión para este estudio, si se dijera que es un poderoso esfuerzo en el sentido de propagar ese tipo superior de carácter que he procurado definir; y lo es porque la personalidad misma del autor, tal como se estampa, con enérgico sello de verdad, en sus páginas, realiza en sí dicho tipo, por natural disposición, y también, sin duda, por perseverante disciplina propia, y es uno de los más perfectos ejemplares de él que conozco dentro del actual pensamiento hispano-americano.

Quien siga con atención el movimiento de ideas que orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, percibirá, en parte de esa producción por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger á una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio é ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos é ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural

instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispano-americanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por la emancipación y el dolorido recuerdo de las limitaciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, á través de todo proceso de regeneración ó reforma personal, la memoria y el fondo del carácter. En su impaciente y generoso anhelo por agregar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran á la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban á la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos: ilusión comparable á la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza á la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes é inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después que los rencores de la guerra se disiparon y que el instinto de simpatía por el propio linaje y por los hechos de los mayores recobró en

parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas que como inspiración de una labor encaminada á restablecer la unidad interna de la historia. Los partidos liberales, sucesores directos del espíritu de la Independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido ó condenación para un pasado del que no era posible prescindir, porque estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron á la tradición y á la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, las sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron á su descrédito. En aquellas partes de Hispano-América donde una continua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo, sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse á la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fué éste un nuevo factor que conspiró á nublar la conciencia de la raza propia; y ninguna enérgica acción social, ningún plan orgánico de gobierno, acudieron á levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de sí los sentimientos de la tradición y de la raza, celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo sólo desviación relativa á las tradiciones de raza, tomando ésta en su directo y más concreto sentido de la nación colonizadora. Momento lle-

gó en que el desapego tendió á más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge y que convirtieron en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encumbramiento intelectual, económico y político de pueblos á quienes parecía transmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió á la grande unidad étnica é histórica de los pueblos *latinos*, cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma, en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituir para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos; la superioridad absoluta del modelo anglo-sajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, á fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte-América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aque

pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección, —como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo á pueblo, de raza á raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, á los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que, aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse, pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.

Me he detenido, tal vez con demasía, á recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, á fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos é ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso, en la vida intelectual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos,

se levantan, á un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispano-americanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza, no vinculada ya á una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta á todos los anhelos de libertad y á todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal, como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran á estampar su personalidad, diferenciada y constante, en la extensión continental, cuya mitad ocupan, y en el inmenso porvenir donde hallarán la plenitud de sus destinos, y que buscan para ello sentar el pie en el pasado histórico, donde están las raíces de su ser y los blasones de su civilización heredada. Ni es sólo en una vaga idealidad como da muestra de sí este sentimiento. Cuestiones sociales y políticas se consideran por su incentivo y á su luz; y así, en reciente y notable libro, *La Restauración nacionalista*, Ricardo Rojas, argentino, refiere el problema de la educación á la necesidad de mantener los vínculos tradicionales, y lo estudia en la particularidad de la enseñanza de la historia, medio eficacísimo de simpatía y comunión en el culto de la patria.

Pues bien: *Idola Fori* se relaciona, en mi sentir, por su más íntima tendencia, con ese movimiento de *restauración*, si usamos la palabra del autor argentino, y es como la expresión generosa del sentido político que debe adquirir tal movimiento, manifestándose en el espíritu y la obra de los partidos liberales. Porque

el mensaje que sus páginas llevan es mensaje de conciliación, de armonía, de evolución racional y orgánica, tan ajena de yertas inmovilidades como de vanos desasosiegos; de serenidad encumbrada sobre «los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución»; y quien quisiera reducir estas fórmulas á una la hallaría en el mandamiento de enlazar los impulsos de reforma, que modelan lo porvenir, con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica. Conjuraremos los ídolos del Foro; lograremos, según las palabras de Torres, «el equilibrio hermoso y estable que resulta de las mutuas concesiones de los asociados», si cuidamos de adecuar las cosas nuevas que proponemos y adquirimos á la realidad de nuestra vida y nuestra historia, edificando sobre el propio solar y sembrando en el propio terrón. Y así lo entiende y declara, en no pocos pasajes de su libro, el escritor colombiano. Contra el vulgar sentir de que la relación de lo pasado á lo presente es, por esencia, oposición y discordia, levanta, con Kidd, el principio de su solidaridad y continuidad indestructibles; y contra el concepto biológico que sólo ve en la evolución las desviaciones del tipo originario, reivindica, con Quintón, la ley de fijeza, constancia y unidad «que rige la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, mudable en su estructura». Realza la sagrada eternidad de la idea de la patria, como «vinculación ideal de tradición, sentimientos y aspiraciones»; y en el sintético y hermoso capítulo final, *Hacia el futuro*, encarece el valor del tesoro que aportan al presente: «con sus acopios fisiológicos, la herencia; con sus acopios morales, la tradición», representando la armonía perenne que integran las generaciones humanas por las tres

mujeres que, en el bajorrelieve de Frémieux, tripulantes de la misma barca, mira la una, con aire melancólico, á la playa que dejaron; sondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía, y rige la tercera, en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante.

Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispano-americano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado á la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos é ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano; ya refiriéndose, al empezar, á la «sutil esencia de idealismo» que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un «renacimiento idealista» que aspira á producir una «superior conciencia de la humanidad», como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales.

Si retrocedemos á señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio

de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba á su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una «forma de espíritu original», esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, «una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia», y agreguemos nosotros, una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo á corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta á la realidad política y social, tendió á entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único ó supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal «forma original de espíritu» se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino á abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, á la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, á las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por ejemplo, á vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, «libre y desinteresado servidor del positivismo».

Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte ó un Spencer, un Taine ó un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante

del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos á considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar ó estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada á nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó á propagarse, y aun á divulgarse, en nuestra América. Fué éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible é inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha á los hombres. En lo tocante á la acción y al gobierno de la vida, llevaba á una exclusiva consideración de los intereses materiales; á un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, ó la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; á la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles, ó ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse á plena luz las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzsche, convertido en patente de corso para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la *facultad dominante*, que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento ó medio de hacer, á algún supremo tér-

mino de desinterés, de justicia ó de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente á la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante á compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obsesión utilitarista, todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derechura á un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen fijas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la *nobleza* con que *obliga* la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero á la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como harto lento prometedor, y lo sustituía por la

audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airosas de la tradicional personalidad colectiva empezaban á esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa.* En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre à terre;* y no fué otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entretanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban á avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve á cada generación humana á separar de lo anterior y aceptado alguna parte de sus ideas. Ponían el oído á las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros, y releían aquellos que habían dado fundamento á su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Fori* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió á esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América Española hizo, no ha mucho, Francisco García Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable,

de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergsón y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoy y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas é inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos á la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita á la criatura humana á encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos á restituir á las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia é insistencia del espíritu crítico; la descon-

fianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios á los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, ó procuramos ser, como el nauta, que yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón á brazos firmes, y muy á mano la carta de marear, y á su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

También por esa parte se enlaza el libro que me da pie para estas observaciones con la fisonomía general que la literatura de su índole presenta en la actualidad americana. Es el libro de un idealista, y es el libro de un hombre que sabe de la realidad por la cultura y por la acción. El consorcio fecundo del sentido de lo ideal y el de lo real luce en la armonía y madurez de esta obra y es de las excelencias de espíritu de su autor. No le abandonan un punto ni la inspiración de altas ideas ni el cuidado del modo como cabe arraigarlas en el polvo del mundo. Y asistido de ambas facultades, penetra á señalar en el carácter de la actividad política, principalmente tal como ella suele ser en nuestros pueblos, los *ídolos del Foro*, las supersticiones que persisten contra la sentencia de la razón ó que se adelantan á su examen sereno.

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación; la resistencia de su personalidad á las unifor-

midades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?... Y, sin embargo, esas organizaciones colectivas, á las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, á educarlas.

Denuncia Torres la sinrazón de los impulsos fanáticos y la vanidad de las convicciones absolutas; enseña cómo la constancia y unidad de una vida enderezada á un fin ideal puede avenirse con las racionales modificaciones de la inteligencia, y cómo los partidos, conformándose con esta misma ley de variedad, se readaptan y transforman, á menos de disolverse ó desvirtuarse; protesta contra repulsivas glorificaciones del egoísmo y de la fuerza; discierne el genuino concepto de la democracia de los sofismas de la falsa igualdad; flagela la ilusión aciaga de la guerra civil como medio de arribar á algún orden; y con franco optimismo y fundada altivez, que yo aplaudo y comparto, sostiene que, fuera de las superioridades individuales de excepción, «el nivel medio intelectual y moral de la humanidad civilizada en nuestros jóvenes Estados no es, ni con mucho, inferior al de las viejas sociedades europeas». En todo esto muestra el autor de *Idola Fori* admirable acierto, penetración y equilibrio. Sólo me parece á mí que, al impugnar la superstición aristocrática, no reconoce todo su valor de oportunidad á la

obra de instituir, en el alma de estos pueblos, el sentimiento de la autoridad vinculada á las legítimas aristocracias del espíritu, para la orientación y el gobierno de la conciencia colectiva. Yo entiendo que ésta no es tarea de mañana, sino de hoy; porque si en unas partes de América el desenvolvimiento material, que es el carácter del presente y del inmediato porvenir, trae en sí los declives de una igualdad utilitaria contra la que urge reaccionar, en otras partes, y en las mismas quizá, urge desarraigar y sustituir tanto prestigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín, en los saqueos del desorden, la energía brutal, la medianía insolente ó la caprichosa fortuna.

Atinadísima observación apunta el escritor colombiano en el capítulo *Corrientes políticas de la América Española*, cuando, al hablar de pasiones que subsisten sólo por el poder de la costumbre, encarece la necesidad de que fijemos el centro de las fuerzas políticas en el terreno de «los nuevos problemas que surgen, de las nuevas necesidades que apremian, de los nuevos peligros que amenazan», es decir: de aquellos motivos de atención que, en nuestras tierras y en nuestro tiempo, guardan correspondencia con la realidad. Los más funestos *ídolos del Foro* (si bajo este nombre comprendemos toda superstición política) no son los ídolos cuya falsedad es más patente porque consiste en grosera ilusión ó bastardo interés, sino aquellos otros que se refieren á ideas y objetivos que alguna vez tuvieron real fundamento y oportunidad imperiosa, y que los conservan hoy mismo en ciertas partes, pero que en otras, donde se les mantiene, han perdido, por ya resueltos y logrados ó por desviados del sentido que lleva el desenvolvimiento de la vida, toda

razón de ser, lo que no es obstáculo para que una maquinal inercia ó una galvanización artificiosa los represente con el carácter de lo actual, y motiven proselitismos, y susciten pasiones, y defrauden de esta manera energías que se sustraen á la aplicación eficiente y fecunda de los problemas de la realidad. Muchos podrían ser ejemplos; yo no citaré sino uno.

En algún pueblo hispano-americano, la libertad y la tolerancia religiosas han culminado hasta un punto que, seguramente, ningún otro pueblo supera, dentro de la civilización contemporánea; no sólo porque, en el terreno de la ley, ha tiempo que se han reivindicado ampliamente, y con arraigo inconmovible, todas las libertades de ese orden que pueden ser objeto de limitación por la intolerancia ó la parcialidad del Estado, sino porque en la sociedad, en las costumbres, en la vida doméstica, el sentimiento religioso no incide sino por raro caso en pasión perturbadora y fanática, y tiende á contenerse en su inviolable santuario de la conciencia individual. A pesar de ello, la sugestión de campañas anticlericales, que, en los pueblos de Europa de donde se las reflejaba, tenían acaso natural impulso en las peculiares condiciones de la realidad, fué bastante (y no escribo historia antigua) para traer al primer plano de la atención y el apasionamiento político un género de propaganda que estaba lejos de ocupar el mismo rango en el orden real de las necesidades sociales; retrocediéndose, sin ventaja visible, á la conmixtión abominable y anacrónica de las más delicadas cuestiones de conciencia con las pasiones violentas de los bandos. Y apenas me parece necesario advertir que si abomino de esa conmixtión, allí no la haga forzosa el desequilibrio de un régimen de intolerancia,

sólo quiero negar la oportunidad del debate religioso en los estrechos límites de la vida política, en las disputas de la plaza pública; de ningún modo en el intercambio espiritual, en la verdadera comunicación del pensamiento, donde la controversia de esa índole responde á un perdurable interés humano y donde siempre será oportuno y siempre será noble propender, por los medios de la razón y de la simpatía, á emancipar las conciencias capaces de libertad del yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tiránicos.

Pero sería tarea interminable la de indicar todas las particularidades y todos los problemas de la vida actual de nuestros pueblos á que puede tener aplicación el profundo sentido de esta obra, destinada, sin duda, á realzar la ya justa fama de su autor.

Por la índole de sus facultades y la orientación de sus tendencias, Carlos Arturo Torres es de los escritores hispano-americanos que mejor responden á las necesidades actuales de nuestra sociedad y de nuestra cultura, en lo intelectual como en lo moral; de los que están en condiciones de hacer mayor bien con la pluma; de los que en más alto grado merecen ejercer *cura de almas*. Es, además, de los que, por sus cualidades de forma y de gusto, y por la variedad y elección de sus lecturas, manifiestan una personalidad literaria más emancipada de las sugestiones caprichosas de la novedad. El equilibrio superior, la amplitud simpática y benévola, la alta y noble equidad de su pensamiento, encuentran adecuado medio de expresión en la severa elegancia de un estilo inmune de toda vana retórica. Como escritor y como pensador tiene por carácter la selección desdeñosa del vulgar

efecto; la elevada sinceridad, que, en el pensar, es justicia fundada sobre propia y personal reflexión, y en el escribir, es sencillez escogida. Y este espíritu tan encumbrado sobre la vulgaridad no participa de las limitaciones de caridad ideal que suelen venir juntas con las excelencias y ventajas de los espíritus de selección: el desprecio por la muchedumbre, la soberbia egoística, la tendencia al atesoramiento de la verdad como patrimonio de pocos. Siente la mayor obligación de amor humano que toda superioridad espiritual determina, y aspira á que la parte de verdad que no alcance á ser comprendida por los más, sirva, á lo menos, para aplicarse al bien de todos.

Hay libros de bien como hay hombres de bien. El libro de que hablo es uno de aquéllos. Y cuando á la viva voluntad del bien se une, en el hombre ó en el libro, el sentimiento delicado y el superior discernimiento de él y la facultad de expresarle con las palabras de belleza y simpatía que le abren fácil paso en el corazón de los otros, entonces la superioridad moral adquiere sus más nobles complementos. *Idola Fori* ofrece ejemplo de esa cumplida superioridad. ¿De cuántos libros hispano-americanos podrá decirse otro tanto?...

## LA GESTA DE LA FORMA

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga á que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarla, para que convoquéis á otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la for-

ma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y en vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida.—¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia, ninguna altiva terquedad á la rebelión de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh Ilíada formidable y hermosa; Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de alguna de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

## EL RAT-PICK

Una vez, en tiempo que, como todos los pasados, «fué mejor»; cuando estrenaba mis armas literarias, se requirió mi parecer en nna encuesta relativa á si debía ó no levantarse la prohibición de las corridas de toros. Pasaba yo entonces por esa crisis de *dilettantismo*, desdeñoso de la acción y de las ideas, ebrio del arte puro, que suele ser como el prurito de la dentición en los espíritus de naturaleza literaria (aunque en mí nunca caló muy hondo). Por aquel tiempo había descubierto á Gautier, y este sol me tenía deslumbrado. Con tales antecedentes, no será difícil comprender que hiciese, hasta cierto punto, la defensa de la pintoresca barbaridad, en nombre de la belleza, del color y de la originalidad característica de tradiciones y costumbres. No necesito decir que hoy mi respuesta sería otra.

Recordaba esto, ha pocos días, volviendo de satisfacer mi curiosidad en cuanto al espectáculo que, con el nombre de *rat-pick*, anuncian los carteles y que ya goza de cierta popularidad. ¿En qué consiste el *rat-pick?*

El *rat-pick* no es sino la caza de la rata por los gri-

fos rateros que llaman *fox-terriers*. Esta caza da pretexto á un juego de *sport*. Frente á las gradas de los espectadores, un recuadro, cercado de madera, sirve de palenque. Tres *fox-terriers* aguardan encerrados en otras tantas casillas, cuyos colores distintivos corresponden á los de las boletas del juego. Ábrense las casillas, simultáneamente con la trampa en que traen á la rata, la cual, despavorida, busca huir, mientras los perros se lanzan en competencia sobre ella; el que primero la atrapa es el ganador. Veces hay en que la rata se resiste y muerde; pero claro está que no llega el caso de que escape á las mandíbulas de sus perseguidores. Pronto los canes, disputándosela, arrancándosela uno á otro, la truecan en piltrafas sangrientas; dase, con esto, por terminada una tanda, y á los breves minutos se entra á otra.

El *rat-pick*, como casi todo espectáculo de *sport*, es invención de ingleses y ocasión frecuentemente elegida entre ellos para despuntar el vicio de la apuesta, por la gente del vulgo y también por la ociosa juventud aristocrática. Excluiré desde luego de mi comentario lo que se refiere á esta intervención del juego de azar; no sólo porque nos llevaría á moralidades muy triviales, sino porque confieso que no es la nota reprobable que más subleva mi espíritu en esta baja diversión. Mis soliloquios de espectador repugnado fueron de distinto género, y voy á ponerlos ahora por escrito. Razonemos acerca de las cosas pequeñas, puesto que no nos favorecen con su presencia las grandes.

Inútil me parece advertir que si ya va tiempo que me despedí del *dilettantismo* indiferente, dispuesto á perdonar y consagrar de lícita toda apariencia ama-

ble, no he renegado de la religión de la belleza, ni he dejado de comprender las inmunidades y exenciones que ésta regiamente instituye para los seres y las cosas que señala con su favor. Y en su relación con la moral, no sólo en los dominios del arte propendo á conceder á cuanto es bello una irresponsabilidad olímpica, sino que, dentro de la misma realidad y de la misma acción, concedo que allí donde lo bello es el fin ó la forma de lo malo, lo malo no se cohonesta, pero sí se atenúa. Si esto es resabio de *dilettantismo*, yo me declaro impenitente. El sentimiento que nos dominaría ante la Bacante en furor, inspirada y bella, que desgarraba entre sus manos convulsas las entrañas crudas de las víctimas, no se confundirá jamás con el que experimentaríamos en presencia de un acto semejante realizado sin el encrespamiento orgiástico y de modo vulgar. La apariencia bella es hechizo que, aun en la contemplación de la maldad y del odio, brinda gratas mieles; como, en las representaciones plásticas ó poéticas de la sensualidad, la belleza es la sal que evita la maloliente podredumbre y separa una página de Lucio ó de Petronio del fangal de las vulgaridades obscenas. La perversidad pagana, que imaginó las crueldades del Coliseo, nunca olvidó revestirlas de belleza; y esta preocupación no falta, aunque depravada y retorcida, ni aun en las más atroces demencias de Nerón. Una pasión de lo bello, de lo magnífico y lo raro, que, como la que concurrió á inspirar las invenciones satánicas del circo, pasa por encima de toda valla de moral y de todo instinto de humanidad y simpatía para realizar su inaudito sueño de arte, es cosa que impone un asombro rayano de la admiración, y aun cierto sentimiento de respeto, como

toda energía avasalladora y soberbia que corre arrebatada en dirección á un fin único. Las escenas que el *velárium* de púrpura cobijó en la pista enorme, enrojecida por oleadas de sangre; las hecatombes, los suplicios, las cacerías monstruosas, los encuentros de gladiadores, constituían un espectáculo perverso, pero no mezquino. Y cuando los seiscientos leones que Pompeyo echó una vez á la arena hacían temblar, de un trueno espantable, los cimientos del circo, se comprende que este trueno tuviese fuerza para ensordecer la protesta del sentido moral.

Algo semejante cabe decir, guardando distancias, de algunos de los espectáculos de crueldad que todavía duran. Las corridas de toros son fiestas de brutal barbarie; pero el sentimiento artístico encuentra en ellas dónde detenerse. Prescindo de que exista un arte de torear, que tiene su técnica y sus entendidos. Quiero sólo ver en la lidia de toros la fiesta circense, el espectáculo de decoración grandiosa y ruda, pintoresca *epifanía* de un ambiente y de una imaginación y una sensibilidad colectivas; el espectáculo en que naturaleza y público entran por tanta parte como lo que ocurre en la arena; en que el prestigio fluye, en suma sinfónica, del sol y el cielo abierto; de los colores y marchas de la cuadrilla; de la alegre música y el clamor popular; del valor temerario, la agilidad y la destreza; de los ojos negros, las mantillas y las rosas; y acaso también de la relación *dionisíaca*, si recordamos á Nietzsche, entre el desborde de tanta sensualidad y tanta vida y el vaho embriagador de la sangre. Y digo que, para quien no tenga alma de cuákero ó anabaptista, esto encierra un interés estético, y que no hay que extrañar que, vencidas las primeras repugnancias,

la sugestión del espectáculo llegue, si no á sobreponerse absolutamente al recto juicio, sí á producir una escisión de la personalidad, en que la conciencia moral, que reprueba, quede de una parte, y de la otra la imaginación fascinada se incorpore al himno triunfal, al coro estrepitoso y ardiente, qne estalla, en música de Bizet, como la sangre que salta de la arteria rota: «*La voici, la voici la quadrille!*»

En las riñas de gallos no falta su migaja de estética, y ello se concibe con sólo recordar al gallardísimo animal, como modelado plásticamente para el alarde y el combate. El aspecto armado y soberbio; la reluciente pluma; el ojo centelleante; la cola que se alza en arco pomposo; la pata toda nervio con que dar empuje al espolón, y en la altanera cabeza la roja insignia heráldica, vuelta más roja por la ira: todo esto compone un admirable conjunto, al que la actividad del combate agrega, en actitudes, ímpetus y acometimientos, un arte gladiatorio capaz de interesar á la mirada que atesora belleza. Cuando Temístocles, en vísperas de batalla, quiere excitar la bravura de la juventud, en aquel mundo donde el sentido de la belleza plástica no se apartó jamás de ninguna manera de pensamiento ó acción, la imagen que pone ante sus ojos es la del gallo de pelea, apercibido y vibrante.

En cambio, este abominable *rat-pick* no se ilumina con el más tenue rayo de gracia ó hermosura. En tan bajo espectáculo, todo es feo, todo es desagradable, todo es ruin. Fea es la víctima, feo el victimario, feo el aspecto de la lucha, ó, más exactamente, de la caza. Y la inferioridad estética no está compensada por ninguna ventaja de orden moral. En las lidias de toros no es posible negar que la barbarie tiene cierta atenua-

ción de nobleza, que consiste en la exposición que el hombre hace de su vida. Cualesquiera que sean la vulgaridad y el insufrible amaneramiento del lidiador de toros, considerado fuera de la arena, como *arquetipo* chulesco, como modelo que polariza, con sugestiones de gustos y costumbres, la admiración popular, es indudable que el desafío oficioso del peligro, la voluntaria vecindad con la muerte, reflejan sobre él alguna luz de simpatía, cierto prestigio marcial, cierta elegancia heroica, que en antiguos tiempos tentó á que se probasen en el hoy plebeyo ejercicio los brazos más capaces de sublimes empresas, desde Rodrigo de Vivar, si hemos de creer á la fama, hasta el propio César Carlos V. Y con un poco de imaginación, cabe percibir en el arte del toreo un valor significativo ó representativo de ese triunfo de la destreza humana sobre la fuerza bestial, que inspira, cuando el despertar de las energías y potencias del hombre, las leyendas de las victorias de Herakles sobre el jabalí de Erimanto y el león de Nemea. En las riñas de gallos el hombre es pasivo espectador, sanguinario á mansalva, y esto contribuye á envilecerlas; pero, cuando menos, la competencia se entabla allí entre fuerzas proporcionadas por naturaleza y por ley del juego. Al espolón se opone el espolón; al pico, el pico; y el mismo interés venal del deporte interviene para que, antes de la riña, se comparen cuidadosamente las fuerzas de los combatientes y se depure, en lo posible, la decisiva superioridad de mérito ó fortuna.

Pero en la lucha entre los dientes ratoniles y la mandíbula del *fox-terrier*, la víctima está indicada de antemano. Es la inmolación del débil por el fuerte; del condenado, por el verdugo; es decir: lo más ant

pático que cabe como objetivo del sentido moral. Y quien arguya que en este caso el débil es una alimaña repulsiva y dañosa, demostrará no darse cuenta del carácter de la inmoralidad, la cual procede, no del exterminio en sí mismo, que puede ser necesario ó útil, sino del exterminio abstraído de la utilidad y convertido en juego; de la indignidad del goce que se obtiene en la contemplación del exterminio. Aun ateniéndonos á la pura consideración de gusto con que nos autorizamos á tildar de repulsiva á la rata, más repulsivo y de perverso gusto es el espectáculo de su sacrificio. Por lo demás, en esto de distribuir repugnancias y reprobaciones entre los seres que tripulan, junto con nuestra aristocrática especie, la nave del mundo, ha de andarse con tiento. La víbora, que nos repugna, era el animal mimado de Goethe; el escarabajo pelotero tuvo en Egipto adoradores; las orejas de asno fueron, durante siglos, en Oriente, el venerando emblema de la sabiduría...

Hay una forma ó especie de la imaginación creadora, que bien merecería ser estudiada por Ribot, y mejor aún por quien reuniese la potencia analítica y los cálidos colores de un Taine. Es la imaginación aguijoneada é inspirada por el sentimiento de crueldad, para desarrollar la fuerza inventiva que crea castigos, suplicios, máquinas de tormento y de muerte; y también juegos, fiestas y deportes en que el dolor ajeno es motivo de deleite. ¡Qué interesante historia sería ésta! Cuando se piensa que en la Roma de los Antoninos, dentro de uno de los más espléndidos florecimientos de la cultura de espíritu y las ideas liberales que presente la historia de la humanidad, la arena del circo se teñía, ante un concurso en gran parte aristocrático,

con la sangre de los gladiadores y las fieras, y por fin del espectáculo, algunos de los espectadores, para mostrar su *archicorazón*, como diría Gracián, solían bajar á la arena, y metían la mano en las heridas de las víctimas, y les arrancaban las entrañas palpitantes, no puede menos de conceder el más optimista que las exterioridades de benevolencia y pulcritud con que la civilización decora la naturaleza del hombre, son una corteza muy liviana, y que por bajo de ellas, pronta á incorporarse al más leve rasguño, la fiera duerme ó dormita... ¿La fiera? No. ¿Por qué hemos de calumniar á las fieras? Esto de la crueldad como espectáculo, como deleite inútil, como «finalidad sin fin», según la célebre fórmula del arte, es privilegio humano; y toca á la materna Roma el triste honor de haberlo asimilado á las costumbres y embellecido con las pompas de la civilización, comunicando á la maldad un carácter de *dilettantismo* que no tuvo en los más sangrientos delirios del Oriente. El animal es cruel. La fatalidad universal de la lucha no admite exención ni tregua, y la eterna dualidad de la víctima y el victimario se manifiesta en la naturaleza con rigores á menudo atroces; por más que sea justo agregar que la observación humana se ha detenido hasta ahora, casi exclusivamente, en este aspecto de las relaciones entre los seres vivos, y no en los rasgos de mutua cooperación y mutuo auxilio entre aquellos seres: rasgos que atenúan la crudeza de la guerra natural con toques de piedad y simpatía. Pero en las mayores crueldades de la bestia el acicate es la necesidad individual, ó bien el estímulo de las necesidades de la especie, cuya sugestión se acumula y asienta en odios instintivos. Cuanto puede acontecer de más es

que, en el ejercicio de la caza de que se alimenta, el animal á quien la obtención de su presa cuesta menos gasto de energías que las que es capaz de desplegar, emplee el exceso dinámico en prolongar y complicar la caza como diversión ó juego, ocasionando así la angustia y padecimiento de la víctima.

De observación común es el juego del gato, cuando, ya atrapado el ratón, lo revuelve mañosamente entre las uñas, y le concede escapatorias precarias y fugaces alientos, solazándose en atraparlo cien veces antes de comérselo. Pero si el animal llega á cultivar la crueldad como activo juego, no llega, como el hombre, á hacer de ella objeto de contemplación morosa, objeto de ese juego inactivo ó contemplativo que denominamos *espectáculo*. Esta maldad pasiva y cobarde, esta maldad de contemplación, es, lo repito, propia del fuero humano. Acaso tan innoble placer germina ya en emociones que aparentemente se confunden con las que proporciona el arte, como las que el vulgo incapaz de poesía experimenta en la lectura de truculentos novelones y crónicas de criminalidad. Cuando se ha dicho que entre el placer del espectador de una tragedia y el del criminal por temperamento, en el instante de ensangrentarse con su crimen, no hay más que diferencia de grado, se ha dicho verdad, pero á condición de que en el ánimo del espectador no asista el sentimiento de lo bello, que todo lo purifica y ennoblece. Siendo axiomático en psicología que toda imagen trae consigo una fuerza elemental de ejecución, un cierto impulso á realizarse, se sigue que, si apartamos de las imágenes del crimen y la sangre el timón con que las guía, al través de nuestra sensibilidad, la emoción realmente artística, desvián-

dolas de toda innoble excitación —á la manera como, conducido por el pararrayos, el flúido eléctrico atraviesa sin peligro la pólvora—, aquellas representaciones tenderán á ejercer un influjo desmoralizador; por lo menos, cuando no las inhiben la natural delicadeza de alma y la cultura de que el vulgo carece. Y si el conjuro de la ficción teatral y de la simple lectura es suficiente para provocar, en las almas no muy desbastadas, el hormigueo de la afición sanguinaria, ¿cuánto más no lo serán aquellos espectáculos en que la muerte no se representa, sino que se consuma de verdad?... Cuando la penúltima Exposición de París, en uno de los simulacros de lidias taurinas que se realizaban, con toros y *diestros* verdaderos, llegada la ocasión en que el *espada* señalaba la acción de matar, se vió que doña Isabel II salía á la barandilla de su palco para gritarle, ardiendo de impaciencia: «¡Mátalo, mátalo!». Y «¡mátalo!», coreó la alborotada muchedumbre, y el lidiador no se hizo de rogar, y las cañas se volvieron lanzas, á despecho de la ley Grammont y de las conveniencias de la oportunidad y del ambiente. No es dudoso que hay en estas cosas una manifestación degenerada de ese extraño placer de la crueldad, de esa terrible sensualidad del derramamiento de sangre ó del sufrimiento impuesto á otro, que nos repugna en las demencias feroces de las degollaciones de vencidos, en el frenesí de los tiranos sanguinarios, en el encarnizamiento de los capataces de esclavos y de los carreteros y arrieros, y que monstruosamente se complica con la misma voluptuosidad de amor, en aquellas perversiones del instinto genésico á que el marqués de Sade vincula su cantaridada memoria. Y después de todo, entre estos impulsos de excitación bru-

tal, pero venida del fondo inconsciente é irrefrenable de la sensibilidad, y la frialdad repugnante de los que en los circos de gallos, ya terminada la riña, traban nuevas apuestas, según he oído referir, sobre el número de convulsiones que tendrá el gallo moribundo antes de rendir el último aliento, me quedo cien y cien veces con aquellas palpitaciones de franca y viril ferocidad. He hablado con quien, en los combates de gallos, confesaba participar de la excitación, de la calentura de la pelea, hasta el punto de retirarse ebrio y extenuado y de atribuir á la frecuencia de este linaje de emociones el origen de un mal cardíaco. Lo comprendo. Sin perjuicio de comprender también que hubiese quien, con un látigo en la mano, llegase á las gradas del reñidero ó á la *mosquetería* del *rat-pick*, y atropellase, azotase y desparramase á latigazos al concurso que goza de su día ó su noche de honesta diversión. Esto sería quijotesco, admirablemente quijotesco; y no tengo duda de que, presenciando Don Quijote escena tal como la de los últimos pasos de una riña, cuando el gallo vencido clava el pico, y el vencedor, con gran complacencia de la muchedumbre, se obstina en humillarlo y rematarlo, él, que desbarató los títeres de Maese Pedro por socorrer á Don Gaiferos, promovería la más sonada y ejemplar de las suyas. ¿Por qué el Maestro de la buena locura no hará de vez en cuando alguna providencial aparición en nuestro mundo de gentes cuerdas y chiquitas?...

Por lo que toca á las relaciones con el irracional, bien puede decirse que la torpeza y la crueldad humanas son cosa más característica de la civilización y la cultura que del estado de naturaleza. Es posible que, según aquel verso de Ovidio parafraseado por Mon-

taigne en su capítulo «De la crueldad», la primera hoja de hierro que salió forjada de mano de los hombres haya servido para teñirse en la sangre de la bestia; pero, sin embargo de ello, en el hombre aún no apartado de las sugestiones leales del instinto, el reconocimiento de su vinculación fraternal con los seres vivos que halló á su lado al despertar del sueño misterioso que precede á la vida ha debido imponerse por sobre la fiereza de su condición, y la idea ó el sentimiento de ese vínculo se manifiesta efectivamente en hechos tales como las zoolatrías, la creencia en las metamorfosis y transmigraciones, el vegetarianismo, de que hay huella en los Vedas, y la efusión de piedad por los sufrimientos de los animales, de que aun dura testimonio en el célebre hospital de Surata. Si, por una parte, la necesidad de la caza ó de la inmolación del animal domesticado, y, por la otra, los artificios de la vida de civilización, que aleja al hombre del seno de la Naturaleza, han podido relajar aquel lazo de hermandad, la civilización, en su más alto punto, por obra del conocimiento científico, lo restablece, teóricamente por lo menos; y en esto, como en otras muchas cosas, las conclusiones de la sabiduría vienen en confirmación de los vislumbres del primitivo candor. La investigación científica, reduciendo considerablemente la distancia que el orgullo humano imaginara entre nuestra especie y las inferiores; patentizando entre una y otra las similitudes de organización y el parentesco probable, tiende á rehabilitar aquellas simpatías, nacidas del natural instinto, por cuanto ofrece, como ellas, fundamento para la piedad y compasión respecto de seres que reconocemos dotados de todas las capacidades elementales de nuestra sensibilidad,

muy ajenos del automatismo sin alma que en un tiempo se atribuía al animal, identificado casi por los cartesianos con los muñecos de resorte.

En esta parte del mundo hay razón para conceder á las cosas de que conversamos especial interés. Como descendientes de pastores, y pastores hoy mismo, adaptados á la labor cruenta en que la bestia perece, nuestra sensibilidad para con el irracional está embotada por la herencia y la costumbre. Cuando las invasiones inglesas, un viajero europeo hacía resaltar, en página que se transcribe en la *Historia de Belgrano*, el contraste entre la lenidad con que el criollo de Buenos Aires trataba á sus esclavos y la crueldad de que hacía gala con el animal. Es la huella de la ferocidad del *matadero;* el sedimento de los usos brutales que fomenta esta industria de impiedad y matanza, á diferencia de los suaves hábitos que maduran, con la dorada mies y el dulce fruto, en la vida del agricultor.

No en balde aquel manso y sedentario pueblo de Egipto, donde el respeto por el animal llegó á los extremos de la superstición zoolátrica, profesaba á los ganaderos y pastores el odio que conocieron duramente las espaldas del israelita. De las faenas pastoriles vino Rozas á la ciudad, y es circunstancia de que supo sacar razones el autor del *Facundo*. La puñalada que parte la garganta de la res se transporta al *modus operandi* de la *Mazorca*, y los excesos de la guerra civil, que han alimentado las leyendas trágicas de medio siglo, se iluminan de un relámpago revelador cuando consideramos, en una *estancia* al uso antiguo, los procedimientos, los hábitos y el ambiente afectivo que ellos crean. El valor de estas relaciones sólo será dudoso para el que ignore que el pueblo, como el niño,

son sonámbulos naturales en cuanto á su docilidad para la sugestión que, mediante un acto imitado y repetido, funda la ciega fatalidad de la costumbre.

En suma: la prohibición que pesa sobre las riñas de gallos y las lidias de toros, no hay razón para que no se extienda á este repulsivo deporte del *rat-pick:* á todas las condiciones de inmoralidad propias de aquellos espectáculos, une su inferioridad estética, su exhibición de lo feo, la cual no deja de ser, si se desmenuzan las cosas, otro género de inmoralidad. Por mucho que teóricamente y como ideal propendamos á un libérrimo individualismo, sería insensato que en la práctica quitásemos de manos del Estado estos resortes de higiene moral, que, como las demás aplicaciones de su atribución educadora, se justifican é imponen doblemente en pueblos nuevos, necesitados de consolidar sus cimientos de civilización. Tratándose de sociedades tales, las insignias de la autoridad han de tener mucho de la férula del magisterio; y bien lo conoció y aplicó aquel enorme argentino que después de haber empuñado en su mocedad la palmeta del maestro de párvulos, supo hacer—maestro de muchedumbres—de su bastón presidencial algo así como una palmeta hercúlea y gloriosa. Y este magisterio lo mismo comprende la faz afirmativa de fomentar lo que educa, lo que civiliza, lo que dignifica la sensibilidad y forma el gusto, que la faz negativa de proscribir ó dificultar lo que embrutece, desmoraliza y deprava.

## LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Uno de los intentos meritorios en que podrían probarse el desinterés y la abnegación de un espíritu de alta cultura literaria sería el de escribir para los estudiantes un texto elemental de teoría de la literatura. Extiendo la observación á todos los idiomas, á todos los pueblos cultos, hasta donde yo alcanzo á saber de ellos: en parte alguna ese humilde libro que sueño se ha hecho tal como lo imagino y como sólo podría realizarlo quien, teniendo el criterio, el sentimiento y el gusto de un verdadero entendedor de la belleza literaria, tuviese al propio tiempo la vocación *evangélica* de hacer á las almas nuevas é ignorantes esa obra de misericordia, que consiste en abrir los ojos ajenos á la luz de lo bello. Y no en vano he hablado del desinterés y abnegación que tal empresa importaría, á lo menos en cuanto á la ambición de nombre y fama. No sólo la producción de obras didácticas se considera, en general, tarea subalterna y adaptada á un mero fin de utilidad, sino que suele ocurrir que el género de popularidad que alcanza el autor de ellas por el hecho de que su libro corra, año tras año, en manos de preceptores y estudiantes, tiende á sobreponerse á la re-

putación que merece por obras más altas y fundamentales, cuando, además de un autor didáctico, hay en él un verdadero hombre de ciencia ó un verdadero escritor. El concepto común que se tiene formado en América de Víctor Duruy es el de juzgarle un meritorio ordenador de textos de historia para los párvulos de las escuelas y los jóvenes de los liceos. La fama de su obra de investigador y crítico de la historia permanece ensordecida por el estrépito de su formidable popularidad escolar, y alguna vez me ha pasado que se me objetase la autoridad de un juicio de Duruy con la displicencia irónica que provocaría la apelación á una cita de los beneméritos compendios de Drioux.

Tratándose de textos de literatura, la *diminutio capitis* que, en el criterio vulgar, apareja el oficio de autor didáctico, se manifiesta aún más patentemente. El nombre de cualquier preceptista de retórica suscita, por inevitable asociación, en nuestro espíritu, la figura de don Hermógenes, ó por lo menos la figura de Hermosilla... Esta particular prevención tiene su fundamento, y es que no existe género de obras didácticas donde la pobreza, la insipidez, la frialdad, la inmovilidad rutinaria, que suelen desvalorizar los libros de esa índole, aparezcan con tan desconsoladora plenitud como en los textos de retórica y teoría de la literatura.

Hay en esto uno de los casos más curiosos que puedan señalarse de la inercia de ideas y costumbres que, proscritas de todas partes donde circulan libremente el aire y el sol, permanecen adheridas, sin embargo, á ciertos rincones de la vida intelectual ó social, de donde nadie se cuida de desterrarlas. Para los tratadistas de retórica, el arte literario no se ha modificado

esencialmente desde Boileau, Luzán y La Harpe. Cederán, no lo dudo, á la influencia de una crítica menos estrecha y mezquina, en muchos juicios, en muchas particularidades; pero, en general, el tipo de literatura de que nos hablan es el que prevalecía hace más de un siglo (y que ya entonces era convencional y artificioso), y tiene muy pocas correspondencias con la literatura que cultivamos y sentimos. El escritor vive en un mundo; el retórico vive en otro distinto. El escritor aprende, se rectifica, se transforma. El retórico es impenetrable é inmutable. Víctor Hugo se jactaba, en algún verso de *Las Contemplaciones*, de haber puesto al diccionario de la lengua francesa el gorro frigio. Nadie puede jactarse de haber puesto á un tratado de retórica, no ya el gorro simbólico de la libertad, pero nada que sustituya al bonete del dómine.

Ningún retórico se ha detenido á pensar, por ejemplo, que, variando la importancia relativa de los géneros literarios según las condiciones de las diferentes épocas, caducando ó decayendo unos, suscitándose ó realzándose otros, las clasificaciones de las retóricas clásicas deben ser revisadas y adaptadas al orden de la realidad literaria actual. Graduará el retórico la importancia de cada género, no por lo que representa para nuestro espíritu, sino por el lugar que tiene en la «Poética» aristotélica ó en la «Epístola á los Pisones».

La epopeya es un género muerto, á lo menos en su forma clásica; las actuales condiciones de la sociedad lo repudian; nadie lo cultiva; nadie puede soñar en cultivarlo...; pero el retórico consagrará largas y nutridas páginas á estudiar la construcción orgánica de

la epopeya, el desenvolvimiento de su acción, los caracteres de sus personajes, las condiciones de su estilo y de su forma métrica; como si en todo esto pudiera haber algo más que un interés de erudición ó de arqueología literaria. La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad, — con su abreviada imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa...; pero para el retórico la novela y el cuento seguirán siendo especies secundarias, porque lo son dentro de la jerarquía que tiene por tipo supremo á la epopeya; y para legislar sobre aquellas dos especies prescindirá, ó poco menos, de la experiencia inagotable en originalidades y rectificaciones, que ofrecen la evolución romántica y la evolución naturalista, aun sin contar las tendencias que han venido después.

La magnífica explosión de subjetivismo poético que es uno de los grandes caracteres literarios de la pasada centuria, desde Leopardi y Musset hasta Verlaine, ha dado á la lírica una extensión y una variedad que nunca tuvo, en formas y en sentimientos, y las clasificaciones de la lírica clásica resultan notoriamente mezquinas para encauzar esa caudalosísima corriente; pero el retórico no ensayará una clasificación nueva y tan fiel como lo consienta la multiplicidad incoercible de las modificaciones líricas, sino que se atendrá á las divisiones que bastaron para la homogeneidad y sencillez de la lírica del Renacimiento ó del siglo XVIII, y nos hablará de la oda, de la anecreóntica y del madrigal como de formas típicas y florecientes todavía.

El convencionalismo pastoril y bucólico está tan muerto y sepultado como las novelas de caballería; pero para el retórico existe, sólo porque alguna vez existió. En cambio, en esas dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos verdad y belleza, el pensamiento moderno ha suscitado riquísimos modelos de obras *intermedias*, singularmente adecuadas á nuestro gusto y á nuestras necesidades espirituales; obras que, como las de Quinet, como las de Guyau, como los *Diálogos* de Renán, como cien otras, anticipan acaso las formas que tendrán preferencia en la literatura del porvenir...; pero el retórico no se sentirá tentado á penetrar en este campo inmenso y florentísimo, y se excusará de ello señalando el obscuro rincón que dedicará en su tratado á hablar de las obras *didácticas* y *doctrinales* concebidas á la antigua manera.

Abatir esa armazón vetusta de clasificaciones y jerarquías; probar á distribuir el variadísimo contenido de la actividad literaria propia de la civilización y la cultura modernas, según un orden fundado en las formas que realmente viven y en la subordinación que les señala su grado de importancia actual, su mayor ó menor adaptación á las condiciones de nuestro espíritu y de nuestro medio; podar la parte convencional y estrechamente *retórica* de la preceptiva, y vigorizar la que reposa sobre alguno de los dos seguros fundamentos de la ciencia estética y de la historia de las literaturas; adaptar á la exposición didáctica los principales resultados y adquisiciones de esa labor inmensa y prolija que la crítica del pasado siglo ha realizado en el estudio de la obra literaria y de sus vinculaciones con el ambiente social y físico en que se produce:

tales serían los lineamientos generales de un texto de teoría literaria que hablase al estudiante, no, como los textos actuales, del concepto clásico de las letras, sino del tipo de literatura que el natural desenvolvimiento de la vida ha modelado para nosotros.

Pero inútil parece añadir que todo eso no constituiría sino el molde ó el esqueleto de la obra; porque siendo tal como yo la concibo, libro de verdadera *iniciación* literaria: libro no sólo de *instrucción*, sino también de *educación* de la sensibilidad estética y del gusto, habría que infundir en él el *espíritu*, vale decir: la virtud sugestiva, el don de interesar, la simpatía pedagógica; y cuando así fuese realizado, su campo de acción podría traspasar los límites de la cátedra y servir de lectura popular que difundiese la buena nueva de lo bello y preparase el espíritu de la generalidad para recibir la influencia civilizadora y dignificadora de las buenas letras.

Agregaré que la perfecta realización de tal obra implicaría la de otras dos que la complementasen: una "Antología" compuesta con objeto y plan esencialmente didácticos y ajustada al ordenado desenvolvimiento del libro de teoría, para corroborarlo con la eficacia irreemplazable de los ejemplos; y un texto de historia literaria, parco en nombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente á la relación de la actividad literaria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones, que concurren á imprimir el sello en la literatura de cada nación y cada época.

Pero tratar de esas obras complementarias excede del propósito de este artículo. Sólo he querido en él indicar una vez más la deplorable insuficiencia y *petri-*

*ficación* de los textos usuales de literatura, y apuntar ligeramente la idea de ese libro humilde y benéfico con que sueño y que se escribirá cuando alguno de los que son capaces de escribirlo tenga la abnegación de quererlo escribir.

# GARIBALDI

*Prólogo á la obra "La Bandera de San Antonio", de don Héctor Vollo.*

Un trabajo de investigación sobre la autenticidad de una reliquia histórica: reliquia de una historia que parece un mito; de un hombre que parece un numen...

¿Para contribuir, acaso, á reducir la leyenda á los términos de la realidad? ¿Para quitar á aquélla alguna parte de su hechizo? ¿Es la obra implacable del análisis que reivindica los fueros de la razón, pasado el poder fascinador de la leyenda?

No; la crítica que se hace en estas páginas se concreta á la realidad del objeto material. La substancia del glorioso episodio queda intacta.

Intacta é inconmovible, la leyenda garibaldina, en la que está engarzado, como una piedra fulgurante, ese episodio, desafía los embates de la negación y de la duda. Afortunado caso, en que la investigación, trocando su oficioso papel propicio al desencanto, no hace sino confirmar y acrisolar las maravillas de la realidad, transfigurada esta vez, no por resplandores ajenos, sino por su luz propia é infusa.

Cuando el héroe legendario, dominador de la imaginación popular, se pierde en la esfumada vaguedad de remotos tiempos, este maligno crítico que se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y nuestro entusiasmo, nos argumenta con la idealización de la realidad en la mente candorosa del pueblo; con la obra lenta é instintiva que libra al personaje real de las escorias de lo insignificante y de las sombras de lo impuro, y lo levanta á la esfera de lo ideal y semidivino, como en las alas que nacen con la transfiguración de la larva en mariposa. De esta manera, el Cid de la leyenda se convierte, por la impiedad del análisis, en el caudillo que lidiaba por su yantar; quizá cruel y perjuro; quizá aliado alternativamente de moros y cristianos. Aquiles, el de los pies ligeros, no es sino el reyezuelo semibárbaro que arrastra el cadáver del vencido Héctor é injuria soezmente á Agamenón. Guillermo Tell tal vez no existió nunca.

Pero en el héroe de la Italia nueva la legendaria realidad triunfa de la contradicción por su proximidad en el tiempo y por la lucidez de una vida franqueada, del uno al otro extremo, á las miradas pertinaces.

Es la verdad y es la leyenda, que concurren en un mismo punto; es la leyenda que aparece delante de nosotros, viva, cortando la realidad como un claro que se abre entre dos rocas, en la travesía de la montaña, sobre el cielo luminoso é inmenso; es la alucinación dotada de la consistencia del bronce, del latido y el calor de las entrañas humanas, verificable por la experiencia de todos, á plena luz del mediodía.

¡Admirable leyenda real! una de las últimas y más radiantes apariciones de *lo heroico* en la historia. Nos asombra aún más, en el tiempo en que vivimos, por lo

que se aparta y disuena de las condiciones de la realidad circunstante. El pasado siglo, que empezó entre los fuegos de la epopeya napoleónica, es rico de esos formidables nombres en que Carlyle y Émerson cifraron su filosofía de la historia. El nuestro empieza como en un vago estupor, como en una fría reserva; apáganse los luminares que orientaron la marcha de otras generaciones, y no se ve encenderse los que los sustituyan. ¿Estará cercano el día en que podamos decir con más exactitud que Rémusat: «Nuestro tiempo carece de grandes hombres»?...

Así como sobre la tumba de Hugo pudo inscribirse: «Aquí yace el último Poeta», si este nombre de *poeta* ha de tomarse en sentido homérico ó dantesco: de algo hierofántico, épico, secular; así sobre la tumba del libertador de Italia yo inscribiría: «Aquí yace el último Héroe.» Pero entiéndase la acepción que yo doy á tal palabra. Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. El *Héroe* es, para mí, el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior á la razón: la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate ó levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es *Héroe*; San Martín no es *Héroe*. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es *Héroe*. Falta para que lo sea, á su alrededor, la aureola deslumbra-

dora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobrenatural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo é inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo *desconocido*.

Garibaldi: tipo de héroes; personificación, la más cumplida y fiel, del *quid* heroico.

Después que pasa nuestro entusiasmo de los quince años por las *teatralidades* de la acción y de las garrulerías de la libertad vociferante y callejera, ¡cuántos ídolos de barro vemos caer de los altares de nuestra devoción! ¡cuántas glorias efímeras pierden la fuerza con que nos atrajeron y el brillo con que nos deslumbraron! La solidez del fondo heroico se reconoce en que el hechizo del héroe y su leyenda sobreviva, fuera de nosotros, á los acontecimientos en cuya esfera se circunscribieron; y dentro de nosotros, á la obra del tiempo, que nos alivia el alma de ese sobrante de entusiasmo que, no encontrando objeto propio, lo crea fuera de la realidad: el tiempo, que nos enseña á separar el oro de la alquimia. Así, si dejáis á la intemperie la imagen vestida de trapos de colores y ornada de abalorios, pronto el viento y la lluvia la desnudarán, y bajo las galas destrozadas descubrirán un pedazo de madera. Pero la estatua de desnudo y firme mármol mantiene imperturbable, al aire libre, su gesto augusto; el sol la bruñe, el agua del cielo la lava, y después de cada tempestad la estatua aparece más resplandeciente y más hermosa.

Tal pasa con la épica figura del más universal de los modernos héroes. A pesar del abuso de su efigie y de su nombre en litografías coloreadas y en invocaciones liberalescas á lo Homais, entero y fascinante

dura su prestigio. Yo lo comparo con la virtud de esa sublime «Marsellesa», que, profanada de mil maneras por la vulgaridad, torturada en las músicas de los festejos, humillada en el cieno de las calles, guarda intacta la frescura de su estupenda melodía, y aun nos estremece, y nos levanta, y nos arranca lágrimas, como cuando surgió de la copa desbordante de Rouget de Lisle para inflamar al mundo en la embriaguez de la libertad y de la gloria.

Pero además del Garibaldi universal, de aquel que está tan alto que de todas partes se divisa su sombra veneranda, erguida, como un genio benéfico, sobre la esperanza de los oprimidos y el miedo de los opresores, hay el que los hijos de esta parte de América conocemos y sentimos; el evocado gloriosamente en nuestra memoria por el nombre de este opúsculo; el Garibaldi conciudadano nuestro y general de nuestro ejército; el soldado de la inmortal Defensa; el que peleó contra Rozas; aquel á quien recordamos como á un gran viejo de la casa y nombramos con orgullo.

Yo nunca fuí *chauvinista*. No ha mucho tuve ocasión de indignarme, á solas, leyendo la noticia de que un gran diario parisiense había propuesto á los más altos y escogidos espíritus de Francia una *enquête* que formulaba en estos términos: *Entre la humanidad y la patria ¿á cuál preferís?* Me indignaba por el solo hecho de que se hubiera propuesto tal cuestión. Me parecía increíble que, en el centro del mundo, en la capital del orbe civilizado, pudieran aún plantearse, dirigiéndose á los grandes espíritus, problemas de esa especie. Pasados pocos días, leí la crónica de una entrevista de Tolstoy con un periodista que fué á verle para saber lo que pensaba de la guerra de Oriente.

El gran antipatriota, después de maldecir los odios y egoísmos nacionales que hacen posible la ignominia de la guerra, confesaba que, á pesar de sus esfuerzos, no lograba arrancar del todo, de su espíritu, el sentimiento que le llevaba á considerar, dentro de la humanidad, á su tierra y su pueblo como cosas *suyas*. Y esto me sirvió después de justificación, de defensa de mí mismo ante aquella odiosa parte de nuestro ser que, según Benjamín Constant, hace de espectadora de la otra; porque un día tomé de mi biblioteca las *Memorias* de Garibaldi, y al llegar á cierta página me *descubrí* experimentando ese cosquilleo de la espina dorsal y ese relámpago que pasa tras la frente—cosas que todos habréis experimentado, leyendo, alguna vez—, cuando leí de nuevo lo que el Héroe decía de la ciudad en que nací... ¿Alcanzará algún día nuestro humanitarismo á suprimir estas *vejeces*, estas *preocupaciones*, estos *estigmas atávicos* de nuestra naturaleza?... Glorifiquemos en buen hora, y en primer término, al Garibaldi de la humanidad; pero comprendamos que los que ven en el Héroe la personificación de su Italia resucitada y redimida, se extasíen ante esta faz de su gloria; y déjeseme á mí entusiasmarme con el Garibaldi que vistió á la usanza del gaucho.

Una vez que se me encomendó escribir una convocatoria con objeto de que el pueblo de Montevideo adhiriese á la conmemoración anual de la unidad italiana, recordé ya, no sólo lo que Garibaldi representaba para ese pueblo, sino lo que él había representado para Garibaldi. Recordé que con tal conmemoración se glorificaba la memoria del que, hablando con orgullo del compañerismo que le unió á los nuestros, llamó al Montevideo de la Defensa "*la ciudad de los*

*milagros*", "*asombro y admiración del mundo*": del que afirmó que su resistencia heroica "*serviría de norte en las generaciones venideras á todos los pueblos que no quisieran rendirse á la voluntad de los poderosos*", y del que dirigiéndose á la juventud italiana, en dias de amarga incertidumbre, cuando aun faltaba consumar la obra emancipadora, instábala á inspirarse en la enseñanza y el ejemplo del pueblo oriental "*en su valor sublime*", para saber al precio de qué sacrificios sobrehumanos conquistan los pueblos dignos de mejorar de suerte los bienes de la libertad.

Y partiendo de esta indeleble impresión que la grandeza guerrera y moral de la Defensa dejó, como un sello de fuego, en el espíritu del Héroe, y teniendo en cuenta además la inmensa parte que á su prestigio personalísimo hay que atribuir en los sucesos preparatorios de la unidad y la libertad italianas, no se forzaría ciertamente el alcance de las relaciones históricas si se afirmara que hubo influencias de la Defensa de Montevideo en el movimiento liberal de 1848, que hizo levantarse á Italia de su tumba; que hubo recuerdos de la Defensa de Montevideo en cada página de la leyenda garibaldina y en las abnegaciones espartanas de Caprera; que hubo plomo de la Defensa de Montevideo en los fuegos de los mil de Marsala, en la campaña homérica de las Sicilias, en Volturno, en Aspromonte, en Mentana; en todo lo que abrió camino al episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reivindicación de Roma intangible para la Italia una.

Gracias sean dadas al libro que nos da oportunidad de remover tan gloriosísimos recuerdos; ó mejor, sin traslación retórica, gracias sean dadas al autor de

ese libro. Bien está *la bandera de San Antonio* (aquella que existió sin duda: la de tela inmaterial é invisibles colores) en manos del que la sustenta en las páginas que van á leerse.

Es seguramente Héctor Vollo uno de los espíritus más cultos y mejor dotados entre aquellos con que su país ha contribuído á las fuerzas activas de nuestra sociedad, en lo que se refiere á la labor del pensamiento. Por el entusiasmo de sus convicciones liberales y la pasión generosa con que adhiere á cuanto signifique adelanto, cultura, mejora moral ó material, es un valioso obrero de toda noble propaganda. Consagra además á esta segunda patria suya hondo y sincero afecto: afecto en que intervienen, sin duda, no sólo los vínculos formados en la larga y amigable estadía, sino también un sentimiento que debe estar, que acaso está, en el corazón de todos los liberales italianos; un sentimiento de cariñosa predilección por el pueblo donde el Héroe recogió tan altos ejemplos, y los pagó con tantos heroísmos, y dejó para la historia las más bellas páginas de cuantas trazó fuera de su patria *concreta.*

Ha encauzado Vollo su actividad en la única forma que el ejercicio de la pluma tiene de profesional en nuestro ambiente: el diario. Más de uno de los nuestros guarda en sus columnas la huella de su producción, abundante, ágil, fácil siempre de reconocer, aunque el anónimo ó el pseudónimo velen su origen. No importa que esta producción sea aquella que concibe la mente mientras hay que hacer *trotar la pluma*, usando un decir de Mad. de Sévigné. Con frecuencia en Vollo el periodista deja paso, sin quererlo, quizá sin saberlo, al hombre de real preparación y al escritor

de forma artística. Hace lo que suele hacer el transeunte en su Venecia, donde—como las casas tienen indistintamente acceso por tierra y por agua, por la calle y por el canal—, para dondequiera que el transeunte vaya y en el momento en que quiera, puede tomar, en el canal cercano, la góndola, y continuar, romancescamente embarcado, su camino, que empezó vulgarmente á pie. Vollo, á mitad de un artículo de ocasión, de una crónica efímera, de una reseña trivial por su objeto, toma de improviso su góndola, y concluye en disertación espiritual y primorosa literatura el tema que empezó en prosa pedestre.

¿Cómo es que este verdadero escritor, este *iniciado* de la escogida minoría á que fueron concedidas las gracias del estilo, este temperamento de artista y de estudioso, no se ha arrimado al yunque y ha cuidado de dar plena razón de su valer, en obras que vivan? Culpad de ello á muchas causas. Quizá á su natural modestia. Quizá á esa *non curanza* de la notoriedad y de la fama, que es una de las influencias con que el ambiente poco propicio á cosas de arte embarga al espíritu que en él se sumerge, á la manera como la perspectiva desolante del desierto lleva en sí el germen del fatalismo musulmán... Pero atribuíd la mayor responsabilidad á la labor en que el diario le ha tenido *secuestrado* y sometido á la necesidad de ganar el pan de cada día, si no con el sudor de su frente, con el sudor, al menos, de la pluma... ¡Ah periodismo, periodismo! ¡De cuántos secuestros de esa especie tendrías que dar cuenta si se te llamara á juicio ante el tribunal donde se examinasen, para distribuir responsabilidades y penas, las vocaciones perdidas y las aptitudes malogradas!...

Pero no se perderán ni malograrán la vocación y las facultades de Vollo. Desde luego, éste es un libro que lo comprueba. No aparece en él plenamente la faz del estilista, pero aparece sí la del investigador concienzudo, y, lo que vale más que la aptitud investigadora, aparece también el sentido crítico que realza y fecunda los resultados de la investigación. Quien sin prejuicio lea este trabajo, no podrá menos de considerar definitivamente resuelto el interesante punto histórico sobre que versa.

La obra futura sobre Garibaldi, que Vollo prepara con amor y dedicación dignos de tan magno tema, manifestará de cuerpo entero la personalidad literaria del autor, y será un título más que le vinculará á la ciudad de que es ciudadano, más que huésped.

Hemos decretado á Garibaldi una estatua. Pero para completar el homenaje que la ciudad de la Defensa, la ciudad de Suárez y Pacheco, debía al general de sus tiempos heroicos; al que le dió una Legión, levantando sobre ella—porque la Italia estaba muerta—una enseña de luto; al que venció en San Antonio; al que peleó en Europa con el *poncho* oriental y la camiseta de los Legionarios—era preciso que un libro sobre Garibaldi se escribiese en Montevideo.

Se escribirá ese libro, y será la extensa leyenda de la estatua de mármol.

Cuando murió Horacio Greely, los publicistas norteamericanos resolvieron erigirle una estatua, y desechando el mármol y el bronce, determinaron que ella fuera de plomo y que, para fundirla, cada diario de Nueva York contribuyese con tipos de su imprenta. Funda el autor de este opúsculo la estatua de su Héroe, de nuestro Héroe, en el mismo noble material.

## EL CRISTO A LA JINETA

Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella.

Atribuyeron á Cristo casta real, dijeron que era de la sangre de David; y tú conjeturaste que había de pasar igual cosa contigo: «Podría ser, ¡oh Sancho! —dijiste—que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey.» Nació Cristo en aldea humilde, á la que para siempre levantó de la obscuridad su cuna. Lugareño fuiste también tú, y sólo por ti vive en la memoria del mundo tu Argamasilla. Cuando se aludía á él por su nacimiento, no se vinculaba á su nombre el de su pueblo, sino el de su región: *el Galileo* se le llamaba; como tú tomaste para añadir á tu nombre el de la comarca de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la *Mancha* de los moros. Él, antes de poner por obra nuestra redención, quiso ser consagrado por manos del Bautista;

como tú, antes de arrojarte á no muy menores empresas, quisiste recibir, del castellano de tu castillo, la pescozada y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en el retiro del desierto; y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, á no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameras hubo á su lado y las purificó su caridad; como á tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. Él dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia»; y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes. Él atraía y retenía á su cohorte con la promesa del reino de los cielos; como tú á la cohorte tuya,—unipersonal, pero representativa del pululante *coro* humano,—con la promesa del gobierno de la ínsula. Si enfermos sanó él, tú valiste á agraviados y menesterosos. Si él conjuró los espíritus de los endemoniados, á ti te procuró el remediar encantamientos. Ni á él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni á ti como andante caballero. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo como de tu caballería; y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle y él hubo de decir: «No tengo madre ni hermanos», bien se te opusieron y te obstaculizaron en tu casa, tu ama y tu sobrina. Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heroico se rebajaba á charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indígnanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la multitud á Cristo; y porque á ti te festejan en casa de los Duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo... Y es tu Jerusalén la casa de los Duques: allí, después de feste-

jársete, padeces persecución; allí te befan, allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya, te niega, cuando con cobarde sigilo llega á confesar á la Duquesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrero que en Barcelona cosen á tu espalda es el «*Éste es Rey de los Judíos*», con que se te expone á la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo; y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en ti, como en el Redentor: la humana y la divina; la divina de Don Quijote, la humana de Alonso Quijano el Bueno. Murió Alonso Quijano, y para otros quedaron su hacienda y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor; pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumar tus aventuras gloriosas; y aun andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aun deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces á los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo á la jineta!

## IMPRESIONES DE UN DRAMA

Dejé de las manos el drama de Payró, y mirando á través de los cristales, el aire, en que una lluvia triste se destejía en trémulos hilos, me pareció como si el agua lenta y menuda dijera el alma musical, el lírico acompañamiento, de aquel poema de dolor y miseria.

Se llama *El triunfo de los otros*, y es el cuadro conmovedor de los sufrimientos de una vida en que la vocación, desamparada por el medio, el pensar y soñar por oficio, es castigo que hiere como las negras elecciones de la Moyra trágica. Es la historia de un alma escogida, generosa, ingenua, que pasa en el trabajo á que la estimulan sus sueños los años de la juventud; que llega á la madurez sin fama ni fortuna, y que, tras de gastar lo mejor de su espíritu en avalorar con su ayuda la obra de otros, siente apagarse su razón, vencida por la constante tensión del pensamiento y por las angustias de la lucha en que el enemigo es el hambre.

Se trata, pues, del interés dramático contenido en el precario vivir que suelen llevar las gentes que, contraviniendo ó sofisticando el precepto de Dios, ganan el pan, no con el sudor de su frente, sino con el sudor

negro de la pluma... El tema, universalmente interesante, lo es en doble grado si se le concreta á la relación de nuestro ambiente con las cosas del espíritu y con los devotos de estas cosas, á quienes llamamos escritores y artistas. Excelente ocasión para filosofar. Filosofemos. Filosofemos ahuyentando la elegía sentimental que se nos entraba en el alma bajo el ala gris de la lluvia, y guardando, mientras podamos, la serenidad olímpica, que no descompone las líneas del estilo. Imaginemos que el mismo Alcibíades y el propio Chármidas nos escuchan.

En pasados tiempos, ¡oh atenienses que oís!, cuentan que el problema económico del escritor se resolvía merced á la generosidad del Mecenas individual y aristocrático. El príncipe ó magnate dado á letras, ya por sincera vocación, ya por amigo de lisonjear su vanidad con el cortejo del ingenio famoso, pagaba la vida, cuando no el decoro de la vida, al hombre herido de la divina invalidez de ser poeta. A la sombra de esta protección palatina, más ó menos frondosa, dieron su flor muchos de los más gloriosos espíritus que han contribuído al tesoro de verdad y belleza de la humanidad; y si el Mecenas vive en versos de Horacio, y Carlos Augusto de Weimar se ilumina del reflejo de Goethe, el *Ingenioso hidalgo* sirve de zócalo á la memoria del conde de Lemos y el *Morgante* de Pulci perpetúa un eco de los convites de Lorenzo de Médicis. Desde que los príncipes de la sangre han dejado de presidir en muchas de las cosas del mundo, los príncipes del ingenio se enorgullecen de haber dejado de ser sus vasallos, y la afirmación de que los Mecenas han pasado á la historia suele vibrar con entonación de libertad, y aun de regocijo, no sé si un tanto

retórico, no sé si otro tanto irónico, en labios de los pobres artistas. Sobre esta emancipación de la pluma respecto del protector encumbrado se ha escrito y filosofado mucho, y el adusto Alfieri tiene páginas en que se desentraña la moralidad de tan preciosa liberación, y en que, á la luz de la dignidad humana, se manifiesta la vergüenza de la condición del áulico poeta, pájaro enjaulado al que se alimenta con cañamones de oro para que regale el oído de los grandes.

Sin negar yo lo que tan generosas declamaciones tienen de justo y oportuno, me doy á sospechar, rememorando una página de don Juan Valera, y lo diré aunque sólo sea de paso, que los inconvenientes de los Mecenas de antaño se han exagerado no poco, y que el sacrificio de libertad en el pensar ó de audacia en gusto y estilo, que la protección aristocrática haya impuesto al espíritu del poeta, es cosa más aparente que real. La obligación del protegido por Mecenas solía saldarse con la dedicatoria pomposa é inocente, tanto más inocente cuanto más pomposa, después de la cual Pegaso soltaba el vuelo á su albedrío, y, si la ocasión era propicia, la vengadora ironía quedaba en libertad de urdir sus telas sutiles. Pero sea de esto lo que quiera, pasó el Mecenas individual y aristocrático y vino á sustituirlo el colectivo y plebeyo. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio ha sucedido el manuscrito descontable en el mostrador del librero. La multitud lectora alimenta á sus elegidos. Fama y dinero llegan juntos. Si las cosas pasaran absolutamente así, ¿podría llamarse á esto una emancipación? Ciertamente, en el sentido en que puede ser una emancipación política pasar de la tiranía autocrática ú oligárquica á la tiranía de los

muchos. Así como la democracia pura, la democracia del Ágora y el Foro, significa en realidad la más brutal tiranía, el discrecional dominio del gusto vulgar en la esfera del arte sería, para el artista, una tiranía tan dura, por lo menos, como la del magnate protector, con la diferencia, en desventaja de la primera, de la natural inferioridad de cultura y gusto en el amo de múltiples cabezas. Sólo que, del mismo modo que á la democracia política hémosle puesto modernamente el límite ó contrapeso del sistema representativo, tendiendo á que el gobierno de la voluntad popular pase por tamiz que garantice cierta selección de capacidad y decoro, así la democracia literaria tiene, en los pueblos cultos, el contrapeso de la autoridad de la crítica, cuyo ministerio de censura y dirección respecto de las predilecciones literarias del público, es, si no tan eficaz como fuera de desear, suficiente, por lo menos, para mantener cierto relativo orden, cuando no en la proporción de las ganancias de dinero, en la proporción del crédito y la fama. Si Ohnet levanta millones, también los levantan Zola y Víctor Hugo; y los millones de Ohnet no tienen magia con que forzar el «¡sésamo, ábrete!» de la gloria, ni siquiera de la *gloriola* del momento.

El problema económico de las letras no se diferencia, pues, modernamente, del relativo á cualquiera industria ó trabajo que se apoye en la demanda común. Bien es verdad que ni la gloria ni el provecho llaman al reparto de sus recompensas sino después de un proceso de selección que puede considerarse como una de las más terribles formas sociales de la *struggle for life*. Por cada nombre que se alza á la luz, caen á la urna opaca del anónimo cientos de ellos con las alas

quebradas; y aquel mismo nombre electo que surge, deja acaso tras sí una juventud amargada por la lucha cruel, una salud perdida en el esfuerzo, un tejido de afectos desgarrado por la envidia... ¡Cuán á menudo se ofrece ocasión de recordar la enérgica imagen con que Southey deploró la arrebatada muerte de Kirk White: «El caballo ganó, pero murió después de la carrera»! A pesar de todo: oficio, aunque duro, es el de escribir, allí donde se escribe para ser leído; y entre el tugurio en que muere de frío y hambre Imberto Galloix y el palacio resplandeciente que hace de marco á la ancianidad de Víctor Hugo, queda ancho campo donde dedicarse á parafrasear el *aurea mediocritas* de Horacio.

Pero todo esto pasa en un mundo apartado de nosotros; todo esto pasa en un mundo que nuestra gente de letras puede contemplar, océano por medio, un poco á la manera como, calle por medio, contemplará el pobre diablo de la buhardilla el baile que reluce tras los balcones del señor... Desde el momento en que el problema se transporta á tierra americana; desde que se le considera en relación con nuestro ambiente y nuestras cosas, sus condiciones se modifican fundamentalmente, y su solución favorable se aleja en términos que va á ocupar la región de los sueños de color de rosa. Como la producción literaria no responde, entre nosotros, á una necesidad espiritual de la mayoría, ni siquiera de una clase poco numerosa, pero de arraigada cultura y con medios para sostener, á modo de las viejas aristocracias, su *clientela* de artistas, aquel género de producción carece casi por completo de valor económico. No hay lugar á temer que la codicia de dinero lleve á nuestros autores á un

aplebeyamiento reprensible; no es el caso de recordar que «el vulgo es necio, y pues lo paga...», etc. No porque se trate de un vulgo que haya dejado de ser necio, sino porque se trata de un vulgo que no paga. Libre queda el escritor, de manera que pueda gustar la voluptuosidad aristocrática de escribir para sí y de sentir que su altivo y remontado espíritu vive emancipado del espíritu vulgar, contentándose con esto, mientras resuelve cómo podría consumarse también su emancipación respecto de aquellas imposiciones de la naturaleza que obligan á poner la olla al fuego, y de aquellas imposiciones de la sociedad que excluyen de la realidad de la vida el *desnudo* estatuario.

Cierto es que los que triunfan - con el triunfo ideal de la reputación *ad honorem*—suelen hallar la solución, si no dentro de las letras, por el camino de las letras, mediante la adaptación á la política, la cual tiene cómo recompensar á los espíritus que le hacen don de su belleza. Pero, ¡son tan pocos los que triunfan! La perseverancia de la vocación ¡tan difícilmente subsiste, sobre obstáculos é indiferencias, hasta obtener la madurez del renombre!... Y lo que importa más: la política, mujer celosa, rara vez deja de exigir el absoluto olvido de la novia que se tuvo antes que ella. ¿Diréis que queda el periodismo? En sus rangos de retribución alentadora, el periodismo no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución. Cuando se habla de la vida difícil, de la necesidad que ronda con su gesto de angustia, la imagen que acude á nuestro pensamiento es la del obrero de blusa y manos callosas. Justo es este recuerdo, aun tratándose de tierras donde el menestral no vive precisamente en círculos del Dante;

pero ¡ay! (y ya sospecho que bajé de mi Olimpo): ¿y los obreros que no llevan blusa: el pequeño empleado, el periodista subalterno?... El pequeño empleado, sostén quizá de su casa, que con la palanca de su sueldo humildísimo ha de levantar la carga, ajena al obrero, de una dignidad social que le obliga en el modo de vestir y en el modo de alojarse; y el periodista subalterno, en quien la pluma no es más que la herramienta de un trabajo obscuro y precario, tras del cual no es infrecuente que se oculte un alma de escritor malograda y nostálgica...

El Julián de Payró sabe de estas tristezas. Ha derramado en la corriente de tinta de imprimir que huye con el paso de cada día la savia de sus años mejores: los de entusiasmo, los de empuje, al cabo de los cuales sólo tiene la obscuridad y la pobreza. Y cuando sacude el yugo de esta esclavitud, harto desencantado para poner su esperanza en el libro, que no se vende; harto desconocido é inexperto para llevar á los altares de la política su pluma, Julián recurre á este arbitrio de suicida: renunciar á su personalidad, escribir para otros, convertirse en el proveedor de la mediocridad y la ambición necesitadas de palabras, en el *memorialista* de la ignorancia presuntuosa, de la ineptitud que busca toga de guardarropía con que representar en la comedia del mundo... Y la veta de oro mental, de que el poseedor inocente no ha sabido sacar provecho, encuentra cateadores que la olfateen y utilicen. Porque esta facultad del estilo, esta potestad de domeñar la palabra, que en el verdadero escritor es vocación ideal, amor entrañable, la codicia el ambicioso embaucador por lo que ella puede tener de instrumento con que captar voluntades y esgrimir mentiras, y la envi-

dia el inficionado de falsa vocación literaria, por el halago de la vanidad. Ambos móviles de parasitismo esquilmador del talento llaman á las puertas del escritor miserable, con Bermúdez, que es el aspirante político, y con Cienfuegos, que es el falso literato. Bermúdez apela á la pluma de Julián por manifiestos y discursos. Cienfuegos, por un poco de alma para las *marionetas* de sus dramas. Que la ayuda los ponga en buen camino no es razón para que la paguen de otro modo que con míseras dádivas y amistosas protestas: conducta que, por lo demás, no arguye un grado de maldad que exceda en mucho del vulgar egoísmo. En Bermúdez no ha querido caracterizarse á un malvado. No es seguro que lo sea el mismo Cienfuegos. Ni siquiera es forzoso suponer que una ilusión de vanidad contribuya á que no reconozcan su valer legítimo al favor que reciben. Bien puede mediar sólo para ellos la creencia sincera del ningún sacrificio que el favor importa, lo que encuadra muy bien en el modo de ver de la generalidad. El criterio común rara vez atribuye su verdadero equivalente de tiempo y energía á la obra de la inteligencia. ¿Qué puede costarle el escribir y pensar al que lo profesa por oficio? ¿No ha nacido con el don de estas cosas? ¿No lleva dentro de sí mismo la mina? Si escribe para otro, ¿hará más que dar algo de lo que le sobra?...

Quien no debe de opinar así es la inflexible naturaleza, que castiga con la enfermedad todo esfuerzo sin medida prudente. Porque Julián, extenuado, se enferma..., y he aquí otro interesante sesgo para nuestras filosofías. Nadie niega, en tesis general, que el abuso en el esfuerzo del escritor implique una laceración orgánica; de donde vienen pérdidas de salud tan califi-

cables de profesionales, como las que determina el exceso del obrero en el género de trabajo que acostumbramos á llamar material. Pero el hecho es que, cuando el pobre trabajador de la pluma se rinde á la enfermedad que lo acecha, la índole de su mal no aparece, á los ojos comunes, tan clara y patentemente vinculada al resultado de la dura labor, como los males profesionales del obrero, ni obliga, por lo tanto, á igual conmiseración é igual piedad. No hay quien desconozca, por ejemplo, que la tuberculosis de los tejedores á brazo tenga por causa la posición forzada de su cuerpo; que la caquexia de los cigarreros sea debida á la acción lenta del tabaco; que la inflamación de los ojos de los fogoneros proceda del fuego de la máquina; que el *esputo negro* de los que trabajan en la hulla venga del polvo del carbón; que el cólico de los molenderos de colores y los fabricantes de objetos de plomo se deba á la intoxicación saturnina; que los picapedreros se vuelvan tísicos por la inhalación de las partículas de piedra, y las lavanderas reumáticas por el contacto con el frío del agua. En cambio, el jornalero del pensamiento que, tras el exceso de labor mental y la tortura implacable del espíritu en busca del señuelo con que interesar la sensibilidad ajena, cae herido de mal que lo mismo puede ser la neurastenia de su vecino el ocioso burgués, que la locura de Maupassant ó la parálisis de Heine, ése no suele lograr siquiera que su infortunio se dignifique, en la conciencia de los demás, con el reconocimiento de que es realmente la herida noble adquirida en lides del trabajo. ¡Cabe atribuir tantas otras causas á las neuropatías del pobre artista; á la locura del mísero escritor, exprimido y lacerado! Por ejemplo: el vivir bohemio, los

paraísos artificiales, los vampiros del vicio, ó, simplemente, la negra elección de la fatalidad, que sumerge en las mismas aciagas sombras á tantos que no son artistas... Y luego, el argumento que está á menudo en labios de Mr. Bouvard y de Mr. Pécuchet:—«¿Se volvió loco á fuerza de forjar quimeras, ó será más bien que se dió á forjar quimeras porque ya era medio loco?»

Pero Payró no se ha propuesto hacer de su Julián un puritano: Julián aparece, por ráfagas, desordenado y bohemio; el círculo que le rodea suele precipitarle consigo, de modo que la noche de borrascoso placer alterna á veces con la de sus nobles insomnios; y éste es rasgo de verosimilitud y de lógica humana que concurre á acentuar el carácter genérico del tipo. La vida del artista miserable, amargado, abandonado, no es ni puede ser, por regla común, un ejemplo de austeridad. La *bohemia* sigue prevaleciendo en la real existencia de los vencidos del arte y de los perturbados por la perfidia de este divino y capitoso licor; por más que esté ya despoetizada y marchita como motivo de figuración poética. Sabido es que ella tuvo su edad de oro, cuya vibración aun suena en los más finos cristales de poesía con la amargura trágica del *Chátterton* y con la gracia melancólica de Mürger. La disipación era admitida y justificada entonces, casi como una necesidad, en aquel que teniendo por mandato exprimir, en la copa de la forma bella, la quinta esencia de la vida, precisaba conocer la vida en sus más intrincados laberintos y gustarla en sus más quemantes sabores. Por otra parte, una concepción aristocrática de la jerarquía humana de la gente de letras, llevaba á facilitar su emancipación respecto de la ley

moral. «Todo le es permitido al genio», se decía. Y así como en los primitivos tiempos cristianos hubo sectas heréticas que predicaron la ascensión á la suprema virtud por el camino del vicio cínico y perverso, porque del extremo del vicio se pasa al arrepentimiento, padre de la santidad, y al hastío de los goces, fiador de la perseverancia, así la gloria literaria era, para los bohemios románticos, presea que sólo se alcanzaba al costo de una existencia aventurera, orgiástica y rebelde. Esto pasó, y ya el bohemio no se nos aparece consagrado por una elección fatídica, ya no es el «personaje reinante»; y la fe en la virtud viril del trabajo, la confianza en la virtud rítmica y fuerte, en la eficacia de la disciplina de la vida para todo género de aplicación mental, han recuperado sus fueros. Pero librémonos de extremar esta reacción, que confina con las más antipáticas limitaciones del sentimiento y el juicio. Librémonos de negarnos, con rigidez fría y necia, á la comprensión de lo que la *bohemia* tiene de interesante, de conmovedor y de humano. Y esta comprensión estriba en reconocer las fuerzas que atraen al artista, con superior intensidad que al hombre común, fuera de la órbita regular de la vida. En primer término, la profesional hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación, con sus excitaciones, con sus desequilibrios, con sus hiperestesias, y con la correlativa reducción de toda aptitud de gobierno práctico y de orden, ya que es ley de economía orgánica que nuestras facultades se desenvuelvan á expensas las unas de las otras. Luego, el anhelo de exceder en la competencia de originalidad y verdad, mediante la aplicación de un experimentalismo artístico que opere, con el corazón y los sentidos propios, en los hornillos

del sentimiento y en los alambiques de la sensación. Y además, las mismas condiciones precarias del oficio, que, si por una parte niegan á la vida el eje consistente á cuyo alrededor ordenarla, por otra parte tientan á la angustiosa busca del olvido y al apresamiento de la hora de forzada, violenta y fugitiva dicha.

Salpicado de barro, nos interesa más el mártir que Payró nos presenta con cruda y bella realidad... Y á medida que la acción avanza, vemos cómo la miseria estrecha su cerco, cómo la usura aprieta sus anillos, cómo la enfermedad madura su ponzoña. El drama que Julián envía al empresario; la obra compuesta, al fin, por cuenta propia, para la reputación, para la vida, escolla en la repulsa. Y es la hora en que los parásitos, los *otros*, triunfan, en el parlamento y en el teatro, con la savia quitada al ingenio inhábil y convertida en fruto por su habilidad sin ingenio. De los parásitos sólo llega, en esta hora, para el árbol caído, la ingratitud procaz ó la compasión tardía y vana. La expresión dramática luce á menudo, en el drama de Payró, toques de real inspiración y energía. «¡Soberbio gusano devorador de cadáveres!», dice Julián al pseudo escritor que, tras de alimentar sus falsos triunfos con el auxilio obtenido de las últimas fuerzas que quedan al escritor verdadero, se yergue ante él, en actitud de orgullo. Cuando Julián, ya en los umbrales de la imbecilidad, habla con Ernesto, el *débauché* imbécil sin mal del cerebro, imbécil como el cualquiera que pasa, Inés prorrumpe en este grito de angustia: «¡Qué horror! ¡Ahora se parecen!»

El desenlace llega. En el abandono que culmina, se aceleran los pasos de la vesania: lo de Maupassant, lo

de Feval: la pluma que se inmoviliza en la mano, la atención que se esfuerza y se disipa, y en pos del escape de excitación falaz, la indiferencia, el estupor, y luego el aniquilamiento, la abolición casi absoluta de la inteligencia y la sensibilidad. «—¿Es para siempre?—preguntan al médico. —Para siempre, sí... —¿Podrá siquiera desempeñar un empleo? – Muy modesto, casi mecánico, nada intelectual...» —Murió, pues, el artista; murió de la más negra muerte... Pero vive Inés, el amor, la voluntad, la discreción que le sostuvieron en la lucha, que recogerán ahora su ideal abatido; y en manos de Inés queda el inédito drama en que él cifraba sus anhelos de rescatar su personalidad usurpada por la vanidad y ambición de los mediocres. «—¡Oh! –dice ella, dirigiéndose al pobre enfermo—. Tu pensamiento vivirá, yo te lo juro. Tu «Anónimo» rasgará la noche, será luz. ¡El triunfo de los otros es el tuyo, Julián!»—Así termina el drama, como entreabriendo un horizonte de reparación y esperanza. Sí; no dudemos de ello: merced á Inés, el «Anónimo» tendrá nombre y se llamará Inmortalidad. Pero, ¿y los que caen vencidos como él, sin dejar el hada benéfica que vele por su nombre y sus sueños? ¿Y los que sucumben después de dispersar sus fuerzas, sin haber alcanzado á concretar la obra que, desconocida ó desdeñada hoy, pueda revelarse un día como la «botella del náufrago» en el poema de Vigny: la botella en que el náufrago encierra, antes de hundirse con su nave, la revelación de los secretos que ha arrancado á lo desconocido, arrojándola á las olas que acaso la depositarán en playa habitada?... ¡Encarna, encarna, alma encantadora de Inés, en infinitos avatares, para animar el divino fuego de la esperanza en el alma del

artista que duda; para alentar la apelación que envía á la justicia del porvenir el trabajador que se rinde sin gloria!

Todas estas cosas pasaron por mi mente, mientras la lluvia triste caía en hilos menudos, después que admiré el pedazo palpitante de vida que ha desentrañado, en su última obra dramática, ese fuerte y noble espíritu que honra á la intelectualidad argentina y se llama Roberto Payró.

## DIVINA LIBERTAD

*Al margen de "Bajorrelieves", de Leopoldo Díaz.*

«¡Culto del verso por el verso; adoración estéril de la forma!»—siento clamar, condensándose las voces de reprobación y de desvío que he oído levantarse al paso de este libro nuevo.—«¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos consuele en nuestras penas, que nos estimule con sus esperanzas, en esta poesía de contornos perfectos, que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refrigerante, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío?... El poeta, abanderado en nuestras luchas, pertenece á la idea, pertenece á la acción, y la poesía que merece los triunfos y la gloria es aquella que aspira á representar, como algún día, en la vida de las sociedades humanas, una fuerza fecunda, una fuerza civilizadora.» Yo, que he participado, y aun participo, de esta fe en el sublime magisterio de la palabra de los poetas, creo, antes que en ninguna otra cosa, en la libertad, que Heine proclamó *irresponsable*, de su genio y de su inspiración. Cuando veo que se les exige, con amenazas

de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura *las disputas de los hombres*, recuerdo á Schiller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias manos á las faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida. Él se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos: le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domeñarle, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. Pero el antiguo dueño, que vagaba triste como él, lo encuentra un día en su camino; sube, lleno de júbilo, entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso hace hervir el pecho del corcel rebelde á la labor; se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra...

¡Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, á la poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca, como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas; ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma!

# BOLÍVAR

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral ó estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única. Virtualidad infinita, el genio está perennemente á la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona á su libertad incoercible;

pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque la trae á su hora el orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador. Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme velada en formas comunes tenga obra digna en que emplearse; y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado á correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño á aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo, vió acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter á una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción. Su primer sueño fué de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado é inquieto, que prometía mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de la Caracas palaciana y académica de los últimos días de la colonia. Algún destello del alma de Alcibíades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio, en quien la atmósfera de la Europa inflamada en el fuego de las

primeras guerras napoleónicas excitó el sentimiento de la libertad política, como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena del tono clásico, y hostil, por su más íntima substancia, á toda afición demagógica y vulgar. Aun no anunciaba en aquel momento la gloria, pero sí el brillo que la remeda allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la cortesanía, realzados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir. Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada. «Varón estético», como se dijo de Platón y como puede extenderse á toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó á sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica: la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda é imponente, que puede parecer histriónica á los que no hayan llegado á una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que lo mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones.—¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Angel, como instrumentos de una misma facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad...?

Así aparece desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya le enamoraba é inquietaba,

cuando, de paso para Roma, sube, como arrebatado de un numen, á la soledad del Aventino, á cuyos pies mira extenderse el vasto mar de recuerdos de libertad y de grandeza; y como hablando á la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo. Así aparece luego, en Caracas, cuando, entre el espanto del terremoto que despedaza la ciudad en vísperas de la Revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y altanera, y allí, en presencia de un español despavorido, prorrumpe en las soberbias palabras, á cuyo lado palidece la imprecación famosa de Ayax de Telamón: «¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos!»— En la batalla, en el triunfo, en la entrada á las ciudades, en el ejercicio del poder ó entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aun queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos, en pompas como aquella procesión, semejante á una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del Ejército, desde el Bárbula, donde fué la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la majestad antigua del gesto y el porte con que, constituída Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, á resignar en ella el mando de los pueblos. Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación, que le impulsa á hacer de modo que éntre él mismo á formar parte del espectáculo imponente y á señorear-

lo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta, pero sincera, en su énfasis, del «Delirio», se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la frente del coloso, de llegar más arriba que La Condamine, más arriba que Húmboldt, adonde no haya huella antes de la suya. Otra vez, se acerca á admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van á desplomarse, hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu á aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, transfigurada según conviene á la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta á la Baronesa de Trobriand: «Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria». Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo é inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebato en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa á la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la

intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre á esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo, y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias le valen el repentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de dón *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fué y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio: no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente é inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó el español Morillo en pocas palabras. «Más temible vencido que vencedor.» Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojo á la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante ó certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes cada montaña es un jalón de victoria. Nadie ha experimentado más veces, ni en menos tiempo, la alternativa del triunfo

con visos y honores de final, y el anonadamiento y el desprestigio sin esperanzas—para los otros— de levante. Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción, se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella asombrosa campaña de 1813, que inicia á la cabeza de medio millar de hombres, y que le lleva, en ciento y tantos días de arrebato triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde sobre lo transitorio de honores y poderes, vincula para siempre á su nombre su título de Libertador. Aun no ha transcurrido un año de esto, y las costas del mar Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en humo, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido á abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada, que desfallecía, entrando con la libertad á Bogotá, como antes á Caracas...; y apenas se ha doblado esta página, aparece otra vez desobedecido y forzado á abandonar en manos de un rival obscuro las armas con que se aprestaba á entrar en Venezuela; y entonces su reaparición es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra cerca de Caracas y las dos veces acaba en rechazo, y la última, en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la Naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grita se

acalle, sin que sus émulos le reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la Revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar ha asegurado el respaldar de las futuras campañas, hasta los llanos del Apure, donde hierven las montoneras de Páez. Funda gobierno, guerrea, sofoca todavía rebeliones de los suyos; la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los Toros; y una noche, después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye escondiéndose en la espesura de los bosques, hasta que, á la luz de la aurora, reúne una escolta de jinetes dispersos, con los que orienta su camino. Es Bolívar, que, perdidos su ejército y su autoridad, marcha—¿qué mucho, siendo él?—á forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro: la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Este es el momento en que su constancia inquebrantable va á subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la Revolución con la reconquista de la Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos; y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo. Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la Cordillera, y bajan por las de Occidente menor número de espec-

tros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los torrentes, en la altura donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de fijar su centro, y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia Oriente el paso de Caracas, y desde ese instante el dominio español ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá. Desde ese instante, á los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre sucede como un declive irresistible que la victoria, rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra á confundirse con aquel otro que avanza, desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipo. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo «el manto del iris» los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre. Pero aun queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente á él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible. Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, bastan, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será quien corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima, en el Cuzco, en La Paz, el libertador de América; y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta á esperarle, y él se consagra á apercibir el suyo, enferma, y doliente toda-

vía oye que le preguntan:—«¿Qué piensa usted hacer ahora?»—«Triunfar», contesta con sencillez de esparciata. Y triunfa; triunfa después de cruzar las gargantas de los Andes, á la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín; y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando. Cumplida está la obra de Bolívar; pero aun rebosan sobre ella la aspiración y los heroicos alientos. Aun sueña el héroe con más; aun querría llegar á las márgenes del Plata, donde padece bajo la conquista un pueblo arrancado á la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar hasta la misma corte del Brasil las huestes imperiales, fundar allí la república, y remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano, é ir á acordar y presidir la armonía perenne de su obra, en la asamblea anfictiónica de Panamá.

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular é inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha é indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América,

la gloria del libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin disconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes ó los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsora y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémosle junto á Washington: podría ser el más ilustre de sus conmilitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámosle en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, ó del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio á que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos. En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada ó trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo á una y todo á su manera, es una originalidad irreducible, que supone é incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso. Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma, para sus sueños de fundador, más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia ó la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca á cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y

será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispano-americana. Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que transmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia sur-americana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción. Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Paraguay, así como en las *cuchillas* que ondulan, al oriente del Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado á infundir una población rala y casi nómade, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduíno ó del he-

breo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur. El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena; hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada á dar una fuerza de acción avasalladora, y de carácter plástico y color, á la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, á toda aspiración de patria constituída y toda noción de derechos políticos, con que pudiera adelantarse, de manera consciente, á tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio á las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron á favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana. Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior á cualquier género de sentimiento político y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda;

esa que, en la más crítica ocasión de la historia humana, acudió á destrozar un mundo caduco y á mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía. La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal capaz de guiarlo á su expansión más franca y domeñadora por los prestigios del más fuerte, del más bravo ó del más hábil; y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial á su persona. Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino á engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrastase las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, ó en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó á su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originaria-

mente en ideas, en espíritu de ciudad, en ejército organizado. Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original é instintiva de la Revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos á sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio perdido con la infausta expedición de los Cayos; y en adelante las dos riendas de la Revolución están en manos de Bolívar; y la azarosa campaña de 1817 á 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueños del terreno y los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo jinete, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto á escape, tras el venado fugitivo, ó por la pura voluptuosidad del arrebato, tras la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto á edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del

amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento é indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias. En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano ó Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes ó López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula á su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, la abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es á menudo unidad

simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea ésta la observación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral ó la voluntad militante; y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto é incapaz de fatiga, como Carlos XII, el de Suecia; si para el arte, pasa la vida como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza á las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señera, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra á modo de conjuro evocador ó de simiente fecunda; para su confidencia y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si tras el águila del parangón se remontaran, de los abismos y eminencias del alma, otras menores que la hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección á una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección; ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César ó Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental

de estos espíritus múltiples, cuando la vocación ó facultad que lleva el cetro en ellos,—el *quilate-rey*, si recordamos á Gracián,—halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar á un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina á un propósito final y contribuye á una obra magna: el propósito y la obra del libertador; y dentro de esta unidad coparticipan, en torno á la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el don del estilo literario. Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. Él, con más claridad que el presente, veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aún lejano y obscuro el término de la Revolución, escribe aquella asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispano-americanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rozas. El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, á vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica pe-

netrante y audaz de los modelos políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en materia constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente á que ha de aplicarse. Esta facultad toma aún mayor vuelo y carácter en la constitución boliviana, extendida luego al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un «poder electoral», seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir ó proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria, la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el Golfo de Méjico hasta el Estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos norte-americanos y la inquebrantable fe con que aspiró á dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada á los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tam-

poco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momento, á su espíritu, como una indisoluble confederación de los pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia ó de una alianza dirigida á sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase á común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinatos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el Istmo de Corinto. Desde que, ocupando á Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón á que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negóse á acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo á pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible; y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó á subsistir. ¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por ello la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los des-

tinos de estos pueblos: la realidad triunfal é ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él.

En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio ó en Gioberti la fe anunciadora y propagadora de la Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron á lo esencial del magno objetivo. Con más ó menos dilación, en una ú otra forma, un lazo político unirá un día á los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión. El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó á la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre—y es indisputable gloria suya— el principio republicano en oposición á la monarquía, de cuyo lado lo solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín. La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolución, un partidario

fidelísimo y un mantenedor armado: nada más que uno, y éste fué Artigas; pero aun no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, ó no están escritos ó no están propagados. Yo lo pensaba hace poco leyendo el resumen, admirable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco Fombona. Dícese allí que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas; y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coso, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado é infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur; y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán á segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano, que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuina forma, al programa monárquico de San Martín.

Tratándose de Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital é inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar á Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire á empequeñecerle ó macularle. Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable á ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en el orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La Divina Comedia* ó las estatuas de Miguel Angel. La naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos, para componer el paradigma á un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad ó de una escuela; funde la naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, ó los que luego ha de clasificar como tales el criterio mudable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal é imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo, con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada. Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la naturaleza, para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad, nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente á los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar á ver desintegrada ó enervada por un molde ideal de perfección facticia esa original estructura del

carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata. Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaría una oposición sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturalmente inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza á sentar que ningún animal carnicero tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, ó que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león. Y si la energía genial es de aquel temple que supone como condición específica la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción, y si con el nombre de desinterés se clasifica, no el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa, y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aun está oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo á su émulo, ó que, una vez consumada su obra militar, renunciara á influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en os héroes de la especie moral de San Martín.

Espíritus de vocación limitada y reflexiva, la abnegación de un poder al que no les atrae ningún alto propósito que realizar viene después de la segura constancia con que han dado cima á un pensamiento único y concreto; y aquella condición encima de ésta cae como esmalte. Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822. Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud, pero, en no menor parte sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto, y la había anticipado Gracián en el «Primor» décimocuarto de *El Héroe*, donde define el «natural imperio» y dice: «Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas: así á estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal». Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración ó el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo á la controversia y á la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose á la altura de donde se alcanza á divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realza su ambición personal. No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que la fe en sí mismo pueda inducirle á aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de

sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa sólo conceder todo su valor á la indivisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz no se presente á juicio abstraída de las otras, como el elemento material que, disociándose de un conjunto donde es virtud ó sazón, pára en crudo veneno. La muchedumbre que, valida de su instinto, á veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión ó de carácter, que opone á las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría ó las altiveces de su derecho, tendrán ó no razón contra el héroe, frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano, verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se la asocian y las que la limitan, concurre á la armonía de la historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía ó perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando las guedejas del león sobre el pelo atusado de la raposa.

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria. Su nombre, en este género de gloria, vive principalmente vinculado á la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado,

en suelo americano, ejércitos y multitudes. Pero ya, sin negar nuestra admiración á tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquiera análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el aparato de la expresión son caracteres que legitima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea. Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así, en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina, la imagen, la frase ó la palabra de imperecedera virtud, resaltan sobre el fondo de esa declamación pseudoclásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marmontel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos, dió su instrumento de propaganda á la revolución de 1789 y lo dió después, de reflejo, á nuestra revolución hispanoamericana. Este inconsciente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas la propia naturaleza del género mantiene un aire de espontaneidad, que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas á un tono algo más lírico ú oratorio, si la ocasión

lo trae de suyo; ya dando voz á las concentraciones de su pensamiento, ya á los aspectos de su sensibilidad, radiante ó melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza á menudo la idea: —«Estábamos como por mi»lagro (escribe en 1826) sobre un punto de equilibrio »casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuen»tran en un punto dado y se mantienen tranquilas, »apoyada una de otra, y en una calma que parece »verdadera, aunque instantánea: los navegantes han »visto muchas veces este original».—Hay soberanos arranques de personalidad, como éste de la carta en que repudia la corona real que le ha propuesto Páez: —«Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo. Tampoco »quiero imitar á César; menos aún, á Iturbide. Tales »ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título »de Libertador es superior á todos los que ha reci»bido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible »degradarlo».—Otras veces, subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: «Para juzgar »bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso »observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos». —«Sin estabilidad, todo principio político se corrompe »y termina por destruirse».—«El alma de un siervo »rara vez alcanza á apreciar la sana libertad: se enfu»rece en los tumultos ó se humilla en las cadenas».

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva, es, no sólo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en Bolívar, sino también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa es-

tética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!... Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa; ó más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo á despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarra la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan á buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí, la revelación íntima del genio, y para empleo é incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir. Luego, el arrebato de diez años de esta gigantesca aventura, mantenida con satánico aliento: la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros; y al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epopeya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue á la última batalla... ¿Queda más todavía? La volup-

tuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes: la proscripción injusta é ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición: cuerda de ásperos sones que no pudo faltar en esa vida destinada á que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza. Almas para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dió á la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de *clásicos*. Cuando la explosión de personalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios del endiosamiento napoleónico, con sus reflejos de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes é ideas, engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Hárold, ó la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color. Y el Renacimiento ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron á América, ó la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívares de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sínople, había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia?... Cuando se ilumina este recuerdo, la vocación heroica lanzada á destrozar el yugo de la Conquista se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo despertase, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu

en que acaba el desperezo felino. El Libertador Bolívar pudo llamarse también el Reconquistador.

Corría el final de 1826. En la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar á Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la «embriaguez de absintio» de que hablan los trenos del Profeta. Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado á su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica; plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara á dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca á su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal: ahora quedarán sordas é inmóviles, ó se ordenarán en coro que le niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada á fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del Conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable poso de voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió á luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y gue-

rrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza; y allí adonde el genio fué, la realidad le siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, á la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar, el bien conquistado: de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte ú hostil. Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta á dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde toda cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra. El conflicto de fin y medios que ella planteaba, á cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso

inicial, que por el esfuerzo lento y obscuro con que se llega de éste á aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto á estos obstáculos esenciales, quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones: las energías brutales que se adelantan á primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usurario de su anticipo de valor ó de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo á quien ha tentado, ó tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío, y muy luego, la conspiración que le amaga; mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, excitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: «Yo mismo no me siento inocente de ambición». No habían pasado de esto dos años y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su ausencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de aquella sumisión servil á las ideas y las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú. Él había soñado en congregar las naciones creadas por su genio, en nueva liga anfictiónica; y aún no bien

constituidas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca. Entretanto, en Colombia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta armar el brazo de los conjurados que, en la noche del 25 de Septiembre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador. Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afanosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria. Merced á esta firmeza, no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde en Antioquía, con Córdoba; y no es reducida sino á costa de sangre, que fomenta los odios. Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aún más triste y cruel sucede á aquella guerra fratricida: Venezuela se aparta de la unión nacional que, diez años antes, completó los laureles de Boyacá; la unidad de Colombia perece, y el grito de esa emancipación llega á los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, enceguecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro. La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable. En Enero de 1830 abría sus se-

siones la asamblea llamada á restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de obscurecerse, á su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo. Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio. Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura. De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían consumido entre la abnegación y el abandono. En cuanto á penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las del dolor desinteresado, como de padre ó de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio de tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió el escaso resto de sus días en la duda de la grandeza de su obra y de la desesperanza de los destinos de América. Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto á menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no, como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motín: los restos del ejército que había libertado un mundo se disolvían en esa agitación miserable. De los vecinos pueblos hispano-americanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio, necesitara, para herir á Bolívar más de agudo, condensarse en un solo hecho atroz, que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasara á él

en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo á la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento ese crimen. Tal es la situación de su ánimo, cuando se oye llamar de Bogotá, donde el gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín triunfante quiere la vuelta del Libertador. Un último encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos á los que le llaman; pero luego que advierte cómo es la sedición militar la que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado á sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor. Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 á Santa Marta. Allí, donde diez y ocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias, allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, sólo tiene, en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingratitudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo. Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte tan noble. Comenzaba la tarde del 17 de Diciembre

de 1830 cuando Simón Bolívar, Libertador de América, rindió el último aliento.

Había dado á los nuevos pueblos de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez ó doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, ó ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles. ¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure ó interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros y que con nuestros hombros encumbrados á la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto á aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca á la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo.

Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta á que le ha enviado la consigna de Dios; y hay ocasiones heroicas que, por trascendentes y fundamentales, son únicas ó tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino á enormes vueltas de tiempo. Cuando diez siglos hayan pasado, cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza ó cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos á prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar.

# UNA NOVELA DE GALDÓS

*A Eduardo Ferreira.*

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole solo partícipe, entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser gobernados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija é impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatar el fuego sagrado que enciende la llamarada de la vida será siempre la insaciable aspiración, la martirizadora inquietud del arte grande, titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. Si se concede que las almas de artistas componen, dentro de la humanidad, una aristocracia, un patriciado de las almas, la aristocracia mejor, la superioridad jerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla á las que crean, á aquellas á quienes ha sido concedido el don genial de la invención. Hay las que alcanzan á crear un héroe inmortal, ó una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dota-

dos todos ellos de eterna vida; y hay, por encima de ésas, las que vivifican series enteras de ficciones, «multitudes de almas»; las que realizan, con su inmensa obra, un mundo dentro del mundo; aquellas que parecerían inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y de su infinita capacidad creadora.

Comunicar individualidad y ser inextinguible á un alma distinta de la nuestra, en la que no reproduzcamos, al idearla, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad, y aun, sin llegar á tanto, volcar el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de la arcilla de que estamos hechos, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras, — es ya ser un creador. Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar ser y movimiento, con soberano empuje, á una multitud entera, en la que, como en abreviada imagen ó compendio del conjunto humano, aparezcan, con todos los caracteres de lo real, las fases luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo, que pienso que el orgullo humano no puede aspirar á una más completa y deslumbradora realidad de la tentación del Paraíso: *Seréis como dioses*, porque dentro de nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos—Mrs. Cristophe y Cerfberr—penetraron, no ha mucho tiempo, en la profundidad de la obra inmensa del creador de *Eugenia Grandet* y *El padre Goriot*, y presentaron luego á

los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de «La Comedia humana»*. Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougon Macquart;* algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable é inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios,* hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas.

Mundo verdaderamente inmenso y formidable. Respecto de Galdós, y limitando esta observación á los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería á señalar en Zola y en Tolstoy (invertid, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora. Y avanzando más, yo no me comprometería á encontrar en la novela contemporánea nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto. Es cierto que esta superioridad podría ser victoriosamente impugnada, valga el ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias grandes), en cuanto á la espiritualidad, á la gracia, á la fineza, al hábil arte de contar, á todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alarconianas,* consagrando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un

ambiente más amplio y más abierto que el del autor de *Numa Roumestan;* en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare.—Es cierto, también, que en su filosofía de moralista y de *sociólogo* echará acaso de menos el lector devoto de Tolstoy la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido, un criterio ecuánime y sereno, en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura.—Es cierto, todavía, que fuera vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, ni de la plasticidad virtual de la palabra; ó aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, á la prosa tersa y transparente de *Madame Bovary* ó de *Pepita Jiménez;* pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria ese grande arte de la «naturalidad exterior», no concedido á muchos de los más jurados naturalistas: el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla á todos embelleciendo el lenguaje de todos, y que llega á inspirar, aun á los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, cuando arrojó de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el inmenso efecto de conjunto, de la obra, sólo el maestro de Medán

puede reivindicar, sobre Galdós, el primado entre los contemporáneos. Con nunca interrumpido impulso, la ciudad interior de esa estupenda fantasía se puebla de nuevas torres y de nuevas gentes. La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale á la posesión de un don altísimo cuando escribir significa crear. Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens. La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las positivas y las grandes, porque es de las que responden á esa irresistible necesidad de producción que se manifiesta con el poderoso empuje de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Inmortel* de Daudet esta cuestión interesante:—Si acaso Róbinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera creado en la soledad, hubiera producido?—Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela—el artista Vedrine—resuelve la cuestión contestando á quien le pregunta por qué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria. «—Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme.»— He ahí la brava respuesta de un artista de raza. Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, perenne venero de su arte, pero no por falta de estímulos creadores. —Don Pedro Antonio de Alarcón personificó en el triste ocaso de su vida, y personifica Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se condene ó se resigne á la inactividad y al silencio el artista que todavía

es capaz de producir. Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue á su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza. ¡Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo á la tumba como se jactaba de hacerlo, en su retraimiento soberbio y melancólico, el autor de *El sombrero de tres picos*—personajes íntimamente delineados que no se hayan hecho carne en el papel. Galdós se acompañará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aun duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Halma*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de resalte, de color y de vida, desciende ahora de las fraguas del gran novelador, á incorporarse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémoslo.

Señala un crítico sagaz, á propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enlazan el genio del profundo observador de las *Novelas contemporáneas* con el de las *Escenas de la vida parisiense*, el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo de observación y rica materia *novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad. Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran alrededor del problema económico en la vida burguesa. *Misericordia* puede contarse entre las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos, en la extensión de realidad en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social, ciertos círculos

del infierno de la humillación y el abandono, á que había descendido pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada.*

Considerándola con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones, moral y materialmente, más despiadadas y más duras: desde la osada y franca que se personifica en la *Almudena*, en *Pulido*, en la *tía Burlada,*—en la turba famélica «que acecha, á la puerta de los templos, el paso de la caridad»,—hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata,—la empobrecida señora que vive, sin saberlo, de la caridad que implora para ella á los feligreses de San Sebastián una criada compasiva;—ó se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *lyon* caduco, tragicómico traicionado de la fortuna, galán venido á menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando, melancólicamente, sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día.*

Pero, además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia. Encarna esta poesía en la figura, á veces vulgar, á veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que, con la abnegación del obscuro y anónimo soldado para quien no se cosechan, después del combate, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida. Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada en

el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán. Sí; la *Nina* de Galdós es una figura que yo igualaría, sin vacilaciones, á las más originales, á las más nuevas, á las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista...; porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la «Félicité» de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor á la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria ó conveniente al efecto que se procura. La ignorancia de la propia sublime abnegación; la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usado de la vida; la conformidad, de mártir ó de inconsciente, para admitir la ingratitud y resignarse á la injusticia de la pena, son otros tantos elementos que, empequeñeciendo intelectualmente la figura de Nina, la realzan por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que á propósito de esta figura de Galdós podría señalarse—como Menéndez Pelayo en la del *Pae Apolinar* que imaginó el gran novelador de la montaña—«aquel sello de primitiva grandeza que realza á la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia». Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tan-

to en la acción de la novela cuando él repara que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina. ¡Arte grande y hermoso—aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño—el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos! ¿No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, á propósito de la singular fachada del templo en que comienza la acción de su novela, de la necesidad de encontrar y percibir «el encanto y la simpatía que fluyen, á modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares, ó de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo»?

Después de la de Nina, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa. Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza é interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende á la obra magistral que ha sido necesario para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje, la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no marra nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras. El nuevo libro llega así á valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena motivan, como la obra

de su grande estirpe novelesca á que más íntimamente se parece: tanto como *Nazarín*. Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa—de la que sólo puede adorar el alma abnegada, á la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura—hace pensár en la idea de que fluye la profunda belleza ideal de *Marianela*. Como Pablo Penáguilas, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de Marianela, en la dicha de poder amar plenamente—con el alma, con los ojos, únicos en él sensibles, del espíritu—lo que sólo para el espíritu es amable.

Son, sin duda, esos dos magistrales caracteres, lo más hermoso, lo más profundamente interesante, lo de mayor empeño en el libro; pero además, en lo accidental, en lo formal, en los episodios, en el diálogo, en las descripciones—lo diré antes de señalar el mérito y verdad de algunas de las figuras secundarias—¡cuánto hay que notar y que aplaudir; cuánto hay que irresistiblemente detiene la atención de la crítica *acusadora* de bellezas! Admirable es, en las primeras páginas, la descripción de la estampa caricaturesca de la iglesia de San Sebastián, «fea y pedestre como un pliego de aleluyas, ó como los romances de ciego»; risible preciosidad arqueológica, ante la cual el Galdós que recibió en herencia del «Curioso Parlante» la pasión local y la manía escudriñadora del viejo Madrid, encuentra, para abogar por la conservación de aquella vieja reliquia, la razón ingeniosa de que «la caricatura monumental también es un arte». Prodigio-

sos, como imitación artística del lenguaje zafio y plebeyo, son algunos de los *parlamentos* de las mendigas, y están divinamente trazadas sus figuras. Hay grande habilidad en el relato del pavoroso descenso de la empobrecida ama de Nina. Tiene un brillante colorido, legendario y fantástico, la relación de las visiones y las ceremonias supersticiosas del moro. Y admirables de estudio y de observación, y llenas de gracia, entre melancólica y burlona, son las páginas en que Ponte alienta los nostálgicos anhelos de opulencia de Obdulia, y ambos disfrazan en sus coloquios la miserable realidad, gracias á los sueños dorados tejidos con las reminiscencias de los tiempos buenos y las vanas esperanzas de un futuro imposible... *¡Naturalidad* gloriosa! Para la realidad de esta manera reflejada; para la observación que de tal manera penetra en las entrañas de la realidad, y para el arte poderoso que con semejante energía la representa, ¿quién se atreverá á decir que haya pasado la oportunidad ó que haya de pasar alguna vez, ni quién dejará de sentirse—cuando así se entienden las cosas—tan enamorado de lo real y verdadero como en los tiempos en que equivalía pronunciar, en literatura, esas palabras, á reivindicar un derecho y á desafiar para una lucha? —Porque es realista de la realidad inmortal y porque nunca vinculó su arte con lo que en el naturalismo de escuela hubo de exclusivo, de falso y transitorio, é hizo de ese naturalismo una de las más inexplicables—iba á decir una de las más odiosas y más absurdas—entre las intolerancias humanas, nada tiene que temer el arte de Galdós de las *oportunidades nuevas*, de las reacciones justicieras y fatales del criterio, el sentimiento y el gusto, y puede ahora conciliar perfectamente con la

consecuencia á su firme *tradición* de realismo, el «espíritu nuevo» que penetra todas sus últimas creaciones y las comunica una alta significación ideal.

Creo haber aludido en alguna parte de este artículo á la profunda verdad de observación y al arte primoroso que hay en algunas de las figuras secundarias que en la obra intervienen. La de doña Francisca Juárez y la del á un tiempo lastimero y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin un encarecimiento excepcional, por mucha que sea la superficialidad y rapidez del examen que se haga del conjunto. Ambas rivalizan en vida y en relieve, y están armónicamente enlazadas en el cuadro por la identidad de los motivos de que adquieren su interés novelesco y por el fondo común sobre que sus caracteres se destacan, sombreado por los reveses de la suerte y la infidelidad de la fortuna tornadiza. Para pintar estas fases prosaicas y desconsoladoras de la vida burguesa; las que proceden de los efectos morales de la escasez en las almas formadas en el hábito de la abundancia ó torturadas por la tentación, con la ansiedad febril de poseerla, fué siempre maestro el pincel del gran observador, á quien debemos los dos magistrales estudios de *Lo prohibido* y *La de Bringas*. En tal intento, la figura de Obdulia tiene también rasgos felices. Y magistralmente dibujado está, asimismo, el carácter de Juliana, cuya mediocridad *burguesa* de virtud presta á la abnegación de Nina el realce de su contraste con las poco simpáticas limitaciones del «prudente equilibrio» y del «término medio», y cuya entrevista—tan admirable y concisamente narrada—con la criada misteriosa, en la escena final, es de una intensa sugestión y de un hermoso sentido. Aun en las figuras más subordinadas del cuadro, v. gr., la de

los mendigos, que aparecen en las páginas primeras, sobre el fondo de aquella tan donosa descripción de la iglesia de San Sebastián, —rara vez deja de poner la mano del maestro el trazo primoroso que la denuncia.

Pero el grande interés y la escogida belleza, el perfume de íntimo encanto que se desprende de esta novela de Galdós, y la significación peculiar que la hará destacarse dentro del grupo novelesco que mantiene, á partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una tendencia nueva en la constante transformación de su talento, están en esa admirable creación de Nina: ejemplo, que será inmortal, de cosas grandes obtenidas en el arte por medio de cosas vulgares y pequeñas; ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, á la manera de la vieja criada candorosa de *Un cœur simple*, parece iluminado por una sonrisa *evangélica*, piadosa, del arte grande y humano, al inclinarse, desde las alturas, para reflejar un rayo de su luz sobre los pobres, sobre los débiles y los humildes; sobre aquellos cuya virtud es opaca y cuyo bien realizado no aparece; sobre los desamparados y los ignorados del mundo!

## DECIR LAS COSAS BIEN...

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo á las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el «beso en la frente» de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba-Azul ha hecho á los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros—que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos á los niños—suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el ar-

tista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad á Dios con pincel amable y primoroso, y á la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale á concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo, cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea, respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

## EL CENTENARIO DE CHILE

Discurso pronunciado, en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno, durante las fiestas del Centenario, el 17 de Septiembre de 1910.

Señores:

La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos é inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu, y, conducida por las ondas del aire, llega á lo más íntimo de los corazones, para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo. Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para transmitiros toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario: por lo que este centenario tiene de americano, y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano: permitidme que conceda preeminencia á este carácter sobre el otro.

Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario de la América española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispano-americano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispano-americana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron á realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer á la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento á la unidad de una conciencia colectiva.

Éstos son, pues, en América, los días del magno centenario, que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización: aquel género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas en la historia de las naciones.

Diríase que un concurso imponente nos mira y atiende, incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre. Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca: hoy en Chile, ayer en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América española, tan discutida, tan negada, tan calumniada, por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza á existir para la conciencia universal; empieza á traer á sí la atención y el interés del mundo: no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos desconocía, ó, conociéndonos mal y desdeñando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizá, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios obscuros, dudábamos de nosotros mismos; y esta duda cruel no perdonó, en el Gethsemaní de Santa Marta, al alma lacerada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado á la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza á recompensarla y confirmarla. Éramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos á ser una fuerza. Éramos una promesa temeraria: empezamos á ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la ma-

nera como este primer siglo concluye. Y es que los pueblos hispano-americanos comienzan á tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende á lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia á *ser*,—como persona colectiva consciente de su identidad. Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación á nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre á esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección á ese porvenir y no se ajuste á la preparación de esa armonía, será una política vana ó descarriada.

Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió á la vida de la historia, no fué sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció á la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas: tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad, ó, por lo menos, que tendamos enérgicamente á realizarlas. Si esta originalidad no cupiese en nuestra civilización: si nada hubiéramos de agregar, en el orden real de la vida, á lo imitado y heredado, ¿qué significaría, en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el espíritu, después de haberlo dejado de ser en la realidad política...?

Los que consideran milagro irrealizable que los pueblos se relacionen alguna vez según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza, y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario. Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación norte-americana y de la Revolución francesa, se hubiera asegurado que la democracia y la república, como formas

permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las obscuras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la primera infancia, la afirmación hubiera parecido á los más risible paradoja. Pues bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias obscuras en naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías, ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes, alcancen en América á realizar, en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos á leyes fatales de la historia: una magnificación de la idea de la patria; un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno?

Ésta es, en mí, la más intensa sugestión del centenario americano. Pero hay en los recuerdos que glorificáis, junto al carácter continental, el nacional; junto á lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; y si lo primero me ha dado pie para afirmar la unidad hispano-americana, la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, esto otro me impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro pueblo lo que, sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los recuerdos heroicos de que procede vuestro ser de nación: lo celebráis con el orgullo de haber realizado, por la labor perseverante y eficaz, las promesas y las esperanzas de vuestro glorioso abolengo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficiente para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es, todavía, una energía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla, arraigarla, justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difícil y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad que gana batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos los pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género de voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad que es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna. Éste es el género de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocemos preferentemente maestros.

Mediante él, llegasteis á constituir, con anterioridad á los demás pueblos hispano-americanos, una nación de orden, un organismo de nación. Durante mucho tiempo, en América, en medio de las turbulencias de nuestro duro aprendizaje de la libertad, cuando la severidad del juicio extraño, ó la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía á nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza

para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradeceros ese ejemplo. Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar á los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse á su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad ó de la gracia.

Señores:

Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos por que la estrella de Chile se levante en cielos cada vez más serenos; por que su resplandor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez más sabias, cosechas cada vez más opimas, generaciones cada vez más fuertes, más libres y más dichosas; y por que, concertando su luz la estrella de Chile con las demás de la constelación hispano-americana, dentro de la armonía perenne que reposa en el amor y la justicia, mantengan entre todas, para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos!

## «LA RAZA DE CAÍN»

*Carta á Carlos Reyles.*

Aunque la pequeñez de nuestro mundo literario hace que las impresiones y los juicios que manifestamos verbalmente se difundan con asombrosa facilidad, y aunque creo, por eso, que no necesitaba usted recibir estas líneas mías para saber con cuánta sinceridad y cuánto aplauso le he acompañado en su reciente merecidísimo triunfo, yo quiero enviárselas, siquiera sea para llenar una fórmula de cumplimiento y para no dejar sepultadas en las márgenes del ejemplar de *La Raza de Caín* con que usted me ha favorecido las rápidas anotaciones en que, según acostumbro, apunté los comentarios íntimos de mi lectura.

Escribo para usted, como si departiésemos en uno de nuestros coloquios literarios. El público tendría quizás derecho á que yo le hablase, con más detenimiento y mayor precisión crítica, de su obra; pero es el caso que á mí me urge menos cumplir con el público que con usted: de manera que, difiriendo hasta la ocasión más próxima el compromiso que acepto para con los lectores de *La Raza de Caín*, me apresuro á

anticipar al autor un boceto de mi juicio, y sobre todo, mi abrazo amistoso y cordial de enhorabuena.

Lo primero que yo haría resaltar y señalaría á la admiración de sus lectores, si se tratase ahora de escribir ese juicio, sería la doble y excepcional calidad de obra *inspirada* y obra *perfecta* (perfección literaria: orden, regularidad, conveniencia formal), con que se nos impone la última novela de usted. Para los que creen, vanamente, que hay una oposición y discordia casi irresolubles entre la energía de la inspiración creadora y el arreglo y primor de la ejecución artística; entre la fuerza interna de una obra y la justa proporción de sus apariencias, me imagino que la lectura de esta novela ha de ser una prueba abrumadora de lo falso de tal preocupación. El color y el dibujo lidian á una en tan admirable esfuerzo de arte. *La Raza de Caín*, que es obra de inspiración y de fuerza, es, á la vez, un hermoso modelo de corrección y de *factura*. De corrección en lo que la forma literaria tiene de más interno, de inmediato á la concepción original: en el plan, en el orden, en la armonía de las partes; y de corrección, también, en lo más exterior y plástico de la forma: en el lenguaje, en el estilo, en la expresión.

Desde luego, hay en toda la obra una perfecta regularidad de estructura. Sabe usted *componer*; tiene usted una admirable intuición del desenvolvimiento lógico de un argumento, de la *arquitectura* de la obra novelesca; y esta cualidad, que ya se dejaba percibir en su primera novela, tanto más notablemente cuanto que parece ser una condición de experiencia más que de instinto, se manifiesta ahora con magistral intensidad. Bien sabe usted cuánto significa el reconocimiento de tan preciosa condición literaria. Sin ese claro

sentido del orden y la proporción, no hay novelista verdadero. Habrá, á lo sumo, cuentistas, «costumbristas», autores de cuadros ó *episodios* más ó menos relacionados, por una agregación inorgánica y desproporcionada, dentro de una novela aparente; pero faltarán siempre al conjunto la entereza y la vida que sólo se dan cuando la obra es un verdadero organismo: cuando es un ser animado, sujeto, como todos, á la ley de las correlaciones orgánicas.

La acción de su novela sigue la progresión armoniosa, el movimiento fácil de la curva, que es la línea expresiva de la agilidad y de la gracia, porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección nueva está indicada por la que la precede. Y no sólo sería imposible señalar episodios inútiles en su obra, ó rasgos deficientemente acentuados, ó partes que pudieran suprimirse sin perjuicio de la naturalidad ó el interés, sino que hay siempre en ella una feliz y atinada correspondencia entre la fuerza y eficacia de la inspiración y la importancia relativa de los episodios; de manera que el más subido valor artístico en el desempeño corresponde constantemente á los pasajes más significativos é importantes de la acción.

Todo esto representa gran mérito, sin duda; pero mucho más que el acierto que usted ha demostrado al correlacionar los elementos de su novela, atendería yo, en el juicio que escribiese, al valor propio de estos elementos, y muy particularmente al de los caracteres, que es donde la crítica que quiera hacer á usted plena justicia ha de agotar el capítulo de las alabanzas. No hay facultad artística superior á la de la invención de caracteres. El novelista lo es en más ó menos alto grado según la fuerza de su poder característico;

y el raro don de crear seres imaginarios que vivan y perduren, como si á la realidad de los que engendra la Naturaleza unieran la inmarcesible juventud y frescura de los dioses, es concedido sólo á los que pueden levantarse, como pájaros sobre corrales, por encima del vulgo novelador.

Ha creado usted, por lo menos, *dos* almas que vivirán, que resistirán muchos aletazos del tiempo. La crítica, que las ha llevado ya á su laboratorio y las ha sometido á todas las pruebas del análisis, ha tenido que reconocer la presencia del indefinible *soplo* vivificador en esas dos criaturas de su fantasía. Extrañas y singulares criaturas, pero vivas y reales, y menos raras quizá—aun limitando la observación á nuestro propio ambiente— de lo que la mayoría de sus lectores ha de imaginarse; aparte de que la índole misma de su obra las requería de otra arcilla que la arcilla común y otro modelo que el modelo corriente. Observa, con acierto, Bourget, que para el interés y la fuerza de la novela psicológica, los caracteres medios, normales—del punto de vista del relieve del carácter mismo, y de la moralidad—, que pueden suministrar tan abundante materia de observación como cualesquiera otros tratándose de la novela de costumbres, valen menos que cualquier tipo de excepción, ya se entienda lo excepcional en el sentido de la superioridad, ya en el de lo degenerado, mórbido ó abyecto. La psicología novelesca se alimentará siempre, preferentemente, de lo raro y excepcional, en materia de caracteres humanos.

Guzmán y Cacio son almas de excepción; y además, es fácil descubrir en ellos, sobre su carácter individual, bien determinado y concreto, un significado ideal, de personificaciones ó tipos; pero, por magia de su arte,

que ha pasado de esta manera sobre la más ardua dificultad de los grandes caracteres dramáticos y novelescos, la *verdad real*, el fondo humano, de ambos caracteres, no aparecen en lo más mínimo empañados por la representación típica é ideal con que resaltan á los ojos de quien penetra en lo íntimo de su concepción. Ha esculpido usted estatuas representativas en carne palpitante: ¡grande hazaña de arte! Y al desenvolver ante nosotros la tela obscura y rara de esas almas fingidas; al descender á los abismos de este mundo infinito que se abre en la intimidad de cada conciencia, é iluminar sus honduras espantables, y descubrirnos la convulsa y desordenada rotación del pensamiento que ha sido arrebatado por monstruoso egoísmo á todo centro de atracción exterior, ¡qué fuerza y qué fineza de análisis; qué justo atrevimiento en los grandes rasgos y qué incisiva delicadeza al herir en ciertas reconditeces; cuánta verdad y cuánta eficacia en la expresión!

El siglo que concluye, siendo en cierta manera el de los grandes y heroicos esfuerzos de la voluntad, el de la triunfal expansión de las energías interiores, es á la vez, por singular antinomia, el que legará á la historia de los males humanos más abundante acopio de observación en cuanto á las enervaciones y enfermedades del carácter, que extinguen ó desencaminan aquellas energías. La raza novelesca á que pertenecen sus dos raros y desventurados *protervos* no es otra que la que, con más ó menos profundas modificaciones, ha dado á la literatura de este siglo—como expresión de uno de los grandes tipos reales que en él se reproducen—toda una doliente multitud de enfermos de la voluntad, de egoístas desorbitados y rebeldes, almas sin

equilibrio y sin luz, llevadas por la dilatación morbosa del propio *yo* y por la rebelión insensata contra las leyes de la vida, á todos los tormentos del fracaso y la desesperación. Ese tipo fundamental tiene toda la talla mensurable por el ámbito del mismo siglo. Cien años de distancia separan al René de Chateaubriand del Des-Esseintes de Huysmans; la mirada vulgar no alcanzará á percibir las semejanzas en medio de las diferencias; pero restableciendo la sucesión de héroes imaginarios que se tiende entre ellos, al través de la novela y el drama contemporáneos, sería fácil manifestar claramente su parentesco espiritual, y comprobar que una herencia, acrecentada siempre, de miseria y de culpa, los vincula como el primero al último eslabón de una viva cadena de condenados.

Con acentuada fisonomía individual, con personalidad bien característica y propia—porque sus criaturas espirituales son verdaderamente suyas, y usted las ha forjado con jugos de su alma y alientos de su fantasía—, Cacio y Guzmán pertenecen á esa misma multitud inmensa y llorosa, que marcha al porvenir, escudada por la inmortalidad del arte que la ha consagrado, para llevar á la posteridad que nos juzgará la confesión sincera de nuestras flaquezas y las sombras de esta extraña alma de nuestro tiempo, tan contradictoria en su complejidad, tan irreducible, para nosotros, á toda clasificación y todo juicio.

Contribuyen eficazmente, en su obra, á la intensidad del efecto, la justeza y solidez de la expresión. La forma en que está escrita—austera y *mate* quizá, pero de una adaptación y una conveniencia perfectas respecto á lo que, por sujeción á los términos consagrados, llamaremos *el fondo*—tiene la fuerza del

músculo y el calor de la sangre. Su *escritura*—como hoy suele decirse—revela que tiene usted siempre presente la relación de dependencia del estilo respecto de la idea, y que la forma literaria se rige para usted, como en el concepto spenceriano, por un principio de economía dinámica. Y sin embargo, en ciertos momentos intensos de la acción, en los fuertes rasgos característicos de un personaje, en los toques vivaces de la descripción ó el sentimiento, su *manera* llega á adquirir á veces, independientemente de aquel valor de relación, notas y vibraciones de las que dan á la palabra y á la frase un valor propio é intrínseco, un valor comparable con el que tienen, antes de ser colocadas en sus joyas, las piedras raras que centellean, dispersas, sobre la mesa del artífice que ha de engarzarlas en el oro ó la plata.

La transcendencia ideal, el pensamiento íntimo de su obra, merecerían ser estudiados tanto más prolijamente cuanto que usted nos la presenta, si no con un propósito declarado y prosaico de enseñanza, con el de *ejemplo* capaz de sugerir ideas saludables. Yo encuentro justificado ese propósito. Aquellos que quieran sostener que hay en el libro una tesis pesimista, una idea de predestinación fatal, que tiende á poner de relieve lo inevitable de la humillación y el sufrimiento en la *raza* maldita, nacida para ofrecer, con sus serviles espaldas, vivo escabel á los llamados al triunfo y á la gloria, no carecerán de razones atendibles para justificar esa interpretación, ya que es característico de casi toda tesis transcendental velada en forma de arte la posibilidad de atraerla en más de un sentido y resolverla á favor de más de una idea. Pero aquel mismo valor de saludable ejemplo que

usted supone en *La Raza de Caín* es ya una prueba de que, por lo menos, la interpretación personal, la conciencia artística del autor, van por otros caminos; y el examen atento de la relación de los caracteres con el término de la acción conduce, en mi sentir, á un resultado ideal menos desconsolador y más verdadero.

Atendiendo, preferentemente, al carácter de Guzmán, es como aparece ese resultado, claro y distinto. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que el cultivo egoísta del propio *yo*, no dominado por la conciencia de nuestra subordinación á las leyes de la vida y de nuestra solidaridad con la obra de todos; la perversión de la voluntad, enervada por la ausencia de un objetivo real, viril y fecundo, y por la disconformidad cobarde con la naturaleza y el deber; el engrandecimiento ficticio y vanidoso de la personalidad propia á costa de nuestra ineludible condición de seres sociales, son los seguros antecedentes de la derrota sin honor, en los combates del mundo. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que cada destino individual tiene su única posibilidad de paz y de dicha en la adecuada relación de los intentos y las aspiraciones con la fuerza real del propio ánimo, y en la transacción generosa de nuestra voluntad con lo inevitable y lo fatal. Nos ha mostrado usted cómo la estéril soberbia de los egoísmos rebeldes es un motivo de disolución que concluye por destruir y anular la misma voluntad que se consideraba engrandecida y fortificada por la virtud del aislamiento.

Así interpreto yo el sentido de su obra, y por eso creo que no va usted descaminado cuando considera que nuestra impresión será sana y benéfica, aunque

amarga. Quizás hubiera sido bien, para que ese sentido apareciese, á los ojos de todos, claro y patente, que hubiera usted opuesto al cuadro de enervación y de egoísmo que ha querido dejar severamente en pie, como una dura lección, un cuadro, un episodio, un personaje, una escena accidental siquiera, que significaran, por contraste, la apoteosis de la vida, del esfuerzo viril, de la actividad valiente, generosa y fecunda. El grupo de los Crocker, con su perfecta, y á las veces antipática, mediocridad, no es suficiente para producir ese efecto de contraste, aunque tiene su significación necesaria y oportuna dentro del conjunto de la acción. Pero, aun sin eso, yo creo que quien quiera interpretar rectamente la filosofía de su obra tendrá que hacerlo en un sentido poco diferente del que yo le atribuyo; con lo cual la oportunidad de su dedicatoria quedará plenamente justificada, y el valor de enseñanza de su libro resultará tan claro á los ojos del pensador como su valor de ficción á los del artista.

Pongo punto á esta carta, ya larga para lo que es, y que usted sabrá tomar en su exclusivo carácter de esbozo de un estudio futuro, y le estrecho afectuosamente la mano.

## Á ANATOLE FRANCE

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido á Anatole France, á su paso por Montevideo, el 16 de Julio de 1909.

Ilustre maestro:

Un pueblo joven, que aspira á orientar su espíritu en dirección á las nobles superioridades de la inteligencia, flor exquisita y tardía de la civilización, saluda en vos al embajador glorioso de esa patria universal, que, por encima de las fronteras y las razas, forman el pensamiento y el arte.

Hermoso triunfo de la solidaridad humana es que las sociedades vinculadas por los principios esenciales de una civilización común, aunque se interpongan entre ellas la distancia material ó las diferencias de la raza y la lengua, constituyan ya, para las altas manifestaciones del espíritu, un vasto y único escenario, donde se difunden, del uno al otro extremo, la voz propagadora de verdad ó belleza y el coro de simpatía y entusiasmo que responde á esa voz y la multiplica. Las naciones latino-americanas, últimas, por su poca edad, en incorporarse á esa grande unidad ideal,

componen, dentro de ella, un grupo atento y entusiasta, el más entusiasta quizá, porque lo inspira el fervor del noviciado y porque pone en su atención é interés la secreta esperanza de que surgirán de su seno las voces soberanas del porvenir.

Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Éste ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. ¡Testimonio demasiado violento, sin duda! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, á conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia. Y como entre las cualidades excelsas de vuestro espíritu pensador cuéntase la de la comprensión amplia y generosa, que mira de lo alto y llega hasta el fondo de las cosas y de las almas, sabemos ya que aplicáis á nuestra indómita inquietud, tan duramente juzgada de ordinario, ese criterio de benevolencia y de esperanza.

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de las *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chío, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría conten-

tarle—flor delicada, sabroso fruto ó ave melodiosa—, contestaba pidiendo, con ademán heroico, «pólvora y balas». «Pólvora y balas» nos habéis oído pedir, aquejados de fatal é inaplacable deseo. Pero lo que acaso no conocíais suficientemente es que, á pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, á saber, á comprender, á admirar, y también á producir; hemos reconstruído cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, á la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio obscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, á pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cela*: esto matará aquello; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, «pólvora y balas», sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios;

pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan á afirmar que vamos rumbo á ella. Aspirando eficazmente á alcanzarla os demostraremos á los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, á vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad, ni como el hipnotizado que tiene su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan á investigar y pensar por cuenta propia.

Maestro: representáis entre nosotros la patria universal del pensamiento y el arte, pero representáis también una patria más concreta y definida: representáis el espíritu de Francia. Acaso no imagináis toda la vibración de amor y de entusiasmo que ese nombre despierta en nuestra mente y en nuestro corazón. Cuando se habla de Francia, no podemos hablar como extranjeros. En el raudal de sus ideas hemos abrevado, de preferencia, nuestro espíritu; con los ejemplos de su historia hemos retemplado constantemente nuestra admiración del heroísmo y nuestra pasión de la libertad. Nos hemos habituado—con justicia, sin duda—á representar en su nombre cuanto hay de más noble en la criatura humana: la claridad de la razón, el senti-

miento del derecho, la belleza del arte, la generosidad del sacrificio. Vemos en ella la suprema florescencia de esta alma latina que vela, en los siglos, sobre el mundo, para mantener, sobre los desbordes de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado. En nuestro culto de la historia, en nuestra figuración del porvenir, en lo mejor de nuestro pensamiento, en lo más íntimo de nuestro corazón, vive y alienta el alma de Francia: musa, sacerdotisa, conductora inmortal, vibrante de simpatía como Antígona, bella y fuerte á la vez como Atenea Victoriosa.

Y ese fascinador espíritu de Francia que, en su manifestación de arte, es gracia, proporción, gusto exquisito, claridad de ideas y de formas; ese espíritu que encarnó en Montaigne, en Voltaire, en Renán, tiene hoy en vos su más alta personificación literaria. La más alta y la más típica. No por vano capricho ostentáis como nombre vuestro el nombre de vuestra nación. La representáis en las cualidades más características de su inteligencia y de su sensibilidad. Vuestro pensamiento es como la flor preciosa y leve en que concentra su escogida esencia la savia espiritual de una raza. Si como escritor tenéis la gracia del estilo, como filósofo tenéis un género de gracia aún más raro y difícil: tenéis la gracia del pensamiento. Veis el mundo al través de la ironía, pero la expresáis por una sonrisa tan fina y tan dulce que ella pierde toda su crueldad. Vuestra ironía vale tanto como el entusiasmo. Es aquella amable y piadosa filosofía de la buena sonrisa, que se traduce en una inagotable indulgencia para todas las debilidades humanas, en un vasto perdón para todas las miserias de nuestra natu-

raleza pecadora, para todas las vanidades de nuestros sueños. Enseñáis á dudar, pero derramáis un óleo balsámico sobre la duda, porque enseñáis también á comprender y tolerar. Salimos de vuestra dulce cátedra sintiendo que, á pesar de todas las ilusiones de nuestra inteligencia y de todos los enigmas de nuestro destino, es hermoso ser justo, es hermoso ser sabio, es hermoso ser bueno. La admiración que os consagramos está mezclada de afecto y agradecimiento. Y aunque nada más extraño, ciertamente, á vuestra naturaleza intelectual que las líneas rígidas y austeras del apóstol, bien puede decirse que en tierras como estas por donde pasáis, donde los caracteres y las pasiones suelen tener la aspereza bravía de los bosques vírgenes, vuestra literatura es propia para ejercer, sin proponérselo, un verdadero apostolado: el apostolado de la tolerancia, de la benevolencia y de la delicadeza, dones supremos de la civilización.

Maestro: no podemos ofreceros nada para vuestra gloria, porque vuestra gloria está completa, y porque, rudos trabajadores de un suelo que es necesario desbrozar, no hemos cosechado todavía las flores con que se tejen las guirnaldas para las frentes elegidas. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más suave y sencillo que la gloria: la simpatía; la simpatía que quedará, como huella indisipable de vuestra presencia, en la memoria de un pueblo que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud de las ideas y por el culto de la belleza y la verdad.

## MIRANDO AL MAR

¡Cuánto muda de color el mar inmenso!... ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual á sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto nada más de esa variedad infinita: en la mudanza del color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca á luz sobre el lomo, ya crespo, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión? A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda; cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

Tengo la imaginación hecha de tal modo, que toda apariencia material tiende en mí á descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando desde la playa esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres, y pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan á toda hora sobre el mar humano, allá adonde no alcanza la furia de sus olas: concepciones de almas ilusas, candideces de almas puras, ensueños de almas bellas... Y me producía una suerte de embeleso considerar que basta á veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante, para que la muchedumbre—la formidable fuerza real—se rinda, como la cera al sello, á la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

## LA TRADICIÓN INTELECTUAL ARGENTINA

Aquella generación que llegó á la juventud bajo las sombras de la tiranía de Rosas trajo, entre los maestros de su grupo intelectual, un espíritu ático y fino en quien todos los refinamientos del gusto, todas las delicadezas de la sensibilidad literaria, se conciliaban con la aplicación infatigable y nimia del investigador. Tenía además—y he nombrado á Juan María Gutiérrez—la intuición del pasado, el precioso secreto de devolver el movimiento de la vida y el color de la realidad á las cosas muertas. Favorecido por tan altas dotes, escribió sobre la historia literaria argentina páginas que se leerán siempre con interés y provecho, y alguna entre ellas que seduce por el encanto del estilo y por la animación dramática, como una resurrección histórica de Taine.

Desde entonces nadie ha renovado con tenacidad y amor suficientes para continuar tan luminosas huellas el estudio de los orígenes del pensamiento argentino y de su desenvolvimiento paralelo al de las energías de la vida activa y del progreso material, hasta la definitiva constitución de la nacionalidad. Nadie ha mostrado gran empeño por que en este campo de las pro-

ducciones del espíritu, más fácil de cuidar que los de aquellas actividades que no son, como él, patrimonio de unos pocos, se mantenga la continuidad, el espíritu informante de la tradición, ya perdido y disuelto en otras manifestaciones de la vida, descaracterizadas en toda esa parte de América por un cosmopolitismo sin crisol y sin norte. La tradición podría ser, sin embargo, y limitándonos ahora á lo que se refiere á la actividad del pensamiento, una fuente de inspiraciones fecundas que, armonizadas con las influencias legítimas de innovación, darían por resultado el mantenimiento de una originalidad nacional dotada de fuerte energía asimiladora, con la que imprimiría sello propio á todo lo nuevo y extraño que adquiriera.

El encadenamiento, la unidad sucesiva de esa tradición, se perciben fácilmente desde la época en que clarean los albores de la inteligencia argentina, hasta el término del largo proceso de formación de la nacionalidad. Y si se pregunta cuál es el rasgo dominante que reúne en una expresión característica las manifestaciones literarias de tan dilatado espacio de tiempo, yo procuraría mostrarlo en la vinculación estrecha y constante de la obra del escritor y del poeta con las ideas, los afectos y los intereses de cada jornada de la existencia nacional. Toda aquella literatura es milicia, y este carácter permitirá afirmar, acaso, al historiador que la abarque en su conjunto, no su superioridad artística sobre la de otros pueblos de América, donde se trabajó más pulcra y serenamente la forma, donde hubo ambiente más ático para la producción del todo desinteresada; pero sí que fué una literatura más *de acción* y más *de ideas*.

Carecía el pensamiento argentino, cuando la in-

dependencia le puso en aptitud de manifestarse con sinceridad, del precedente de una cultura literaria formada, dentro de la tradición de la colonia, como la había, con arraigo dos veces secular, en el Perú y en México. Pero la ausencia de ese precedente fué para él un beneficio. Así como, en la fisonomía social, no se vieron en las colonias del Río de la Plata los rasgos cortesanos que, en otros pueblos de América, opondrían resistentes relieves al cincel de la Revolución, al ser transformados en lineamientos de nuevas democracias, así en el uso de la palabra y de la pluma no existía el hábito de la producción huera, ficticia, única conciliable con un régimen de opresión y aislamiento al que se agregaban los viciosos influjos de la decadencia metropolitana.

Las más remotas manifestaciones del pensamiento argentino se anticipan en pocos lustros al día de la emancipación; y esas mismas no son sino notas dispersas y triviales, que sólo se dignifican y acuerdan en una expresión armónica cuando llegan las vísperas de Mayo. Entonces, las páginas de los primeros periódicos, movidas por una vaga repercusión de la tempestad de ideas que propagaba, del otro lado del mar, el huracán revolucionario, reflejan un interesante estímulo de *curiosidad* y animación intelectual. Comienza á delinearse el esbozo de una producción literaria. Esta literatura principiante, infantil, en que lo transparente del alarde erudito, la excesiva é ingenua facilidad de entusiasmo, y el remedo inexperto de la aparatosa retórica que daba entonces el tono del buen gusto, nos impresiona hoy como un certamen de colegio, tiene un sentido histórico que la ennoblece y levanta extraordinariamente sobre su valer de realización ar-

tística. Es la venerable literatura de los versos de Labardén, de los artículos de Vieytes, de las memorias consulares de Belgrano. Y toda ella manifiesta tan intensamente la ambición generosa de saber, la noble impaciencia en el ejercicio del pensamiento propio, la intuición y el sentimiento de las responsabilidades que traería consigo la obra de un futuro inmediato, que yo no la cambiaría, como punto de arranque de una tradición intelectual, por la biblioteca varia y copiosa que la Salamanca mexicana de Ruiz de León y la Bizancio limeña de Peralta y Barnuevo habían acumulado, con sus propios autores, en dos siglos de literatura gongórica y vacía, pomposa máscara de la inanidad del pensamiento.

Cuando la vida monótona y pálida de la colonia experimenta por primera vez una conmoción capaz de engendrar alta poesía, inflamándose en el sentimiento de resistencia á un invasor extranjero, levántase un tanto el vuelo mediocre de los versificadores, y el lenguaje de las proclamas alínea en cláusulas palpitantes de vida los tipos de aquella «Imprenta de Expósitos», que dió publicidad á todos estos memorables y candorosos balbuceos. Y cuando la hora suprema va á sonar; cuando el esfuerzo triunfante de la Reconquista ha servido de gimnasia heroica para preparar las voluntades y desentumecer los brazos, el pensamiento de la colonia, sobreponiéndose, en un arranque audaz, á sus tentativas inciertas, se remonta á la plenitud del raciocinio viril y de la exposición maestra con la *Representación de los Hacendados*, que es la tarima sobre que se afirmó muy luego la tribuna de la Revolución.

La gigantesca iniciativa de Mayo, no bien se pro

duce, se levanta sobre la materialidad del hecho con un programa consciente, en el que la difusión de las luces y el anhelo de adquirir todas las formas intelectuales de la civilización, entran como elementos preferidos. En la trágica solemnidad del primer momento, cuando toda la atención del espíritu debía parecer insuficiente para dirigir la acción marcial, y todas las fuerzas escasas para ejecutarla, la Junta de gobierno resuelve con inoportunidad aparente—que se convierte para el juicio póstumo en la más alta y significativa oportunidad—la fundación de la Biblioteca pública. Y esta confianza enaltecedora en la eficacia de la cultura y de la instrucción popular, sigue iluminando invariablemente, en medio de las borrascas del entusiasmo y el peligro, la marcha de aquella revolución azarosa.

Buenos Aires mantiene con sus tribunos, con sus publicistas, con sus poetas, la propaganda, el pensamiento, el nervio de civilización y cultura de la Revolución, mientras, con no menor grandeza sin duda, la guerra de los campos, que á los orientales tocó principalmente representar y abanderar, complementa y rectifica la magna obra con el empuje de sus energías instintivas. Para la eficiencia de aquel alto ministerio social, bien puede decirse que no fué inútil la palabra alada del poeta, que entonces, en la América estremecida de uno á otro extremo por el impulso revolucionario, como en Europa—donde la resistencia á las conquistas napoleónicas reanimaba la conciencia nacional de los pueblos—, volvía á ser, como en los tiempos heroicos, el verbo del alma colectiva.

No es su valer de arte, nunca ó rara vez superior, lo que realza á la poesía argentina de esta primera

hora. Ella no produjo nada que pueda resistir parangón con la alteza lírica de ciertas ráfagas de Olmedo; ni con el clasicismo primoroso del cuadro de naturaleza tropical que Bello trazó, rescatando en él la palidez de los colores por la maestría del dibujo; ni con el grito del alma que anunciaba en los versos tormentosos de Heredia—inquietos ya bajo el entono de la máscara clásica—la proximidad de una poesía nueva por el sentimiento y por la forma. La condición superior de la poesía argentina de aquel tiempo está en que ninguna otra sostuvo, en América, un comentario lírico tan asiduo y constante de la acción revolucionaria, con sus encendimientos y desmayos, con sus triunfos y derrotas, desde el himno de 1813 hasta los cantos de Varela, de Lafinur y de Luca. Aquella poesía que hoy sentimos tan poco y consideramos tan artificial y fría, en su tiempo fué verbo palpitante, fué sugestión eficaz. El propio clasicismo solemne de sus formas no era sólo un amaneramiento retórico. Él se relacionaba con las inspiraciones más íntimas del genio de la Revolución americana, modelada, como la francesa, en la evocación de las sombras del civismo antiguo. Recuerdo que don Vicente Fidel López dió alguna vez luminosa idea de esta influencia real y honda del modelo clásico, que no domina sólo en las formas de la poesía de la Revolución, sino también en la marcialidad de sus héroes y la actitud estatuaria de sus tribunos.

La intensidad de la tendencia de cultura y de noble idealidad que había movido, desde el primer instante, el espíritu de la revolución de Mayo, se comprueba plenamente cuando, llegada ésta, con el triunfo, á edificar sobre lo que había destruído, produce el breve

pero magnífico florecimiento que se personifica en Rivadavia. Acaso, en la historia de América, no haya ejemplo de un período de gobierno en que las ideas hayan ejercido fuerza tan eficiente é imperiosa en la dirección de la sociedad. Y la manifestación escrita y oral de las ideas adquirió de ello superior importancia. Pareció entonces revestir formas reales en la vida de un pueblo aquella imagen de una cultura intelectual vivificada por el sentimiento cívico y la austeridad republicana; por la dignidad de las costumbres y la seriedad de las inteligencias, que había soñado para el porvenir, cuando las pasajeras esperanzas del Directorio, el alma apasionada de madame de Staël. Toda manifestación del espíritu convergía al centro ideal que fijaba aquel plan superior de gobierno. Adquiría el periodismo político las formas cultas de la impersonalidad y la doctrina. La tribuna se dignificaba al par de él. La instrucción quebrantaba el molde colonial de las viejas aulas de San Carlos, para impregnarse de ideas nuevas. Y la expresión literaria, enaltecida por aquel hermoso y altivo sentimiento de los progresos humanos que había inspirado á la poesía del siglo XVIII el *Hermes* de Chénier y que vibraba en las odas *civiles* de Quintana, cantaba con Juan Cruz Varela las Geórgicas de la tierra fecundada por la paz. Penetradas del mismo espíritu, hasta las formas exteriores y usuales de la sociabilidad desplegaban una elegancia áulica, que, sin quitar á aquel ensayo de republicanismo perfecto su sello de severidad genial, modificaba, en este rasgo también, la fisonomía de la colonia.

La generación que estaba en la infancia ó en la primera juventud, cuando así fructificaba la obra de la que la había precedido, ofrece en su figuración histó-

rica ejemplo de esa misma vinculación estrecha y constante entre el pensamiento y la acción. Ella hizo la guerra á la formidable tiranía, con la palabra de sus escritores y el canto de sus poetas. Ella identificó sus entusiasmos literarios con sus propósitos de regeneración política, bajo la enseña gloriosa de aquella «Asociación de Mayo», de donde surgieron á la vez la iniciativa poética de *La Cautiva* y la idea de organización nacional que debía prevalecer sobre los odios de bando de la época. Ella dió su obra de mayor arranque genial, la más alta y duradera nota de su literatura, en un panfleto caldeado por los entusiasmos del combate: el *Facundo*, que siendo para la posteridad, principalmente, un libro de historia pintoresca, un cuadro de admirable color americano, fué ante todo, en el propósito del autor, la denuncia de la barbarie de la tiranía y el golpe destinado á conmoverla. Ella hizo más aún: cuando salvó, proscripta en sus hombres representativos, las fronteras de la patria, aportó á la libertad y á la cultura intelectual de otros pueblos un concurso que podría relacionarse, como signo de una persistente vocación nacional, con el que el genio expansivo de la Revolución de 1810 había llevado á la causa de la emancipación, en lejanas latitudes de América.

Nunca será inoportuno insistir en traer á la luz estas tradiciones de la cultura argentina. Sería bastante por sí solo el rango que en la civilización y la riqueza de América está reservado necesariamente á ese gran organismo nacional, cuyo desenvolvimiento no parece muy lejano de la edad de plenitud viril de los pueblos, para que las manifestaciones de su inteligencia y su carácter tengan ya un interés que afecta á la co-

munidad de las naciones de su origen, y para que en todas ellas merezca ser estudiada, entre los factores del porvenir, la posible influencia de su espíritu.

El pensamiento, la palabra, la pluma, han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo, fuerzas positivas que han mantenido la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez é idealidad. Esta condición tradicional *obliga*, como todo timbre de *nobleza*. La energía de las generaciones jóvenes tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado; y gloria de ellas sería dejar demostrada su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que él se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor, como un perfil augusto que se apaga en una vieja moneda por el codicioso roce de las manos.

## EN LA ARMONÍA, DISONANCIAS

*De una carta á Alberto Nin Frías.*

. . . . . .

La labor intelectual de usted me interesa tanto más cuanto que me ofrece, á menudo, ocasión de ejercitar mi pensamiento, familiarizándolo con ideas distintas de las que le imprimen sello y carácter.

Nuestros puntos de partida son diferentes, casi opuestos. Usted procede del protestantismo, yo del helenismo. Usted espera ver salir el nuevo día de las biblias sin notas, de los templos de paredes desnudas; mientras que yo me atengo á las palabras de Juliano, que usted cita en su libro y que Ernesto Renán, moribundo, murmuraba en el delirio de la agonía: *Que salga el sol del lado del Partenón*... Pero nuestros espíritus se acercan más cada día; convergemos á un mismo término; porque toda grande ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso. Un culto de que ambos so-

mos fieles nos reconcilia especialmente: nuestro culto por Taine, que supo unir en su gigante alma el amor de Atenas y la admiración de Inglaterra.

Por mi parte, á medida que vivo, siento mi espíritu más amplio y más sereno. Vinculo mi alma á nuevas cosas bellas. Venzo nuevas limitaciones dentro de mí mismo. Veo dilatarse, con nuevas y singulares perspectivas, el horizonte de la contemplación, de esa contemplación que ambos tenemos por suficiente objeto de la vida... ¿Ha olvidado usted á Thomas Graindorge?

Tendemos, pues, á la armonía. No deseemos, empero, convertirla en identificación que anule toda peculiaridad individual, toda diferencia, Reservémonos del fondo de nuestras ideas algo propio é indeclinable, con que se sustente el placer de la contradicción.

*Las divisiones convienen*, dijo ya San Pablo, á quien usted debe de reverenciar, porque fué, por el espíritu, una especie de protestante profético. Sin alguna discordia y contradicción, la vida del pensamiento sería una vida muy monótona y triste, donde, al cabo, la discordia renacería del seno del fastidio: nos pelearíamos entonces de puro fastidiados.

Su nuevo libro viene lleno de ideas. Hace pensar; hace sentir. ¿Conquistará usted con él muchas almas para su tierra santa y sus profetas? De eso no estoy seguro.

De lo que sí estoy seguro es del aprecio que tengo por su talento; de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su perseverancia; el temple de su naturaleza intelec-

tual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores.

Su labor de usted, tan sincera, tan progresiva, tan noblemente inspirada, merece citarse como ejemplo. Si yo tuviera autoridad para indicar ejemplos, la indicaría como tal.

## «DE LO MÁS HONDO»

*Colección de poesías de Emilio Frugoni.*

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, á propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse á buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse á la repercusión de lo exterior y colectivo. Aquellos que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces emociones de la concentración sin que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan á esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo. Honda y delicada voluptuosidad debe ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar á hacer así del propio corazón un alga rara, que, siendo cosa viva, parece flor de artificio ó extraño adorno compuesto de sutiles encajes! Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, á la manera de regalado convite ó paseo encantador, los hala-

gos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva—como la música de que hablaba Porcia — dentro de sí.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda á lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, ó con la de una comunión ideal, á la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento ú obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino á apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es, un llamamiento, el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir á ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos á juzgar la obra realizada, en el campo adonde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, este de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería

posible eliminarla de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido accesoriamente á la descripción ó al relato. Imaginemos que la querella de la prosa y el verso haya de resolverse definitivamente de la manera como ella está resuelta con relación á las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persista para siempre la superioridad actual de la primera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca á la expresión entonada de los grandes afectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fe, el ditirambo y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo porvenir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y falta de substancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffábile* del ritmo, de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión: á la manera como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les separase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, á pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega á ser el más universal—casi diría el más impersonal—de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética carecterizada por extraña y anómala, ni presentan muy acentuada la *nuance* individual que cada humano corazón imprime

al sentimiento. Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, á todos nos parece ver algo de la propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, ó aquellas de que sabemos por el recuerdo, ó por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, ó el *liéder* heiniano, constituyen una poesía más *de todos*, más *impersonal*, más cercana á la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni ó la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general á la vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las impresiones, las tristezas, los sueños, que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen á nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparenta, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel —no menos legítimo, sin duda—en que el relieve de la fisonomía individual alcanza á la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza á pesar de esa fundamental identidad. Pertenece á este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa á su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se dan á condición de despren-

derse provisionalmente, el lector ó el crítico, de una parte de su propia personalidad, para embeberse en la del poeta. En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un esfuerzo, una tensión de simpatía, que no siempre logra ponerlos al unísono con aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar, del sentimiento de todos, el interés y la virtud comunicativa que lo convierten en substancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, ó bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con nativa verdad este género universal de sentimiento, y lo interpreta en algunas de sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tonos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *dilettantismo* de la adolescencia. Sabido es también que á la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador de poesía, se une entonces, en el dolor imaginado, algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, las tierras raras, desconocidas y remotas.—No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión, deja pasar — siguiendo un consejo magistral—el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles ó de las emociones de amor, ó el desfilar de los sueños, como nubes, ó un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. Pero hay veces

en que la intensidad del sentimiento llega á la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las composiciones que llevan por título *Mi tortura* y *Tus rigores*.

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la naturaleza al través de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aún más estricto, de subordinación, en que la naturaleza aparece participando ella misma de los efectos del espíritu que la contempla. Así en *La Choza*, *Primaveral*, *El regreso* y *Llanto de rosas*.

Todo lo que se refiere á la ejecución, manifiesta en este poeta nuevo un sentido muy fino de lo plástico y de lo musical de su arte. Sabe escoger en el vocabulario poético, y ríge con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio ó de la silva con clásica limpieza, y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que recuerda los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo. Para apreciar, á la vez, la delicadeza de sentimiento y expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer á nuestro poeta, nada más apropiado que la lectura de composiciones como *Súplica*, *Tus pupilas*, *Resurrección*, *Fénix*, *Tus ojos*, ó aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aletazos* y á la que el autor no ha puesto nombre. Menos me agrada cuando vuelve á los metros y al estilo románticos, como en sus espronceda nianas *Siemprevivas*.

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión, y el movimiento rítmico da á un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, ó de ver ondear en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. A pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo, tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética á los caracteres de la forma); á pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de entrambas, desde que al sol del Renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su vuelo, y á pesar, también, de la proporción considerable en que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glorioso á la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y perdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española. Por otra parte, todo lo que importe contraponer sugestiones y modelos es una fuerza de originalidad—porque es una fuerza de emancipación, cuando se mantienen tan invariables y únicas, no tanto las fuentes de lo antiguo, sino las de lo nuevo y revolucionario.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales

son las condiciones con que se adelantan á la luz las armas de este nuevo poeta, que es, en ese y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad; ni flores, don efímero; sino, como el paladín, estas ofrendas, cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

# TUCUMÁN

*En un álbum publicado en ocasión del Centenario de Mayo.*

Tucumán es de las pocas ciudades hispano-americanas cuyo nombre suena á distancia con ese prestigio de leyenda, con esa vibración de idealidad y simpatía, que queda en el espíritu cuando se deja repercutir dulcemente, dentro de él, el nombre de las cosas lejanas con que se ha soñado mucho y que ignoramos si llegaremos á ver... No es principalmente la aureola de los recuerdos históricos; no es el patrimonio de gloria que la ennoblece, lo que determina esa sugestión vinculada á su nombre. Cierto es que ella llevará siempre en el blasón nobiliario de su tradición heroica un título de escogida superioridad, que bastaría para diferenciarla de los centros de improvisada civilización cosmopolita y mercantil, con que nuestra democracia americana dilata sus victorias sobre la bárbara poesía del desierto. Pero por encima de este prestigio de la tradición, descuella el de la naturaleza: la leyenda paradisíaca que, tejida por los relatos y las *saudades* del viajero, comunica

á quienes la escuchan algo como una nostalgia de aquella tierra encantada, antes de haber estado en ella. Ni siquiera falta á esta nombradía de belleza la consagración de la página de perenne poesía que le dé una suprema expresión en el lenguaje humano.

El beso transfigurador con que el arte toca la frente de la naturaleza virgen y la deja como hechizada, fué puesto en la frente de Tucumán por aquellos gruesos labios de primitivo que diseminaron á los vientos de América tanta robusta verdad y tanta estupenda paradoja y tanta desigual belleza: los labios de Sarmiento. El formidable titán civilizador tuvo para los encantos de Tucumán una página de fragancia exquisita que asoma entre las agrestes asperezas del *Facundo* como una flor delicada en medio del matorral bravío. Yo no sé si las impiedades de la civilización han desgarrado, en torno del Tucumán de hoy, el velo de inefable poesía con que aparece en aquella página imperecedera; pero si acaso fuese así, yo pido á mis amigos de Tucumán que no me lo digan, y que me perdonen la crueldad de desear que su ciudad adelante poco y lentamente, si ha de adquirir su mayor intensidad de civilización á costa de su patrimonio magnífico de poesía.

## MAGNA PATRIA

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aquí, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación ó el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aún más pequeño que un fetiquismo patriótico: importaría un fetiquismo regional ó un fetiquismo de provincia. Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos, y la contigüidad geográfica y cuanto puede dar fundamento real á la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre entre nuestros pueblos las convencionales fronteras y dé nombre de «patria» á lo que no lo es en el lenguaje de la política, ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza ó la voz de la razón que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas? Patria es para los hispano-americanos la América española. Dentro del senti-

miento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural é indestructible, á la provincia, á la región, á la comarca; y provincias, regiones ó comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, ó, mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral—el sueño de Bolívar—es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la «expresión geográfica» de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria, era la patria misma consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, peno no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante é intensa que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

## SAMUEL BLIXEN

Discurso pronunciado, en representación del «Círculo de la Prensa», al inhumarse los restos de Samuel Blixen, el 23 de Mayo de 1909.

Señores:

Cumplo, en nombre del «Círculo de la Prensa», el penoso deber de dar la eterna despedida al que fué nuestro vicepresidente, al que fué nuestro compañero, al que fué el amigo personal y carísimo de todos los que le tuvimos á nuestro lado en las tareas iniciales de nuestra institución.

No es éste un duelo de la prensa, es un duelo más alto, es un duelo más hondo, es el duelo de toda una sociedad. Pocas veces la crueldad de la muerte ha elegido una víctima que por más distintos conceptos mereciera ser lamentada. En la ansiedad angustiosa con que hemos seguido el rápido proceso de esa inesperada, de esa brutal agonía, y en el clamor de consternación que ha levantado el anuncio del aciago desenlace, mézclanse notas que manifiestan muy diversos motivos de dolor. Es la prensa de Montevideo, que deplora la pérdida de un periodista insigne; es la literatura na-

cional, que ve trozada la pluma de un escritor inimitable; es un partido político, que lamenta el vacío que ha dejado en sus filas uno de sus grandes elementos de porvenir, destinados á ser fuerza preciosa de moderación y de cultura; es la vida de sociedad, que pierde el ornamento de un espíritu favorecido con todas las atracciones y todas las gracias; y por sobre todo eso, es la amistad, señores; es la amistad, que no tiene consuelo, porque ha sido herida en quien merecía su más apasionada adhesión.

No se incurriría esta vez en una vulgaridad, mil veces repetida, si se dijera que la desaparición de Samuel Blixen es de aquellos infortunios cuya intensidad sólo se mide exactamente después que se producen. Habíamos identificado de tal modo con el ambiente que respiramos la presencia de aquel espíritu luminoso, jovial, pródigo siempre de inteligencia y simpatía, que ha de pasar mucho tiempo antes de que nos habituemos á no verle en su encarnación corpórea, á no escuchar el encanto de su palabra; y nuestra sensación será como si hubiese en torno de nosotros menos luz, menos color, menos belleza... Es que la personalidad de Samuel Blixen tenía una significación tan escogida como rara á nuestro alrededor: representaba al hombre de talento que ha logrado salvar la libertad de su espíritu frente á las tentaciones de la pasión política y de la utilidad, y que se consagra, con entusiasmo impenitente, al culto de las imágenes de belleza y de espiritualidad que le cautivaron al ver abrirse ante sus ojos el espectáculo del mundo.

Pudo aspirar, en la vida pública, á todos los éxitos y todos los honores que le aseguraban su talento incomparable y los prestigios y seducciones de su per-

sona. Pero él hizo abnegación de las ambiciones de poder y fortuna: y prefirió pasar por la vida, fiel á los sueños desinteresados de su juventud, cosechando las flores del camino, como en un alegre paseo, con ese soberano desdén de las ventajas materiales que halagan y esclavizan al vulgo de los hombres, pero que acaso no son capaces de proporcionarles las íntimas venturas con que los sueños de alas impalpables favorecen á estos privilegiados del espíritu.

Para caracterizar su naturaleza moral habría que imaginar una eterna alma de niño, con todo el candor, con toda la alegría, con toda la gracia, con toda la levedad ideal de una infancia respetada por el tiempo. Había esculpida en su fisonomía espiritual una dulce y bondadosa sonrisa. Dotado de todos los refinamientos y todas las exquisiteces de una naturaleza aristocrática, complementada por la educación y por los hábitos de la sociabilidad, tenía, al propio tiempo, la sencillez y la llaneza de un hombre del pueblo, y su don de simpatía se comunicaba á los pequeños y á los grandes, á los poderosos y á los humildes. Era un espíritu admirablemente organizado para ser dichoso, porque llevaba la condición de la felicidad en sí mismo: en su despreocupación infantil, en su placidez, en su optimismo, en su benevolencia; y por esto es tanto más cruel y tanto más injusta la fatalidad, que interrumpe, en lo mejor del camino, una vida que parecía destinada á coronar la plata de su vejez con las rosas de Anacreonte.

El nombre de Samuel Blixen vivirá en nuestra tierra mientras quede en ella un rastro de interés por la cultura del espíritu y los deleites superiores del arte. Su actividad continua y entusiástica en la propaganda del

amor de lo bello, de lo selecto, de lo desinteresado, bastaría á asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en sociedades como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal comprendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora mucho más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad. Su gran pasión literaria fué, como todos sabéis, el teatro, y su nombre será glorificado siempre como el del fundador del teatro nacional. En ambiente más propicio habría desenvuelto ampliamente las admirables facultades de gracia, de delicadeza y espiritualidad, que resplandecen en las obras primorosas que nos ha dejado y que sobrevivirán á todos los cambios de escuelas y de gustos. En nuestro periodismo fué un invalorable elemento de cultura, de interés, de originalidad, que decidía por sí solo, con los fascinadores prestigios de su pluma, el éxito del diario á que se vinculaba. En la crítica de literatura y de arte, la obra de Blixen señala en nuestro país un punto de partida, una iniciación caracterizada por la fineza del criterio, la erudición selecta, la caballeresca impersonalidad y la singular belleza de la forma. La maravillosa facilidad de aquel estilo transparente y ágil, como un manantial intacto, será igualada alguna vez, nunca superada. Era un cultivador de la ironía; y, observación que enaltece tanto el temple moral del hombre como el gusto exquisito del escritor: nunca puso en su ironía, ni aun en el enardecimiento de la polémica, ni aun repeliendo el ataque personal, una sola gota de veneno. La benignidad de su ironía brotaba de la superior cultura de su gusto, pero brotaba también de una fuente más honda: brotaba de la bondad del corazón.

Tenía el supremo don de la crítica: el don de admirar. Y admiraba sin restricciones, sin reservas, con la efusión generosa de un entusiasmo siempre pronto á fluir en raudales de elogio, donde la benevolencia infinita no era obstáculo para que se transparentase la delicadeza de su juicio y de su gusto. La virtud de estímulo y animación que ejerció su crítica, en nuestro medio, es inmensa. Si entonar las voluntades indecisas y fortalecer las esperanzas de los que empiezan, en literatura y en arte, es una forma de hacer el bien—¿y quién puede dudar de que lo sea?—, la crítica de Blixen fué una grande obra de bien. A muchos, á muchísimos, alentó: no puso estorbos á nadie. En la gratitud personal que yo le debo, interpreto la de mi generación y la de los que han venido después de ella. Todos los que manejamos una pluma, ó un instrumento de arte, todos le debemos un estímulo, todos le debemos una esperanza, todos le debemos una parte de nuestro nombre y de nuestra consagración.

Una sociedad entera le llora, pero hay una parte de la sociedad que singularmente debe llorarle. Para nosotros, escritores y artistas, los que hemos consagrado lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra existencia á labrar, en el alma de un pueblo nuevo é instable todavía, un refugio para el pensamiento desinteresado, un refugio para la meditación, un refugio para el arte, la extinción de esta vida es una gran fuerza que nos falta, una gran voz alentadora que muere en el silencio, una gran soledad que nos desconcierta... Pero en las compensaciones ideales de la muerte, que acrisola y baña de perenne luz las realidades queridas que nos arrebata, el recuerdo de Samuel Blixen será perdura-

ble inspiración de nuestros esfuerzos, estrella propicia en las horas del desaliento y de la decepción.

¡Duerme en paz, amigo y maestro en el culto de las cosas bellas, delicadas y amables de la vida! ¡Y si de la infinita profundidad misteriosa donde se ha abismado tu espíritu algo puede descender sobre la tierra, sigue irradiando, desde allí, sobre nosotros, tu gran sueño de belleza, tu gran sueño de arte, tu gran sueño de idealidad!

## RECÓNDITA ANDALUCÍA

*Al margen de las «Elegías» de Juan R. Jiménez.*

Quien en el verbo lírico ame, sobre toda otra cosa, la verdad de la expresión personal, lea el libro de Jiménez. Esta poesía es personalísima del poeta, en la esencia y en la envoltura; es su alma misma, puesta en la más limpia y transparente expresión que alma humana pueda darse en palabras. Infunde el poeta de tal modo su espíritu en los caracteres de la forma, que nuestra lengua, de duro bronce resonante, semeja pasar en sus versos por una entera transfiguración. Nunca se la hizo tan leve, tan vaporosa, tan alada. Leyendo estas *Elegías* se reconocen, con sorpresa y arrobamiento, todos los secretos de espiritualidad musical, de sugestión melódica, que cabe arrancar al genio de una lengua tenida por tan exclusivamente pintoresca y estatuaria.

Y si en la forma es singular, en la manera como el poeta siente la poesía de las cosas, su personalidad aparece aislada, y como nostálgica, en su medio. Jiménez nació y vive en la más meridional Andalucía.

Sabiéndolo, alguien me preguntaba después de leer conmigo este libro: «¿Dónde está aquí el sol andaluz?»... Y, en efecto, el sol que el poeta canta no es el que ven los demás en Andalucía: es el *suyo;* es el sol velado, melancólico y mustio que difunde sobre los campos su «pena de enfermo», en una admirable página de las *Elegías*. El cielo que el poeta refleja no es el que inspiró los encendimientos de gloria en las *Concepciones* de Murillo; no es el que inflama de oro y de púrpura el ambiente del *Viaje* incomparable de Gautier: es el cielo gris que ha dejado, para siempre, en el arroyo donde ve el poeta la imagen de su corazón, un fondo de ceniza, según otra página muy bella de este libro. Los jardines por donde el poeta vaga no son los que visten las márgenes del Betis y el Genil con las pompas triunfales de una primavera inmarcesible: son aquellos á cuyos tristes rosales prestó la dulce y pálida paseante de otra de las *Elegías* la gracia melancólica de sus maneras...—¿Será esto razón para concluir que no es Jiménez un poeta de Andalucía?—Yo creo que sí lo es, y que lo es de la manera más honda. Leopoldo Alas decía, á propósito de *El patio andaluz,* de Salvador Rueda, que no hay una sola Andalucía, sino varias. Hay seguramente muchas; pero, por mi parte, yo también sé, ó tengo vislumbres, de varias. Hay una que detesto; otra que admiro; otra, muy vagamente sabida, que quiero y me encanta. La que detesto es la de la plaza de toros, y el alarde vulgar, y la alegría estrepitosa, y el gracejo de los chascarrillos. La que admiro es la de los poetas sevillanos, y los pintores fervientes de color, y la naturaleza ebria de luz, y las pasiones violentas é insaciables. La que quiero y me encanta es una que, por muy delicados

indicios, sospecho que existe: una muy sentimental, muy suave, muy dulce; como nacida de la fatiga lánguida y melancólica que siguiera á los desbordes de sangre, de sol y de voluptuosidad, de aquella otra Andalucía, la admirable, la solamente admirable; no la adorable, la divina, la hermética... Y Jiménez es el poeta de esta última Andalucía, soñada más que real, y tiene de ella el alma y la voz.

## UNA NUEVA ANTOLOGÍA AMERICANA

El joven escritor argentino don Manuel Ugarte ha publicado por la casa de Armand Collin, de París, una colección de trozos escogidos, en prosa y verso, de autores de las nuevas generaciones hispano-americanas. La idea que se ha tratado de realizar en ese libro es feliz y oportuna, cualquiera que sea el juicio que haya de merecer su desempeño. Siempre he pensado que, entre cuantos medios de propaganda puedan emplearse para contribuir á formar en la conciencia del público que habla castellano una noción exacta de nuestro pensamiento literario en la actualidad, tan vaga é insuficientemente conocido, aun sin salir del continente, ninguno de más urgencia y eficacia que la publicación de una antología de contemporáneos, breve, bien hecha, y editada en condiciones propias para su vulgarización, donde se reuniera alguna parte de lo mejor y más característico de nuestras letras en los últimos veinte años, sin olvidar las indicaciones históricas y los comentarios críticos pertinentes. No sé que, antes que el señor Ugarte, haya procurado alguien hacer esto. Bien es verdad que es dudoso que se haya realizado análoga tarea, á lo menos en condiciones

aceptables, por lo que se refiere á nuestra literatura de otras épocas. Muchas colecciones publicadas hay; pero en vano se buscará entre ellas la que pueda, sin grandes reservas, mostrarse como adecuada expresión de nuestra poesía ó nuestra prosa. Menos extraña parecerá esta deficiencia si se consideran las dificultades que, bajo engañosas apariencias de facilidad, presentan las obras de ese género, aun tratándose de un conjunto de producción más depurado y ordenado que el nuestro por la asiduidad de la crítica.

Una colección literaria puede obedecer á una norma de selección, ó puede llevar sólo un propósito de manifestación característica respecto de la época, el país ó la lengua, que sean el campo en que se espigue. En el primer caso, el colector ejercita principalmente su gusto; separa el vino de la hez, el oro de la escoria, y reúne, con esmero exquisito, aquella poca parte de imperecedera fragancia y virtud que está confundida y dispersa en los libros donde se estampa el sueño de belleza de cada generación humana. En el segundo caso, el colector se propone, ante todo, presentar el resumen significativo, trazar el *mapa literario*, de la cultura de una nación ó de una época. Sin ceñirse á la pura consideración del valor estético de la obra, ve en ella, predominantemente, el *documento*, y procede, en cierto modo, con la indiferencia propia del naturalista que ordena, según el sistema de clasificación, los ejemplares habidos en sus expediciones, ó del historiador que, revisando viejos papeles, escoge y separa para su archivo las piezas más nutridas y reveladoras, con abstracción del juicio que ellas merezcan en la relación literaria ó en la relación moral. Cosas medianas, inferiores, y aun ridículas, tienen así en este géne-

ro de colecciones su lugar justificado y oportuno, si representan una iniciativa ó un modelo que hayan ejercido influjo positivo en la orientación de las ideas; si caracterizan eficazmente una decadencia, una aberración del gusto general ó un vuelco de la moda.

En cualquiera de ambos conceptos, la composición de una de estas *pandectas* literarias es empresa noble, que exige para su buen éxito la asistencia de todas las facultades en que estriba la obra del crítico ó la obra del historiador. Porque crítica tácita hace quien, con sujeción á un criterio de belleza, decide lo que debe proponerse preferentemente á la lectura; y síntesis histórica realiza el que, remontándose sobre la desordenada multitud de obras y nombres, presenta el cuadro fiel é intuitivo de las evoluciones del estilo y del gusto en determinado espacio de tiempo. Sólo que lo inaparente de la austera labor que implica la obra del antologista, y lo accesible que es el remedo vulgar de su tarea, aun á los espíritus más iliterarios é incultos, cuando sólo se trata de recortar sin discernimiento y amontonar sin orden, hacen que, en el concepto de la generalidad, la tarea del colector sea tenida por cosa subalterna y casi mecánica, no muy superior al zurcido del gacetillero ni á la faena del pendolista. Pasa con las compilaciones literarias algo análogo á lo que ocurre con las traducciones. Del que compila como del que traduce, si lo hacen bien, puede decirse que emplean la fuerza de su espíritu en realzar y difundir la fama ajena; y esta abnegación oficiosa no alcanza el premio de una mínima participación en el aprecio que la obra merezca, porque el descrédito de actividades que tanto han descendido induce á prejuicio el ánimo del vulgo, incapaz

de reparar en que todo lo que ellas tienen de inmeritorio y de grosero cuando se realizan sin conciencia, tiénenlo de precioso y arduo en sus formas superiores. El lenguaraz de tribu que, entrando de rondón en el campo de la literatura, consuma, en las aras del folletín de diario ó de las «Bibliotecas» populares, la inmolación de Maupassant ó de Flaubert, de Jorge Elliot ó de D'Annunzio, impedirá siempre que el juicio común conceda toda su importancia y dignidad al esfuerzo del espíritu escogido que, siendo capaz de producir por propia cuenta, apura su instinto de escritor y su íntima penetración de dos idiomas en la labor finísima de interpretar y reproducir los matices del pensamiento, de que se compone el *quid ineffábile* de un estilo. Colector y traductor son, en verdad, los frailes del arte: despreciables y funestos zánganos, como el fraile vulgar, cuando por venal oficio aceptan la profanación de un ideal que no sienten; y admirables de escrupulosa y tesonera virtud y mal comprendida abnegación, como el fraile santo, cuando los mueve un sueño de desinteresada perfección.

El señor Ugarte pudo ser el colector de alta religiosidad literaria. Tiene el sincero sentimiento de la literatura; y si no ha sido tal, culpemos de ello á lo improvisado de su obra y á la penuria de materiales con que, según declara, ha luchado.

No es menester una revisión muy prolija de la colección para observar mucho que está de más y no poco que se echa de menos. Empecemos por lo que está de más. Difícil es acertar, desde luego, con el motivo de oportunidad ó conveniencia que puede explicar la inclusión, en una antología americana, de escritores de las Filipinas, como los que, con conoci-

miento y expresión de su patria, incluye el colector. El hecho de ser originariamente las Filipinas, como nuestras repúblicas, colonias españolas, y de que allí se hable y escriba en castellano, constituiría muy pobre carácter de unidad: ninguna consideración que no sea, con doble fuerza, aplicable á la literatura de la Península, que queda fuera del plan del señor Ugarte, puede vincularnos con aquellos escritores, tan extraños á nuestro ambiente espiritual como si escribieran en tagalo, ni con aquel mundo, no menos remoto, ignorado y semilegendario, para el nuestro, que sus vecindades chinescas.

Previene el señor Ugarte que ha dado entrada á algunos nombres que no pertenecen al período contemporáneo, ni por la edad ni por la clasificación literaria, y que lo ha hecho atendiendo á su importancia excepcional y á la influencia que representan en el espíritu de las generaciones posteriores. Pero es dudoso que estos nombres que ha escogido fuera de la juventud respondan á la idea con que se autoriza á incluirlos. Yo no sé qué género de influencia ha podido tener don Pedro Pablo Figueroa, á quien brinda hospitalidad el señor Ugarte, en la formación del estilo, el gusto ó la doctrina de las jóvenes generaciones; pero sé que personalidades como Gutiérrez Nájera, como Díaz Mirón, como Martí, han ejercido positivo y magistral influjo para preparar la evolución de que procede el carácter actual de nuestras letras, y no veo que ninguno de los citados figure en la colección, á título de precursor ó de maestro, junto á la interesante personalidad de don Pedro Pablo Figueroa.

Otras inclusiones inoportunas se refieren á nombres que, hasta el presente, significan muy poco, y aun

que prometen muy poco, ó de los que definitivamente puede asegurarse que nunca significarán lo suficiente para participar en una representación de nuestras letras que responda á algún criterio de elección y no tienda á confundir la riqueza y la amplitud con la muchedumbre de los nombres. Pero aún más que los nombres que sobran, redundan en perjuicio de esta colección los que faltan. Así, difícilmente se disculpa que en la parte relativa á Venezuela no haya habido lugar para Pedro Emilio Coll, el sagaz y delicado crítico, el escritor elegante y nervioso, uno de los más escogidos temperamentos literarios que sea posible hallar de este lado del Océano; ni para César Zumeta, cuyo firme y cincelado estilo se levanta tan alto sobre la prosa llovediza de los devotos de la *fácil* facilidad, como sobre las *bámbulas* verbales de los coloristas al uso. Tampoco admite justificación que, entre los escritores de Colombia, no figure el nombre de Baldomero Sanín Cano, tan hondo en el pensar, tan magistral en el decir, espíritu de estudio y de arte á quien la crítica americana es deudora de algunas de sus páginas más serias. Clemente Palma, olvidado también, era justo que llevase el pabellón del Perú, cuando no por *droit de naissance*, por el derecho de conquista acreditado en sus últimos primorosos cuentos; y Francisco García Calderón, que empieza por donde otros honrosamente concluyen, pudo acompañarle con honor para la crítica del continente. El nombre de Juan Agustín García no ha podido omitirse sin privar á la representación de la nueva intelectualidad argentina de muy legítimos lauros. Entre los escritores de mi país, nadie desadvertirá la ausencia de Carlos Reyles, cuyo alto valer se realza, para

el caso, con la consideración de ser, en América, quien ha infundido en la novela espíritu más innovador y más característico de la sensibilidad literaria de las generaciones jóvenes. Bolivia, á la que no se ha concedido representación, pudo tenerla muy honrosa en la personalidad de Ricardo Jaimes Freyre, cuyo talento lírico, refinado é intenso, tiene pocos pares en tierra americana.

Nótase que el colector prescinde, salvo alguna rara excepción, de los autores que han muerto, aunque hayan pertenecido á las últimas generaciones y aunque sea alto su mérito; exclusión evidentemente injustificada, porque la muerte no tiene poder de separar de la actualidad viviente de una época á aquel que sobrevive en espíritu por obras que permanecen dentro del tono de sentimientos y de ideas que gobiernan la producción de esa época y constituyen el carácter que literariamente la distingue. Así, Julián del Casal, José Asunción Silva, José Miró, Juana Borrero, y otros más, pudieron y debieron figurar en las páginas de esta colección de contemporáneos, ya que sus obras no representan un momento literario distinto que las de aquellos á quienes acoge la colección.

Podría observarse todavía que es discutible que, en la mayor parte de los casos, se haya tomado, en la obra de cada autor, ni lo que más vale, ni lo que más exactamente lo caracteriza. Pero quiero pasar ya á decir algo de la parte crítica del libro. Viene precedido éste de una breve «Advertencia» y de una introducción, en la que se ensaya hacer la síntesis de la evolución de nuestra literatura, desde sus orígenes hasta el presente. Hay en estos preliminares atinadas consideraciones y discretos juicios; pero hay también no poco,

en mi sentir, de inexacto, de ligero y de injusto. Me limitaré á lo que más me excita á la contradicción. Afirma el señor Ugarte en su advertencia, y lo confirma y amplía en su resumen histórico, que «la verdadera actividad literaria americana empieza con las generaciones jóvenes». Cualquiera que sea el sentido que á esa afirmación deba atribuirse, no es posible asentir á ella.

Si vale tanto como establecer la superioridad de mérito intrínseco, en pensamiento ó en arte, de la obra de las nuevas generaciones sobre la de aquellas que las precedieron, me parece un rasgo un poco temerario de optimismo ó de amor por las cosas que se tienen cerca. Difícil sería demostrar que, después de Sarmiento, la juventud americana haya dado de sí el super-Sarmiento. No es punto muy seguro que, después de Montalvo y de Martí, tenga la juventud resplandores con que ofuscar los nombres de Montalvo y Martí. Ni está probado que, con posterioridad á Andrade, haya surgido quien señale un nivel claramente superior al vuelo lírico de Andrade. Y si el sentido de la afirmación ha de entenderse de modo que no excluya el insuperado valer de tal cual nombre individual del pasado, sino que se refiera á la actividad literaria como obra colectiva, como conjunto armónico y consciente en que florezca un organismo de cultura, entonces podrá ser justo negar que tan preciosa forma de civilización haya existido en generaciones anteriores; pero afirmarlo respecto de las contemporáneas, importaría extremar una diferencia y un progreso que, aun siendo reales, no habrían pasado de muy modestas proporciones. Lo exacto sería, en tal caso, declarar que la literatura hispano-americana, como obra social, como organismo

autóctono y maduro, ni ha existido antes de ahora ni existe todavía.

Culpa el señor Ugarte de falta de originalidad á nuestra literatura de otros tiempos; y aunque reconoce que la imitación persiste y debe forzosamente persistir como fundamento de nuestra actividad literaria, establece una diferencia, fundada en que la imitación era antes lo que él llama «directa», queriendo significar que se ceñía dócilmente al modelo, mientras que hoy es lo que llama «aplicada», en el sentido de que envuelve interpretación, adaptación y relativa originalidad.

Detengámonos á considerar estos puntos. Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispano-americano no ha podido ni puede aspirar aún á una autonomía literaria que lo habilite á prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituída y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo es, pues, condición ineludible de nuestra cultura; y pretender rechazarlo por salvar nuestra originalidad sería como si para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina pneumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse á la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar á esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable,

y modifique, con arreglo á las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse. Así, el joven estudiante no debe, ni puede sin desventaja, prescindir del maestro; pero la enseñanza del maestro no es, para el estudiante capaz de reflexión propia, yugo brutal ni imposición dogmática, sino sugestión que excita la virtualidad de pensamiento que la recibe, y estimula, lejos de ahogarlo, el instinto de originalidad. Concebida de esta manera la posible autonomía del pensamiento americano, fácil es señalar el punto vulnerable de la imitación de lo europeo, tal como se manifiesta en los rumbos que sucesivamente ha seguido nuestra literatura. Se ha imitado sin discernimiento ni elección; ha faltado el sentido crítico que encauzase el impulso recibido de afuera, y la imitación ha sido pasividad sonambúlica, más que simpatía consciente y limitada por el vigilante criterio.

Este carácter, ó mejor, esta ausencia de carácter, se observa, desde luego, en la obra de las generaciones que nos han precedido, y en esto acierta la crítica del señor Ugarte. Tomemos como ejemplo la época del romanticismo. Aquella revolución literaria traía consigo un impulso favorable á la germinación de todo elemento de originalidad y de carácter indígena. Propensión congenial al romanticismo fué suscitar en todas partes una reanimación del espíritu de nacionalidad literaria, sustituyendo la abstracta uniformidad del pseudoclasicismo con la expresión de la sociedad, la naturaleza y las tradiciones peculiares de cada pueblo. Pero si esta tendencia del romanticismo repercutió provechosamente en nuestra América, inspirando los primeros esfuerzos consagrados á fundar una literatura que reflejase las peculiaridades de la naturaleza

y las costumbres propias, la imitación romántica estuvo lejos de limitarse, ni aun de aplicarse preferentemente, á esa tarea oportuna. La imitación se disipó, en gran parte, en otras cosas. Una mitad del romanticismo europeo significaba la reivindicación de las tradiciones históricas y artísticas anteriores al Renacimiento; y á pesar de que estas tradiciones no podían tener, en los pueblos jóvenes de América, sentido que interesase á la conciencia colectiva, el romanticismo tradicional y arqueológico halló aquí imitadores, y sugirió poemas caballerescos, dramas de trovadores y cruzados, leyendas orientales: evocaciones falsas de recuerdos que no correspondían, en suelo americano ni á una piedra ruinosa ni á un latido del sentimiento popular. Algo semejante cabe decir en lo que se refiere á la otra mitad del espíritu romántico: la subjetiva ó byroniana. Los doloridos apasionamientos, las íntimas contradicciones, las hondas nostalgias ideales de este género de romanticismo, si bien tenían, sin duda, un fondo humano que los hacía capaces de trascender adondequiera que se sintiese y meditase sobre el misterio de las cosas y sobre los problemas de nuestro destino, obedecían, en no pequeña parte, á influencias que, representando en la propia Europa un convencionalismo ó un amaneramiento, debían serlo con doble motivo en sociedades donde el ambiente no daba de sí las razones históricas, del medio y del momento, que concurrían, en las sociedades europeas, á explicar aquella atormentada agitación de los espíritus. Y por lo que respecta al elemento literario formal, la imitación no fué más atinada. El romanticismo, en cuanto quebrantaba los moldes de una preceptiva artificial y vetusta; en cuanto favorecía el libre arranque de la ins-

piración y ensanchaba los límites del vocabulario poético, ofrecía, ciertamente, ejemplos y enseñanzas favorables al florecimiento de una literatura americana diferenciada y eficaz; pero este impulso de reacción contra el dogmatismo retórico tenía en América, más que en ninguna otra parte, peligros y desventajas que no supieron conjurarse, porque halagaban muchas de las propensiones más funestas y arraigadas de nuestro espíritu: la propensión á la negligencia, al desaliño, á la falsa espontaneidad, á la abundancia viciosa; el desconocimiento ó menosprecio de la parte consciente y reflexiva del arte; el crédito de la facilidad repentista; el desamor de ese ideal de perfección, único capaz de engendrar la obra que dura.

Pasó el auge universal de aquella escuela, y sobrevino el imperio del naturalismo. En lo que tenía de fundamental y amplio, el naturalismo comprendía elementos que, bien asimilados, no hubieran podido sino favorecer en América la manifestación de un espíritu literario original y vigoroso. La tendencia á ceñirse á la realidad viva y concreta es la vía más segura para llegar á una originalidad de pueblo y de época, como la tendencia á ceñirse á la expresión sincera y simple de lo que se siente es el más seguro camino para alcanzar la originalidad individual. La importancia concedida á la representación del mundo objetivo, el predominio literario de la descripción, favorecía una de las aplicaciones del arte de escribir capaces de brindar en América más ricos veneros de originalidad, como es la pintura y el sentimiento de la naturaleza física. La precisión minuciosa en la reproducción de costumbres y tipos, contribuía á relevar el sello local del poema y la novela. La reivindicación de la poética virtua-

lidad de la vida contra todo quimérico idealismo, coincidía con la tendencia natural en pueblos jóvenes y testigos de una fecundidad magnífica y potente. La franqueza, y aun la vulgaridad pintoresca, de la expresión, autorizaban á que se diese curso en el lenguaje literario á las peculiaridades del habla regional.

Pero, ni la protesta naturalista se limitaba originariamente á esos elementos para siempre justos y oportunos, ni, tampoco esta vez, la imitación supo proceder en América con libertad y firme criterio. Propendiendo, como sucede en toda imitación servil y fascinada, á violentar las cosas, á recargar las tintas, á ir á lo extremo del original y ceder á la impresión de lo caricaturesco más que de lo característico, nuestros naturalistas tomaron de preferencia en sus modelos lo que, siendo en estos mismos convencional y vicioso, resultaba tanto más falso en América cuanto que se oponía á los caracteres que, por recto *naturalismo*, por directa sugestión de la naturaleza, deben forzosamente prevalecer en toda literatura que brote sin esfuerzo del espíritu de nuestros pueblos. Así, el pesimismo agrio, desesperanzado y hastiado, que, como idea dominante, no tenía natural acomodo en el ambiente de tierras prometidas al porvenir, rebosantes de vida y energía. Así, la predilección por la reproducción artística de lo feo, rasgo de decadencia que carecía de sentido aceptable dentro de una cultura literaria en sus albores. Así, la sensualidad, no espontánea, vigorosa y ferviente, sino artificiosa, alambicada y senil; sensualidad de cálculo antes que de instinto.

Innegable es, pues, el fundamento con que se califica de falso el concepto ó procedimiento de imitación que guió en anteriores épocas á nuestros escritores.

Pero ¿la comparación con lo actual manifiesta una diferencia que autorice á dividir en dos partes la historia de nuestra cultura? ¿Cabe afirmar, como afirma el señor Ugarte, que, á partir de la obra de las generaciones jóvenes, la imitación de lo europeo haya dejado de ser remedo inconsulto y sumiso para trocarse en atinada y consciente adaptación? ¿Imitan nuestros «modernistas» con criterio más cercano de la originalidad que nuestros realistas y nuestros románticos?

Mucho me he extendido ya para entrar al examen de la cuestión que planteo; pero no tengo dificultad en dejar consignada la respuesta que sería el resultado del examen; y ella es que, muy á mi pesar, no alcanzo á percibir la diferencia con que el señor Ugarte halaga nuestro amor propio colectivo; que no veo que hoy (salvo excepciones individuales que han existido siempre) se imite con más personalidad y más conciencia de lo oportuno y adaptable, que cuando se imitaba á los profetas del romanticismo y á los maestros del naturalismo.

En conclusión, esta antología de la nueva literatura americana no está á la altura de su objeto ni de lo que era lícito esperar del colector. Pase el señor Ugarte por encima de esta obra improvisada y precaria, y dénos, puesto que es capaz de dárnosla, la verdadera antología americana de nuestro tiempo; la obra de síntesis que sirva de guía fiel á quien quiera formar idea de nuestro espíritu, ó la obra de selección donde se congregue lo poco, lo muy poco, que, literariamente, tenemos digno de ser mostrado sin rubor y de asociarse á esperanzas y presagios triunfales, de que esta vez me parece el señor Ugarte demasiado pródigo.

## BIENVENIDA

*En el primer número del periódico "France-Uruguay"*

Allí donde palpite un jirón del alma de Francia, no puede ser que no surja la palabra vibrante que le dé repercusión sonora. ¿Cuándo fueron silenciosas la Vida, la Fecundidad, la Libertad? ¿Cuándo fué mudo el vuelo de la alondra que anuncia la claridad de la mañana, y que, cuanto más esfuerza las alas, más alto hace sonar la canción? ¿Cuándo el gallo simbólico dejó de pregonar el triunfo de la luz, en su heráldico clarín, que decora el moño de púrpura?

Un jirón de aquella grande alma, maternal y gloriosa, vivía, palpitaba en nosotros. En nuestro pensamiento, en nuesto corazón, en nuestra imagen de lo bello, en nuestra idea de lo justo, en nuestra veneración del pasado, en nuestra figuración del porvenir, palpitaba el alma de Francia; musa, nodriza, conductora inmortal, de las imaginaciones que amanecen, de las energías que ignoran, de los desamparos que buscan... Pero faltaba la palabra que, sensible y persistentemente, anunciase la presencia de esa alma en la nuestra.

Faltaba el canto del gallo y la canción de la alondra. Condiciones de estas dos voces matinales son, en el concierto de la naturaleza, la periodicidad y la puntualidad. Y la periodicidad y la puntualidad en la manifestación del pensamiento escrito, se concretan en la idea del diario ó el periódico. He aquí que ha sonado el canto del gallo; que la alondra ha entonado su canción. Hay ya un periódico para dar eco al alma de Francia... ¿Quién no lo saludará con júbilo, entre las almas amigas de la hora del alba; de la hora fresca y pura de la alegría y el trabajo; de la hora del gallo y de la alondra?... Fiel á su contraseña sagrada, él nos estimulará al esfuerzo fecundo y nos invitará á la sana alegría. Lo esperaremos como se espera á un consejero inteligente y jovial. Cuando lo tomemos en la mano, todavía húmedo del fragante aliento de la imprenta, diremos: «Éste es el olor de la tierra removida. Marchemos también nosotros á la obra.» Como acercamos al oído un caracol marino para percibir el murmullo en que parece perpetuarse el ruido del mar, buscaremos en sus páginas el murmullo, la resonancia de ese inmenso y lejano mar de París, que infunde en las almas la tentación del argonauta. Sobre nuestra mesa de trabajo será un talismán que nos preservará del desaliento. Y cuando cumpla el primer año, haremos en espíritu una procesión antigua, y lo llevaremos, como una rama floreciente, á ofrecerlo en el altar de las Gracias, para que perdure con los tres atributos del pensamiento que ellas favorecen: la espiritualidad, el entusiasmo y la benevolencia.

## RICARDO GUTIÉRREZ

*En ocasión de su muerte.*

Siempre he soñado que la mejor recompensa de los poetas,—mejor y más llena para ellos de divinos halagos que las formas ruidosas y deslumbrantes de la gloria,—sería la de que se hallasen dotados de la virtud de percibir y atraer á sí todos los clamores de entusiasmo, todas las lágrimas de melancolía, todos los impulsos de admiración, que sus cantos, peregrinando entre las almas jóvenes y buenas, arrancan bajo los astros de cada noche y bajo el sol de cada día.—¡Qué hermoso arrullo hubiera llenado de consolaciones y armonías los últimos instantes del poeta querido que hoy lloramos, si á su espíritu hubiera sido otorgado ese beneficio, en la hora suprema, y hubieran convergido, en un inmenso acorde, hacia él, todas las vibraciones de las almas heridas por la noble y dignificadora virtud de sus estrofas!

Gritos de trémula emoción que de mi pecho brotaron en algunas de las horas más bellas de mi vida, se hubieran mezclado en el coro de triunfo del poeta. Lo leí de niño, y su poesía, que desde entonces quedó vi-

brando en lo hondo de mi alma, tiene para mí el secreto encanto de las cosas que evocan recuerdos dulces y queridos. Yo no la podría juzgar como se juzga la de un genial poeta que admiramos, pero á quien no reconocemos como *nuestro*, que no nos habla del pasado, y cuya poesía no hunde sus raíces en las recónditeces de nuestra vida espiritual y la viste y enlaza como la enredadera á la columna. La poesía de Ricardo Gutiérrez tiene una historia en el proceso de mi vida interior. Cada uno de sus cantos es para mí como una de esas melodías que, escuchadas en momentos dichosos ó solemnes, se asocian inevitablemente, después, al despertar del instante escogido en que vibraron. Cuando una estrofa suya hago pasar ante mis ojos siento en el alma un ala mustia y aterida que se estremece. Por eso la desaparición del poeta produce en mí la sensación de un abandono y me parece como la extinción de una luz sobre mi espíritu.

¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aun cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus triunfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta, hoy, es, ante todo, el artista, es el orfebre, es el cincelador paciente y empeñoso. Detiénese ante sus puertas el viandante para admirar, en aquella fiesta de la luz, los finos contornos del oro cincelado. Pero cuando se aleja, lleva sólo la impresión de un deslumbramiento, porque no reconoce ya, en el artífice enamorado del ritmo y del color, á aquel ser—comparable con el pelícano del mito—que arrancaba de sus entrañas palpitantes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí.

Y ninguno entre nuestros poetas ha personificado esta entera condensación del alma de los suyos, este

seguro imperio ejercido sobre el sentimiento de una generación, como el del *Libro de los Cantos* y *La Fibra Salvaje*. Era el poeta de todos, sin dejar de ser, intensa y dominantemente, el poeta de sí mismo. Había brindado la hospitalidad de su corazón á todas las cosas buenas, á todas las cosas bellas. Naturaleza esencialmente lírica la suya, siempre en sus cantos el impulso del vuelo partía de la intimidad. Pero en su intimidad refundía, convirtiéndole en sentimiento propio, en dolor propio, el dolor de todos los que sufren; en fuerza de su vida, el alentar de todos los que esperan, la exaltación de todos los que batallan; en calor de su sangre, el ansia de todos los que padecen hambre de justicia y el entusiasmo de todos los que persiguen sobre la tierra un ideal.

La individualidad, la vida misma del poeta, límpida y fuerte como el mármol, eran, además, un nimbo de luz sobre su obra. ¡Cuántas veces, corriendo, llenos de emoción, el velo que oculta á nuestros ojos la intimidad de la existencia de donde parte la palabra inspirada, sólo nos es dado encontrar el fondo gris de una personalidad moralmente indiferente ó borrosa! En nuestro poeta, personalidad y arte, vida y ensueño, se confunden y forman un solo trazo de luz. Huella por la que puede seguirse el rumbo de su marcha son sus versos. Cantó á la fe en el ideal que regenera, y tuvo fe; cantó á la caridad, y fué piadoso; cantó al heroísmo, y fué soldado. En esta luminosa existencia, la poesía es acción, la acción es poesía. Evocando la imagen del varón bueno y abnegado, es como adquiere sobre nosotros toda su avasalladora virtud el canto del poeta.

Dueño era su numen por igual de las dos grandes

manifestaciones del sentimiento lírico: la que se reconcentra en el recogimiento y la meditación tímida del tumulto humano, y la que alienta en las inspiraciones del alma colectiva y es tribuna de donde arengar y espada con que lidiar en nombre de todos. Vibraban alternadamente en sus cantos los acentos del hombre íntimo y los del soldado del pensamiento y de la acción. Unas veces, la suave estrofa modelada para el amor y el ruego; la que se ampara bajo aquellas frondas, propicias al misterio, del alma, donde los sentimientos delicados y afectuosos anidan. Otras veces, el verso amplio y fulgurante, el verso de grandes alas, lleno de sol, erguido sobre una cúspide. Nacían de esta audacia épica el grito de guerra de la Libertad que envía al país del trópico sus legiones; la vigorosa imprecación de *Montevideo;* el diálogo de *El Poeta y el Soldado*. Brotaban de aquella reconcentración melancólica la carta, húmeda en lágrimas, á *Lucía;* el contemplativo sentir de *La Oración*, y la querella apasionada de la *Magdalena*.

No era el poeta de *Lázaro* un devoto de la plasticidad y melodía de la forma, no era un cincelador paciente y obstinado del verso, ni á él alcanzaron los influjos de la evolución, posterior al romanticismo, de la lírica, que levantó sobre las ruinas de las aras de la emoción y el pensamiento las consagradas al culto de la perfección exterior. Pero tenía un admirable don instintivo de armonía, un seguro y natural imperio del ritmo, que le autorizaban para sustituir, en la ejecución, los afanes del procedimiento laborioso con la confianza y la audacia de la libertad. Y el verso brotaba de su mente, alado, ágil, espontáneo, con ímpetu como de lampo de luz que rasga de improviso

las sombras; como de vena de agua que salta de la roca herida por el pico; como de anchurosa bandera que se despliega de un golpe y flota en los aires á favor de un viento pujante.

Hase observado que uno de los más constantes modos de manifestación del genio lírico está en el don de crear ó modificar algún metro, que es como «la nueva copa en que se exprime el jugo generoso de un ingenio nuevo». Fué otorgado á Ricardo Gutiérrez este signo escogido de originalidad. Él cinceló su copa para el vino de su vendimia, y creó su estrofa propia, su estrofa admirablemente modelada sobre el tono íntimo de su sentimiento, llena á la vez de fuerza y de gracia, como el cuerpo del púgil, y que quedó consagrada en la lírica argentina, donde Gervasio Méndez la eligió para mensajera de su abandono y su dolor y la ungió nuevamente con la unción de las lágrimas (1). En ella están sus composiciones que muchos tienen por mejores; las que son, por lo menos, las más sentidas, las más ingenuas, las más íntimas; y ella llegará á la posteridad, perpetuándose en la métrica de la poesía americana, como forma sensible de la inmortalidad de quien la añadió al Cancionero de la lengua.

---

(1) Es la del ejemplo siguiente:

Como la estrella errante de los cielos,
que en los espacios infinitos vaga
y, al tocar en la atmósfera del mundo,
cae en él luminosa y abrasada,
así en su atmósfera
tocó mi alma,
y así, encendida en el amor sublime,
como una exhalación cayó á sus plantas.

Ya había empezado la sanción de la posteridad, en cierto modo, para la figura literaria de Ricardo Gutiérrez, y ella se nos presentaba como una noble figura de otros tiempos, á los ojos de los que le admirábamos en mi generación. Años hacía que la lira del poeta estaba muda. ¿Era acaso el hastío, el cierzo helado de la vida?... ¿Era, más bien, la amarga protesta contra el ambiente ingrato, la desolación ante el irresistible avanzar de la ola turbia y plebeya que clamoreaba los triunfos de nuestro «período cartaginés»?... ¿Quién sabe? El silencio del poeta, que puede ser una forma del desaliento, de la decepción, del desengaño, ¿no puede ser también el signo de su iniciación en una poesía más alta, más gloriosa, más pura? Por encima de la que se traduce en palabras y se comunica al sentimiento de los hombres ¿no podrá él alcanzar una poesía superior, una poesía que sólo irradie y florezca en su mundo íntimo, donde la rodee la nube impenetrable con que quería velar la mística ciudad de sus elegidos cierto poeta moderno? Ella será como la música de los astros, que el sabio oyó, pero que nosotros no oímos; será como la imperceptible luz que vibra allí donde la pupila humana no ve sino la obscuridad.

Ahora este silencio durará para siempre, pero el nombre del poeta se engrandecerá en la memoria de las generaciones y su poesía adquirirá vida nueva. Andrade tuvo de los contemporáneos apoteosis más ruidosas, pero en su obra, osada é inmensa, verá acaso más ruinas la posteridad. Para lo que edifica la deslumbrante fantasía hay en el tiempo base menos estable y segura que para lo que labra el sentimiento, siempre uno en esencia. Cuando han perdido su color

las pompas de Lucano, aun nos habla el verso de Virgilio del *llanto de las cosas*.

¿Quién me recordará que no es una página de crítica la que he trazado al escribir sobre la muerte de Ricardo Gutiérrez? Si así como el corazón tiene su memoria, y su memoria es la gratitud, también tiene el corazón su juicio, será éste solo el que yo podría ofrecer para juzgar al noble espíritu que acaba de ascender á la luz. Fué, cuando yo empecé á saber de poesía, uno de mis poetas. Si le hubiera encontrado alguna vez en los caminos del mundo, le habría estrechado la mano y le habría dicho: «Gracias...» Y él me hubiera entendido. Pero desde hoy, que sé que no he de verte ya en la realidad, yo te tendré conmigo ¡oh poeta! para siempre, en aquella consagrada región de la memoria donde se reúnen, como en un cielo que va cuajándose de luces, las cosas bellas y los seres benéficos y amados que hicieron menos ingrato para nosotros este peregrinaje de la vida y se abismaron en la decepción y en el misterio.

## «DE LITTERIS»

*De F. García Calderón. Lima, 1904.*

Abunda, en la nueva generación literaria americana, el colorista instintivo; no es del todo escaso el poeta ó escritor de intensidad sentimental; pero lo son mucho los espíritus de serenidad y pensamiento.

Nuestra cultura ha pasado, sin embargo, de los comienzos en que la simple espontaneidad es natural y graciosa; y hora es ya de que procuremos hacer de nuestro arte (si es que de veras aspiramos á tener alguno) obra seria y consciente. Sean bienvenidos los que, como el autor de este opúsculo, traen á esa obra la promesa de un concurso eficaz, y muestran ya, en el esbozo de su finosomía literaria, un gesto de meditación que la hace interesante é imprime en ella sello propio.

García Calderón empieza manifestando cualidades del juicio, ó más generalmente, de la personalidad, que suelen ser el premio de largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu. Este escritor nuevo, sin dejar de ser muy juvenil por su hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabo-

res de madurez. Suple con su talento firme la obra del tiempo, sin las inferioridades que éste suele traer como reverso de sus dones. Y además de la aptitud cierta, manifiesta lo que es aún menos frecuente en tierras, como las nuestras, inhospitalarias para las cosas desinteresadas del espíritu: ese hondo arraigo del amor á las letras, por el cual puede afirmarse que el entusiasmo que ha engendrado estas primeras páginas no será pasajera nube de la juventud.

Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana. Es á la crítica adonde le destinan, claramente, las disposiciones de su espíritu; á la forma ó ejercicio del pensamiento que aun clasificamos con tal nombre, aunque, en rigor, debiéramos buscarle otro más amplio y exacto, porque del modo como la crítica es hoy, muy lejos de limitarse á una descarnada manifestación del juicio, es el más vasto y complejo de los géneros literarios; rico museo de la inteligencia y la sensibilidad, donde, á favor de la amplitud ilimitada de que no disponen los géneros sujetos á una *arquitectura* retórica, se confunden el arte del historiador, la observación del psicólogo, la doctrina del sabio, la imaginación del novelista, el subjetivismo del poeta.

Cultive el joven escritor tan vasto campo, y cultívelo de manera que en él se hermanen la fecundidad y la gracia, enseñoreándose, cada día más, de los instrumentos que para ello son precisos: el criterio, reacio á todo yugo, lo mismo tradicional que nuevo; la tolerancia, no sólo la que es luz intelectual, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor; el interés fácil y vario, siempre pronto á acudir adondequiera que un alma piense, sienta ú obre;

la virtud de la expresión, inseparable de los matices del pensamiento, y por lo tanto, auxiliar eficaz de la investigación y el análisis.

Tal será, como crítico, García Calderón; tal es desde ahora. Y aunque no sé si parecerá bien que estas palabras mías vayan al comienzo de un libro donde suele decirse de mí más de lo que merezco, no las quito de ahí, porque de la sinceridad de cuanto dejo escrito estoy seguro, y de la aprobación que le dará quien haya de leer las páginas que sigan, casi lo estoy también.

## UNA BANDERA LITERARIA

*Á D. F. García Godoy.*

Mi distinguido amigo: Su nuevo libro *Alma Dominicana* llegó á mí junto con las vagas noticias que tenemos de las turbulencias políticas de que ha sido teatro la patria de usted. El telégrafo, puesto al servicio de la prensa, suele no ser consecuente en sus informaciones, ni las ajusta siempre al interés que por su tema y procedencia merezcan; de suerte que nada sé de las ulterioridades de la conspiración que costó la vida al Presidente de la República. Pero, como quiera que se hayan resuelto estas violencias, vayan en primer término mis votos por la paz y el buen orden institucional de ese noble pedazo de tierra americana.

Por cierto que tales ecos de discordia, harto semejantes á los que de otras partes de nuestra América nos vienen uno y otro día, sirvieron como de fondo que diese mayor resalte y prestigio de interés á la lectura de las atinadas consideraciones con que prologa usted su libro. Despliega usted á los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental,

aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del desenvolvimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concurra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor substancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone á que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señoril contribución se asocie á la obra humana de la verdad y del bien. Aun consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta *especie* de belleza si renunciara á las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal ó cívica, de un medio insustituible para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega á lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía.

Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Épocas y pueblos hay en

que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo á las naciones hispano-americanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispano-americana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto á su sociabilidad y á su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Expresa usted, con elocuente vehemencia, la inextinguible virtualidad de un sentimiento nacional arraigado en la tradición y en la conciencia de un pueblo, para resistir á las amenazas de absorción á que dé aparentes facilidades la debilidad material; y en la exaltación constante de ese sentimiento por los medios propios del arte, que evoca á nuestra vida el legendario ser del pasado y perpetúa el culto de los héroes, señala usted, con acierto, un poderosísimo estímulo de aquella salvadora fuerza interior.

Por razones de situación geográfica, en la patria de usted adquiere doble oportunidad ese propósito, es más urgente é ineludible la obligación moral de ponerlo en obra; pero el legítimo alcance de él abarca toda la América que habla en la lengua del Descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica. Todo ello está enérgicamente sentido por usted.

Y al cumplimiento de tan noble programa lleva usted ya consagrados vigorosos esfuerzos con su labor de crítico y propagandista, que tan merecido relieve ha dado á su personalidad, y que complementan, al mismo fin, trabajos de otro género, como el interesante cuadro histórico que ha tenido usted la benevolencia de enviarme y por el que reconozco, una vez más, cuántas son las semejanzas que mantiene entre estos pueblos hispano-americanos la identidad de su origen, la pertinaz é indomeñable identidad de su origen, á pesar de la distancia material y la dificultad de relaciones que apartan, por ejemplo, á los de ese Norte tropical de los de esta zona templada del Sur. Los caracteres más típicos se reproducen, sin esencial diferencia, en una y otra parte.

Que encuentre usted en el alma de su pueblo justa correspondencia á sus generosos propósitos; y créame siempre su afectísimo amigo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

# ÍNDICE


| | Páginas. |
|---|---|
| Advertencia | 9 |
| Juan Carlos Gómez | 11 |
| La vuelta de Juan Carlos Gómez | 24 |
| Rumbos nuevos | 36 |
| La gesta de la forma | 59 |
| El rat-pick | 61 |
| La enseñanza de la literatura | 75 |
| Garibaldi | 82 |
| El Cristo á la jineta | 92 |
| Impresiones de un drama | 95 |
| Divina libertad | 109 |
| Bolívar | 111 |
| Una novela de Galdós | 149 |
| Decir las cosas bien | 162 |
| El centenario de Chile | 164 |
| «La Raza de Caín» | 172 |
| Á Anatole France | 181 |
| Mirando al mar | 187 |
| La tradición intelectual argentina | 189 |
| En la armonía, disonancias | 198 |
| «De lo más hondo» | 201 |
| Tucumán | 209 |

Páginas.

Magna patria..... 211
Samuel Blixen..... 213
Recóndita Andalucía..... 219
Una nueva antología americana..... 222
Bienvenida..... 236
Ricardo Gutiérrez..... 238
«De litteris»..... 245
Una bandera literaria..... 248

# Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

## BIBLIOTEA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos.*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 ptas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia).*—4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*—Precio: 4,50 ptas.
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina.* Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana).*—Precio. 3 ptas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO.—*El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
Precio: 5 pesetas.

XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—EMILIO RABASA: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Exsenador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—JOSÉ INGENIEROS: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad de Buenos Aires.
Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—CARLOS PEREYRA: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMERICA

LS.
R695m
153101
Author Rodo, José Enrique
Title El mirador de Próspero. Vol.1

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU